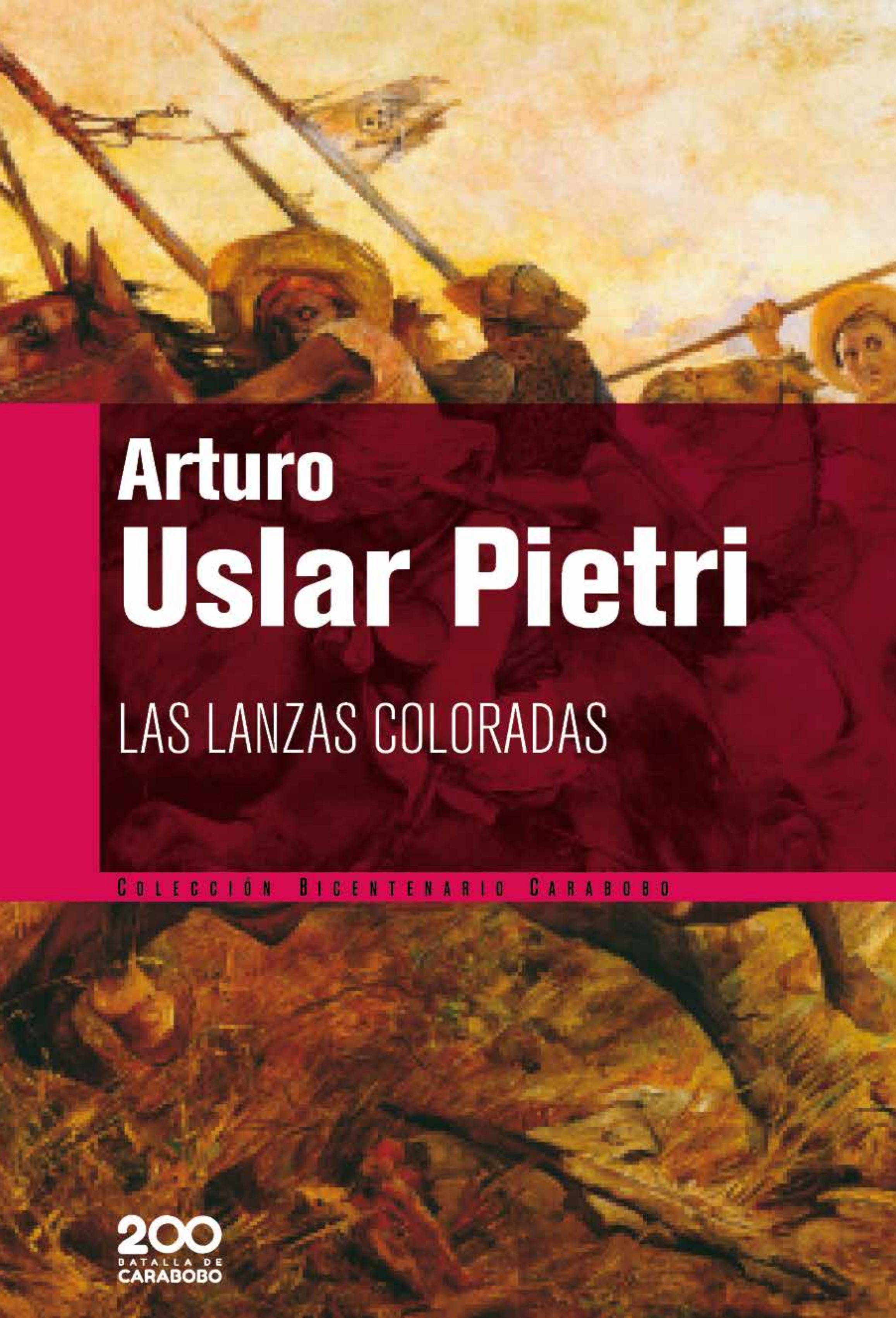


Arturo
Uslar Pietri
LAS LANZAS COLORADAS
Colección Bicentenario Carabobo
200
BATALLA DE
CARABOBO

Arturo Uslar Pietri (1906-2001). Escritor, político, economista y abogado. Desde muy joven comenzó a publicar en revistas y periódicos, lo cual definiría una vocación y un destino literario y político. Historiador y ensayista, es recordado, entre otras cosas, por llevar a la televisión nacional *Valores humanos*, programa cultural en el que mostraba su alcance intelectual en un lenguaje diáfano. Entre los reconocimientos que recibió se cuentan: Premio Nacional de Literatura (1954 y 1982), Premio Hispanoamericano de Prensa Miguel de Cervantes (1973), Premio Príncipe de Asturias (1990) y Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos (1991). Fue embajador de Venezuela en la Unesco (1975).

« *Vuelvan caras* (detalle).
Arturo Michelena 1890. Óleo sobre tela, 300 x 460 cm.
Escuela de Formación de Oficiales de la Guardia Nacional, Caracas.



6

Las lanzas coloradas

Arturo Uslar Pietri

Colección Bicentenario Carabobo

En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Las lanzas coloradas

Arturo Uslar Pietri



Índice

13 I
23 II
35 III
53 IV
63 V
75 VI
87 VII
103 VIII
127 IX
143 X
171 XI
183 XII
206 Glosario

Destaqué al sargento Ramón Valero con ocho soldados…, conminando a todos ellos con la pena de ser pasados por las armas si no volvían a la formación con las lanzas teñidas en sangre enemiga… Volvían cubiertos de gloria y mostrando orgullosos las lanzas teñidas en la sangre de los enemigos de la patria.

Páez

I

¡Noche oscura! Venía chorreando el agua, chorreando, chorreando, como si ordeñaran el cielo. La luz era de lechuza y la gente del mentado Matías venía enchumbada hasta el cogollo y temblando arriba de las bestias. Los caballos planeaban, ¡zuaj! y se iban de boca por el pantanero. El frío puyaba la carne, y a cada rato se prendía un relámpago amarillo, como el pecho de un Cristofué. ¡Y tambor y tambor y el agua que chorreaba! El mentado Matías era un indio grande, mal encarado, gordo, que andaba alzado por los lados del Pao y tenía pacto con el Diablo, y por ese pacto nadie se la podía ganar. Mandinga le sujetaba la lanza. ¡Pacto con Mandinga!

La voz se hizo cavernosa y lenta, rebasó el corro de ocho negros en cuclillas que la oían y voló, llena de pavoroso poder, por el aire azul, bajo los árboles bañados de viento, sobre toda la colina. Mandinga: la voz rodeó el edificio ancho del repartimiento de esclavos, estremeció a las mujeres que lavaban ropa en la acequia, llegó en jirones a la casa de los amos, y dentro del pequeño edificio del mayordomo alcanzó a un hombre moreno y recio tendido en una hamaca. ¡Mandinga! Los ocho negros en cuclillas contenían la respiración.

¡Fea la noche! No se oía ni el canto de un pájaro; el cielo, negro como fondo de pozo, y Matías punteando callado. No marchaba sino de noche, como murciélago cebado. ¡Adelante, como toro madrinero y atrás los veinte indios!

¡Ah, malhaya del pobre que tropiece con Matías! Al pobre que encuentre lo mata, ¡ah, malhaya! Montaba en un potro que hedía a azufre y echaba candela, y, por eso, desde lejos, la gente lo veía venir. Estaba la noche cerrada como pluma de zamuro. ¡Y ahora viene lo bueno…!

La voz del narrador excitaba la curiosidad de los negros de una manera desesperante; se encendía como una luz absurda en la tarde llena de sol y alcanzaba al mayordomo tendido en la hamaca. Lo molestaba como una mosca persistente. Bronceado, atlético, se alzó y llegó a la puerta de la habitación; el sol le labró la figura poderosa y el gesto resuelto.

Vio el corro en cuclillas, allá junto a la pared, los torsos negros desnudos y la voz aguda.

—Aaagua y relámpagos. —Iba la tropa apretada con el frío y el miedo y Matías adelante. Cuando ven venir un puño de gentes; ¡ah, malhaya! Era poca la gente y venía con ellos un hombre chiquito y flaco, con patillas y unos ojos duros.

—¡Espíritu Santo! —interrumpió uno—, ¿y cómo con tanta oscuridad pudieron ver tanto?

—¡Guá! ¿Y los relámpagos?

—¡Uhm! ¿Tú estabas ahí?

—Yo no. Pero me lo contó uno que lo vio. Y, además, yo no le estoy cobrando a nadie por echar el cuento. ¡Bueno, pues! Cuando Matías ve la gente pela por la lanza y se abre con el potro. Los otros se paran viendo lo que pasaba. ¡Y ahora es lo bueno! Y va Matías y le pega un grito al hombre chiquito: "Epa, amigo. ¿Usted quién es?". Y el chiquito le dice como sin querer: "¿Yo? Bolívar". Persignársele al Diablo no fuera nada; echarle agua a la candela no fuera nada; pero decirle a Matías: ¡Yo soy Bolívar!». Paró ese rabo y se fue como cotejo en mogote, ido de bola, con todo y pacto con Mandinga.

Los negros comenzaban a celebrar con risas el cuento, cuando la sombra de un cuerpo se proyectó en medio del círculo. Rápidamente volvieron el rostro. El mayordomo, en una actitud amenazante, estaba de pie delante de ellos. Su figura señoreaba los ocho esclavos acobardados.

—Presentación Campos —dijo uno en voz baja.

—Buen día, señor —insinuó Espíritu Santo, el narrador.

—Buen día —musitaron otras voces.

El hombre dio un paso más, y ya, sin poderse contener, los esclavos se dispersaron a la carrera, hacia las casas o por entre los árboles, dejando en el aire su olor penetrante.

Sin inmutarse por la fuga, Presentación Campos gritó:

—¡Espíritu Santo!

Al eco, tímidamente, la cabeza lanosa y los ojos llenos de alaridos blancos, asomaron por la puerta del repartimiento; luego, toda la anatomía flaca y semidesnuda del esclavo.

—Venga acá, Espíritu Santo.

Casi arrastrándose, llegó hasta el mayordomo.

—Buen día, señor.

—¿Por qué no fuiste a decirme que habías regresado?

—Sí, señor. Si iba a ir. Ahorita mismo iba a ir.

—Ibas a ir y tenías una hora echando cuentos.

No intentó justificarse; pero como un perro se alargó sobre el suelo sumisamente.

—¿Trajiste al hombre?

—Sí, señor, lo traje. Es un musiú catire. Ahora está con los amos. Es muy simpático. Se llama el capitán David. Traía una pistola muy bonita y me habló bastante.

—Yo no estoy preguntando nada de eso. ¡Vete!

El esclavo huyó de nuevo.

Presentación Campos comenzó a marchar a paso lento. Su carne sólida se desplazaba con gracia. La pisada firme, la mirada alta, el cabello crespo en marejada. Iba fuera de la raya de sombra de la pared del repartimiento de los esclavos, por cuya ancha puerta salía la tiniebla acumulada a deshacerse en el aire. Dentro, en la sombra, ardían los ojos de los negros. Sin detenerse, metió

una mirada rápida, una mirada fría y despiadada. Allí dormían los esclavos; olía a ellos, al sudor de su carne floja y repugnante. Carne negra, magra, con sangre verde y nervios de miedo. Hizo una mueca y siguió marchando.

Iba por en medio de los árboles en toda la parte alta de la colina; a lo lejos, su mirada podía navegar el verde vivo de los tablones de caña, y más allá los cerros rojos, y más allá, los cerros violetas. Al pie de la colina, la torre y los altos muros de ladrillo del trapiche y el hormiguear de los esclavos.

En la acequia, unas esclavas lavaban, cantando a una sola voz con las bocas blancas.

—Buen día, don Presentación.

El amo había prohibido que se le diera al mayordomo ese tratamiento; pero ante el imperio de sus ojos y la fuerza de sus gestos, las pobres gentes no acertaban a decir otra cosa.

En la carne prieta, los dientes y los ojos blanqueaban acariciadores, húmedos de zalamera melosidad.

—Buen día, señor.

En su caminar majestuoso, apenas si respondía a aquella especie de rito de los débiles a su fuerza.

Junto a un árbol, un viejo con la pierna desnuda, cubierta de llagas rosa:

—Buen día, don Presentación.

Una moza mestiza con un cántaro de agua sobre la cabeza:

—Buen día, don Presentación.

Ante la debilidad de los demás sentía crecer su propia fuerza. Los fuertes brazos, las anchas espaldas, los recios músculos, le daban derecho a la obediencia de los hombres. Respiraba profundas bocanadas de aire tibio.

Un mulato, de su mismo color, venía por la vereda cargado de un grueso haz de leña. Al verlo se dobló aún más.

—¡Buen día, señor!

Por entre los troncos se aproximaba la casa de los amos. Entre los chaguaramos altos, las paredes blancas de los amos. Don Fernando y doña Inés.

Don Fernando, que era pusilánime, perezoso e irresoluto, y doña Inés, que vivía como en otro mundo. Los amos. (Él era Presentación Campos, y donde estaba no podía mandar nadie más). Don Fernando y doña Inés podían ser los dueños de la hacienda, pero quien mandaba era él. No sabía obedecer. Tenía carne de amo.

La tarde hacía transparente el azul de la atmósfera. Grupos de esclavos regresaban del trabajo. Torsos flacos, desnudos. Alguno traía machete, alguno un aro de cobre en una oreja. Hablaban con fuerte voz descompasada.

—La caña de "El Altar" se está poniendo muy bonita. Todos los tablones son buenos.

—Está buena la hacienda.

—Está buena y va a producir plata, si la guerra no se atraviesa.

Venía Presentación Campos, y el grupo se hendió haciendo vía. Todas las bocas sombrías, unánimemente:

—Buen día, don Presentación.

Y el otro grupo que venía detrás lo hizo en la misma forma. El mayordomo, desfilaba como una proa.

En la palidez de la tarde se destilaba la sombra. Una luz se abrió en una ventana.

Por el camino venían voces.

—Yo no digo eso. Yo lo que digo es que hay guerra. Hay guerra y dura, y va a matar mucha gente.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? Si hay guerra, hay guerra. Si no hay guerra, no hay guerra. ¿Qué vamos a hacer?

Alguien advirtió el mayordomo que se acercaba.

—¡Presentación Campos!

—Buen día, señor.

Salmodiaron todas las voces.

Ahora pasaba frente a la casa de los amos. La ancha escalera que daba acceso al corredor alto, algunas luces encendidas en el piso superior y el ruido del viento en la arboleda que la rodeaba.

Pasaba por delante de la casa de los amos y se detuvo. Aquella casa, aquellas gentes ejercían sobre él como una fascinación.

Venía un esclavo.

—Natividad —llamó el mayordomo.

El esclavo se aproximó con presteza.

—¿Señor?

—Quédate aquí un rato.

Las dos figuras quedaron silenciosas ante la masa blanca del edificio.

—Natividad, ¿te gustaría ser amo?

El esclavo no acertaba a responder.

—¿Te gustaría? ¡Dímelo!

—Pues, tal vez sí, señor.

Presentación Campos guardó silencio un instante, y luego, iluminándosele el rostro con una sonrisa brusca:

—¿Tal vez? ¡Amo es amo y esclavo es esclavo!

Natividad asintió tímidamente:

—Por eso es que es buena la guerra. De la guerra salen los verdaderos amos.

Una media luna frágil maduró en el lomo de un cerro.

Presentación Campos regresaba seguido del esclavo. Su voz se hilaba entre la sombra de la tarde.

—La guerra…

—La guerra…

Dijo dentro de la casa un mozo grueso a una muchacha pálida que dejaba correr la mano sobre el teclado de un clave.

—La guerra, Inés, es algo terrible de que tú no puedes todavía darte cuenta.

En el salón decorado de rojo y dorado sonó la voz fresca de la mujer:

—¿Qué nos importa a nosotros la guerra, Fernando, si vivimos felices y tranquilos en "El Altar"? ¿Qué puede hacernos a nosotros la guerra?

Fernando era un poco grueso, con el cabello y los ojos oscuros y el gesto displicente. Su hermana Inés era una joven pálida, vestida de negro, con los ojos iluminados y las manos sutiles.

La luz de los candelabros disparaba reflejos a todas las molduras de los marcos y a la barnizada tela de algunos retratos, donde hombres taciturnos y mujeres sonrientes vestían una carne idéntica.

—A la guerra no se va por gusto, Inés, sino fatalmente. Habrá que ir.

A hablar de eso ha venido el capitán inglés.

Quedó en silencio, sin responder. Lentamente fue haciendo surgir las notas pueriles del clave, hasta comenzar una melodía monótona, una música delgada y trémula, en la que se sentían temblar las cuerdas y que puso oleoso el aire que ardía en las velas quietas.

—¿Y por qué existe la guerra? —interrumpió ella de pronto, mirándolo con fijeza—. Sí, ¿por qué existe? Si todo el mundo puede vivir tranquilo en su casa. ¿Por qué se van a matar los hombres? Yo no lo comprendo.

Fernando sonrió.

—Una cosa tan horrible en que todo el mundo muere, ¿por qué existe?

En sus palabras ingenuas estaba vivo el desasosiego de la guerra. Estremecía las almas, vibraba en el aire, sacudía las hojas de los árboles en los lejanos campos. Estaba desatada la guerra. En todos los rincones, mujeres llorosas decían adiós a los hombres. Por los pueblos pasaba la caballería floreciendo incendios. En aquel minuto, alguien moría de mala muerte.

Fernando dejó de sonreír.

—El mundo no ha sido hecho, Inés, para lo mejor. Por eso, justamente, es difícil explicarlo. La guerra está en él, y nadie la ha traído, ni nadie podrá quitarla.

Volvían de nuevo a correr las manos sobre el teclado.

Por la escalera que del piso alto desembocaba junto a la puerta del patio, apareció una silueta. Un hombre rubio y esbelto. Alrededor del cuello y en los puños mucho encaje vaporoso; el cuerpo ceñido en una casaca de seda lila de hondos reflejos, botas pulidas, el dorado cabello partido en dos trenzas que le caían sobre los hombros; patillas y bigote fino; los ojos azules como agua con cielo y con hojas.

En viéndolo, Fernando se puso de pie y fue a su encuentro. Le tomó las manos con efusión y lo trajo hasta junto al clave.

—Inés, el capitán David.

Inclinó ella la cabeza y él hizo una muy cortesana reverencia.

Luego sentáronse en los sillones muelles, y Fernando comenzó a hablar:

—Capitán, ¿cómo dejó usted a Bernardo?

—Muy bien. Él cree que todo saldrá de la mejor manera y que pronto tendremos ocasión de enrolarnos.

—Supongo —intervino Inés— que usted estará fatigado del viaje; de modo que inmediatamente después de la comida se acabará la velada y podrá usted dormir.

—Se lo agradezco mucho, pero no estoy fatigado. Tengo la costumbre de viajar y de hacer largas marchas.

Con infantil curiosidad dijo de nuevo:

—Fernando me ha dicho que usted ha viajado mucho. Cuénteme algo de sus viajes, ¿quiere?

—¿Le gustan los viajes?

—¡Mucho! Debe ser lindo estar cada día en un lugar nuevo.

—Sí; ¡a veces!

—Y viajar por el mar.

—¡Ah!, el mar sí es verdaderamente bello.

—Yo no lo conozco, capitán; pero me lo imagino.

—Se lo imagina. ¿Cómo?

—Muy fácil. Si toda la tierra y todos los cerros se fundieran; si crecieran todos los ríos; si las gentes, las casas, los animales, los árboles, las hojas, se volvieran agua. Así debe ser el mar.

—Así es —afirmó el inglés haciendo una mueca simpática.

—Sí; pero cuénteme sus viajes.

—¡Ah! Ya creía que se le había olvidado. Bueno. Quiere que le hable de Inglaterra…, de España…

—¡De España!

—¡Ah! España. Tierra amarilla con buenas ventas, donde paran los soldados a tomar vino. Por las sierras andan bandoleros montados. La conocí bastante cuando la guerra…

La última palabra creció ante ella como un monstruo y la volvió a llenar de inquietud. Corría por el aire la frialdad de las lanzas.

—¡No! No hable de la guerra.

—Entonces, ¿de qué quieres que hable? —dijo Fernando.

—De todo, menos de eso.

El capitán sonreía.

—Bueno. Estando una vez en Venecia. Agua verde y palacios rojos…

En las pausas penetraba la soledad silenciosa que los rodeaba. El cuento la tenía suspensa. Fernando oía con displicencia y el narrador proseguía gravemente:

—Estando una vez en Venecia…

De pronto, desde afuera, desde lejos, atravesando el ancho corredor que daba vuelta al edificio, llegaron a ellos, revueltamente, gritos de hombres y latir de perros enfurecidos.

La noche se erizó de voces. Brusco mundo de ruido en la sombra.

—¡Eeepaaaa!

—¡Eeeeehhhpaaaahhh!

—¡Cogió por la falda!

—¡Atájenlo!

—¡Eeeepaah!

El vocerío se alejaba rápidamente, como si descendiera por el otro lado de la colina.

Estaban callados. Hervía la luz de las bujías.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán.

Al cabo de un rato Fernando respondió:

—Algún esclavo que se ha ido.

Se iba el ruido alcanzando el confín nocturno, apagándose como una luz lejana, invadiendo la tierra dormida en la distancia.

Continuaban callados.

En la noche, llena de presagios, se sentía nacer el silencio.

II

Cuando la tierra de Venezuela era sólo selva intrincada y llanura árida, comenzaron a abrir el camino del hombre los encomenderos.

Eran duros, crueles, ásperos, ávidos de oro, y, sin embargo, también como iluminados de una divina misión. De España llegaban en los galeones lentos que aran el mar y en la primera costa se dispersaban como un vuelo de pájaros altaneros.

Fueron tiempos heroicos. Íbanse unos a Coro a establecer su solar, otros se quedaban en una sierra de la costa, otros llegaban a Cumaná, algunos penetraban hacia el centro, y todos adquirían su encomienda de indígenas, erigían una horca, fundaban una ciudad, y con los indios indolentes se daban a romper la tierra virgen para buscar oro o para sembrarla.

Algunos se quedaban en las guarniciones, a algunos mataban las flechas o las fiebres, alguno envejecía pobre soñando con una expedición a El Dorado fabuloso.

Entre ellos vino don Juan de Arcedo, matachín, jugador y arrogante.

En la ciudad nueva perdió el poco dinero que traía, jugando con otros soldadotes. Tenía orgullo, solicitó una encomienda, se la concedieron tierra adentro y se fue. Se fue a lomos de caballo, con otros cuatro aventureros y veinte indios dóciles, derribando árboles para construirse el camino

paso a paso. Al cabo de un mes llegó a un valle que le pareció conveniente. Clavó una pica en tierra, proclamó solemnemente que tomaba posesión de aquel sitio, que en adelante se llamaría "El Altar", erigió una cabaña e hizo dar muerte a un indio, para con ese primer acto de justicia dar comienzo a su jurisdicción.

"El Altar" prosperó. En las proximidades se establecieron otros españoles y otros. La tierra comenzaba a poblarse. Don Juan casó con la hija de un amigo, y murió de viejo; y su hijo don Diego murió de viejo; y su nieto don Francisco murió de viejo. Pero a su bisnieto, don Carlos, le tocó distinta suerte.

Don Carlos llevó una vida tranquila hasta los cuarenta años de edad. Cuidaba de la prosperidad de sus cultivos, importaba los finos caballos andaluces, hacía visitas a los amigos de la comarca periódicamente, y en esas ocasiones salía al frente de una verdadera caravana cargada de regalos: telas, frutas, armas, imágenes piadosas, para repartir entre sus amistades.

Casó joven; su mujer había muerto; le quedaba una hija tímida y tierna.

Adquirió tierras en la vecindad y vino a establecerse en ellas don José Fonta, hombre despótico, acompañado de su hijo Manuel, un gigantón estúpido, fuerte y cruel.

Don José Fonta ejercitaba malas artes: sonsacaba hombres, provocaba incendios, mandaba matar y aspiraba a ejercer una especie de autoridad sobre todos sus vecinos. Compartía su vida una india vieja y huraña, de la que las gentes cristianas, que eran todas, decían que era bruja y que, por medio de filtros y bebedizos, dominaba a don José y le sostenía el carácter feroz.

Manuel, el hijo, maltrataba a los indios, violaba las mujeres, exterminaba los animales y bebía aguardiente hasta quedar tendido bajo un árbol días enteros.

Lentamente, las tierras de don José crecían. Compraba a los vecinos a precios irrisorios, amenazándolos con matarlos, obligándolos a vender, incendiando las siembras, robando las cosechas. En poco tiempo era él, después de Arcedo, el principal terrateniente de la región.

Comenzó entonces la codicia de Fonta a ejercerse sobre las tierras de Arcedo.

Primero le propuso comprarle una pequeña parte, a lo que Arcedo no accedió.

Al poco tiempo, un mediodía cálido, se presentó Fonta con su hijo en la casa de don Carlos. Arcedo y su hija vieron entrar los dos bárbaros y tomar asiento de una manera insolente. Manuel observaba la delicada criatura con ojos hambrientos. El padre habló. Venía a proponerle el matrimonio de sus hijos.

Don Carlos de Arcedo interpretó la demanda como una ofensa, no respondió una palabra y se retiró con su hija al interior de la casa.

Desde ese día quedaron enemigos declarados.

Poco tiempo después cambió por completo la vida de don Carlos. Se hizo cruel, comenzó a ser duro con su hija, propinaba a sus hombres tremendos castigos por cualquier futileza, huía el trato de las gentes y se encerraba días enteros sin que nadie le viese el rostro.

Todas aquellas gentes que vivían empalagadas de la vida monótona no podían dejar pasar inadvertida tan extraordinaria novedad. Comenzaron a imaginar historias. Se dijo que don Carlos estaba loco: un mal brusco lo habría sacado del mundo normal; que estaba endiablado; un día de flaqueza pudo colársele adentro el mal espíritu, que a tal punto trastrueca las gentes que las hace abominables; se dijo, y a esta creencia se aferraron pronto todas las almas cobardes, que se estremecen en el borde de lo sobrenatural, que la india bruja de Fonta lo había tomado bajo su poder.

Tiempo tenía sumido en este nuevo vivir, cuando un día llegó a "El Altar" un indio de una raza distinta de todos los que por allí se conocían. Hablaba algunas escasas palabras españolas y veía con asombro las gentes.

Don Carlos de Arcedo habló con el indio, y aquella conversación fue definitiva en su vida.

Venía del Sur, del remoto Sur, de las hondas tierras vírgenes, adonde el blanco aún no había llegado.

—Rico —dijo el indio, y mostró a Arcedo varios pedazos de oro puro que traía escondidos entre hojas de plátano.

—¿Dónde lo encontraste?

—¡Allá…!

Fragmentariamente, casi por señas, haciendo adivinar las palabras, le construyó la visión de un reino fantástico. Decía venir del fondo de un mundo ignorado. Andando, había visto pasar más de cien lunas. Bajo sus pies cambiaba el aspecto de la tierra. Salió de hondas mesetas, pasó sierras interminables, en las que los árboles no dejan entrar el sol, montañas de sombra verde. Vio pájaros como joyas, parásitas gigantes, tigres de seda amarilla, venados blancos. Atravesó llanuras, sin ver en días enteros otra cosa que la llanura desnuda. Cruzó ríos anchos como el mar, donde duermen todas las lluvias. Bajo sus pies, el mundo daba vuelta. Venía de lejos. Había visto lo que apenas se vislumbra en los sueños. Una tarde, allá, en lo hondo de lo remoto, desde la orilla de un lago violeta, vio la otra orilla, y en la otra orilla una ciudad de oro que parecía incendiada; en el resplandor inmenso ardían el aire y la tierra. Con mil colores chocaban en chorros de reflejos piedras rojas y piedras verdes y piedras blancas como un pedazo de sol. El fuego de la luz estremecía el agua.

Don Carlos sentía que por aquella boca algo lo llamaba irremisiblemente.

—¿Estás seguro de haberlo visto?

—Sí, mi amo.

—Si lo has visto, El Dorado existe y es posible encontrarlo.

Don Carlos de Arcedo no pensó en nada más. Organizó una expedición con treinta indios y diez españoles, y con el guía deslumbrado se pusieron en camino una madrugada en el nombre de Dios. Iban poseídos de una infinita ansia.

Pasaron los días. La hija de don Carlos, en la casa, rodeada de esclavas, se consumía rezando interminables oraciones ante un Cristo de rostro agónico. Pasaron los meses. De aquel pequeño grupo de hombres, perdido en la vasta tierra desconocida, no tornaba nadie, y las gentes los sentían sumidos como en un misterio vecino de la muerte.

Pasó un año. Pasó año y medio.

Inesperadamente, enfermo, herido, cadavérico, regresó uno de la partida. Su relato fue horrible.

Habían andado por días y días y días inaugurando el misterio de la tierra inexplorada, y cada vez el paisaje era distinto y la distancia, ante los ojos, mayor. Escaseaban las provisiones, comenzaron a enfermarse algunos, a desesperanzarse los otros, a estar descontentos los más. Un día tuvieron consejo con don Carlos. Le propusieron regresar, ya que todavía sus recursos lo permitían. No quiso oírlos. Iban en busca de El Dorado y no regresarían sin encontrarlo. La marcha se iba haciendo más penosa. Avanzaban cada vez menos. El guía hablaba constantemente de que estaban a punto de llegar; desde lo hondo de sus corazones exhaustos todos se resolvían a hacer el esfuerzo; pero continuaban por horas y horas dentro de la montaña idéntica y terrible, como si marchasen dentro de un círculo cerrado. Andaban por lugares adonde nunca había penetrado ninguno de ellos y donde les era imposible orientarse. A veces topaban con una partida de indios nómadas, que al verles las barbas y las armas huían sin querer detenerse. Al fin resolvieron acampar unos días para reponer las fuerzas y cuidar los enfermos. Se alimentaban de raíces, de hojas y de uno que otro animal que lograban cazar difícilmente. Una mañana no hallaron al guía. Había desaparecido misteriosamente por la noche. Nadie lo había visto, nadie lo había sentido irse. La desesperación se apoderó de todos, y muchos gritaban y lloraban como niños. Se sabían perdidos y destinados a morir de hambre. A alguien se le ocurrió: por su cuenta, sin consultarlo a los demás, trajo carne fresca, y todos la comieron con voracidad, y nadie preguntó; pero todos tenían la certidumbre de que era carne de indio. Y así el otro día, y así el otro. No quedaron sino los españoles. Volvieron a recomenzar el hambre y la desesperación. Soportaron varios días, hasta que, enloquecidos, abandonaron los enfermos y se fueron como fantasmas, en una marcha lenta, desesperada y tenaz, atravesando la montaña. Iban sin noción exacta de sus personas ni de las cosas. Estaban como en un sueño. Marcharon horas, quizá días, en todo caso un tiempo impreciso y monótono. Les silbaban los oídos

y veían temblar los troncos de los árboles como a través de las llamas. Alguien comenzó a oír ruido de agua, de mucha agua desplazándose, y otro también, y otro. Algunos corrieron. Llegaban a la orilla de un río ancho y lento. Las cabezas sedientas se precipitaron en el agua como piedras y quedaron allí saciadas, adormecidas, refrescadas, dentro del agua suave que acaricia. Después se fueron incorporando. Todos estaban transfigurados, sentían un gozo estúpido e inconsciente, chapoteaban con las manos en el agua; uno cantó, otro propuso:

—Sería bueno que hiciéramos una balsa y nos dejáramos llevar por el río.

Se pusieron a la obra. Con bejucos y jirones de los vestidos unieron algunas gruesas ramas, hasta hacer una plataforma suficiente para todos. La echaron al agua, se subieron sobre ella y comenzaron a deslizarse lentamente. El resbalar muelle, el resonar sordo del río, la fatiga y el hambre, todo incitaba a dormir. Dulcemente fueron dejándose vencer. Medio día después, tan sólo quedaba uno despierto, alerta, gobernando la navegación de la balsa. Un día más tarde aún continuaba, y entonces comenzó a oír un ruido lejano que iba creciendo, creciendo vertiginosamente, hasta convertirse en un estruendo ensordecedor; se puso de pie y vio que a lo lejos la superficie del río terminaba bruscamente. Comprendió que llegaban a un salto de agua, tal vez a una profunda catarata. La evidencia del peligro le dio fuerzas. Comenzó a sacudir a los otros, a llamarlos a gritos, a golpearlos. Nadie respondía: eran como cadáveres. Cada vez el ruido era mayor y la proximidad más inminente. Invocó a Dios, los sacudió como fardos, les pegó. Todo inútilmente. Ninguno respondía. La distancia se acortaba a cada segundo. Desesperado, fuera de sí, se lanzó al agua, y con un resto de energía pudo ganar la orilla. Desde allí acompañaba al paso el desplazamiento de la balsa, ¡llamándolos a gritos! ¡Muévanse! ¡Sálvense! ¡Van a morir! ¡Don Carlos!». Nadie respondía. La balsa aceleraba cada vez más, arrastrada por la corriente. Entonces, en la margen, el hombre flaco y extenuado cayó de rodillas, exhausto, con los ojos extraviados, y comenzó a grandes voces a rezar una oración de difuntos. El rugido del agua invadiendo la atmósfera, y él, con los ojos vueltos al cielo, rezando, a la misma hora que allá en "El Altar" la

doncella débil, delante del Cristo agónico, invocaba a Dios con voz transida; a la misma hora en que los troncos de madera, atados con harapos, con su cargamento quieto, entraban en el agua loca y vertiginosa. Cuando volvió a mirar, la superficie del río estaba limpia.

Eso contó el hombre de la partida que regresó milagrosamente.

La hija de don Carlos quedó un poco como sin llegar a darse cuenta exacta. Lloró; después se le secaron las lágrimas. Dejó de rezar; enflaqueció; se pasaba todo el tiempo como abstraída frente a un árbol del patio, y algunas veces cantaba como los niños, repitiendo las mismas palabras con un sonsonete cansino. Se creyó que podía estar loca.

Frente a la silla donde se sentaba por las tardes llegó una vez don José Fonta, con su hijo Manuel y con un fraile. Tomó la mano de ella y la puso en la de su hijo. El fraile abrió un libro pequeño y comenzó a salmodiar su latín de casorio. Ella continuaba su cantinela tediosa. Le preguntaron algo; respondió que sí. El fraile hizo una cruz en el aire, les estrechó las manos y se retiró. Don José la besó en la frente y se retiró también. Quedó sola, mascullando su cantinela infantil ante Manuel, que la miraba con ojos ávidos.

Así las tierras de don Carlos de Arcedo pasaron a las manos de don José Fonta, y el linaje de los Fonta vino a continuar el de los Arcedo, que fundara en Costa Firme don Juan, el encomendero.

Los descendientes de Manuel Fonta fueron propietarios de "El Altar", acrecido con las otras extensas tierras paternales y figuraron con algún relieve en el tiempo de la Capitanía General.

Ricos en esclavos, en tierras y en ocio, su vida fue la misma vida lenta de los otros señores de la colina. Mucho chisme, escasa vida social, mucho orgullo, pocos viajes, alguna lectura religiosa…

Algunos de los Fonta fueron a la capital a cursar graves estudios después de la fundación del Real y Pontificio Colegio. Otros sirvieron en la milicia; los más quedaron en la casona de la hacienda.

Así don Antonio, hijo de Manuel, gran latinista, que llegó a canónigo y dejó inédito un enrevesado discurso sobre “Las modernas tentaciones de Satanás”.

Así don Luis, nieto de Manuel, que fue coronel de milicianos, gran fanfarrón y muy célebre borracho.

Así doña Josefa, nieta de Manuel, que prescindió de aquel mundo monótono y se hizo monja.

Fueron una casta pintoresca, orgullosa, mórbida. En el fondo de sus espíritus se revolvían las herencias contrarias; los abuelos heroicos mezclados con los malos hombres, los religiosos con los locos, los que acometían grandes empresas junto con los borrachos y ladrones. Alguna sangre del encomendero, algo de sangre de indio, algo de negro.

De esta casta, en 1790, nació don Fernando Fonta.

Fue un niño débil, enfermizo, sensible. Solo con su hermana Inés, tan frágil como él, pasó sus primeros tiempos en “El Altar”. Una infancia profundamente grabada en su recuerdo.

Su padre, don Santiago, fue un hombre sin ternura, violento, aislado. La madre se pasaba todo el día en el oratorio, rezando con un maniático fervor.

Con Inés, acompañados de un esclavo, hacía paseos por la hacienda y se iba penetrando religiosamente de la naturaleza magnífica. El carácter se le forjó taciturno. Sólo tenía contacto con la hermana. Los padres vivían metidos en sus propias vidas y los veían con cierta indiferencia; los demás eran esclavos y los trataban con un respeto excesivo. No se les decía nunca “tú” con confianza o cariño; solamente el “usted” de los padres o el “mi amo” de los siervos.

El repartimiento de los esclavos quedaba vecino de la casa. Cuando el niño salía de paseo se detenía largo tiempo a contemplarlo. Cavado en el suelo, como un sótano, con algunas pequeñas ventanas altas, cuadradas y con reja, por donde entraba escasamente el sol. Allí dormían, hacinados sobre la tierra desnuda, los hombres. A los que se casaban se les permitía construir un pequeño rancho aparte, en las inmediaciones. Las mujeres eran encerradas bajo llave por la noche. Todos estaban semidesnudos, sucios, llenos de impulsos

primitivos, como los animales. Se les castigaba apaleándolos o suprimiéndoles el escaso alimento.

El niño solía verlos con inexplicable emoción. Toda aquella carga negra, dolorosa y resignada, excitaba su imaginación. A veces los veía comiendo. Pasaban en fila ante una gran olla donde se cocían pedazos de carne, verduras y mil cosas más, revueltas y mezcladas de la más repugnante manera; se les servía en las manos, sobre un pedazo de piedra, en algún desportillado cacharro. Comían bestialmente, metiendo las manos de los unos en los recipientes de los otros, embadurnándose con el alimento toda la cara, escupiendo y gritando.

Otras veces oía los gritos escandalosos de alguno, a quien se apaleaba por ladrón, por perezoso o por estuprador.

Los había hábiles en las artes manuales; otros componían largas tiradas de versos acompañados con la guitarra; algunos eran brujos e inspiraban gran respeto.

En ocasiones, aprovechando la ausencia de vigilantes o capataces, venían a rodearlo con súplicas y lamentaciones. Quedaba el niño pálido en medio del círculo apretado de cabezas negras, oyendo las más extrañas peticiones: "¡Ay, mi niño, don Fernando, corazón de pajarito, consígame un permiso para ir al pueblo!". "Mi amito, don Fernando, tan lindo, haga que me dejen sin trabajar hoy, que estoy enfermo". "Don Fernando, cubierto de oro, Dios le guarde el Infierno a todos sus enemigos".

Venía el capataz; los dispersaba a palos. Quedaba el niño lleno de la resonancia del choque de aquellos espíritus opuestos y desnudos.

Su hermana y él, juntos salían de paseo, juntos rezaban, juntos pedían la bendición a los padres silenciosos por la noche. La presencia de aquel mundo extraño les obligó a aproximarse más.

Solo mucho después vino a saber por qué sus padres vivían tan distanciados.

Don Santiago era impulsivo y desprovisto de reflexión. Lo dominaba el mal dominio de la carne. Cuando entre las esclavas jóvenes alguna le gustaba, el capataz se la llevaba por la noche. Era un varón primitivo. Cuando entre el sueño, los esclavos, echados sobre la tierra, sentían crujir la recia puerta del

depósito de las mujeres, sonreían, sabiendo lo que aquel ruido significaba.

Su mujer lo sorprendió en plena falta. Tuvieron una exasperada disputa. Ella hizo una promesa a los santos para ganarlo al buen camino.

Un día salió a pie, vestida de Dolorosa, desde la casa de la hacienda hasta la capilla del pueblo vecino: las manos juntas, los ojos hacia la tierra, rezando en voz alta. La acompañaban gran número de esclavos, que hacían coro a sus plegarias. Los que la topaban en el largo camino se ponían de rodillas. Rezó una hora en la capilla y regresó con igual aparato. La visión de su madre con aquel traje estrafalario, marchando a pleno sol, no se borró nunca de la imaginación de Fernando.

Lejos de conmoverse, el marido se sintió ofendido de aquel público y espectacular ruego. Quedaron más separados que nunca.

Ella murió algún tiempo después de manera violenta, y sus hijos sólo la vieron ya tendida sobre el lecho, sin flores, vestida con el mismo hábito de la caminata, transparente bajo la luz amarilla de un cirio descomunal.

Después, las relaciones de Fernando e Inés con su padre se hicieron más tiesas y ceremoniosas. Se les vestía siempre de negro. En medio de la naturaleza vital y fecunda, entre los siervos bestiales, junto al padre inaccesible, solos, de luto, hacían un fuerte contraste.

Apenas si comenzó a acompañarlos entonces una esclava vieja, que fue de su madre. Los llevaba de paseo, les enseñaba oraciones, les contaba las historias de la familia y algunos cuentos llenos de imaginación pavorosa de los negros.

En la hora de la siesta, recostados al tronco de un viejo árbol, soporosos, viendo a lo lejos los bueyes dorados que aran bajo el sol, entre el ruido suave de las hojas, la vieja esclava comenzaba a contar:

"Cuando nació Papa Dios estaba chiquitito, chiquitito, como una parapara. San José carpinteaba y la Virgen rezaba el rosario. Pero ellos vivían en la hacienda de un hombre maluco que les echaba muchas lavativas a los pobres negros y a todas las gentes. Y va el Diablo y lo tienta. ¡Ave, María Purísima! Y el hombre maluco era el rey, y estaba vestido de oro, con un gorro colorado, y

vivía en una casa grandota, y tenía buenas mulas, y daba unos banquetes con casabe y cochino y guarapo. Pero el rey quería matar a Papa Dios antes que Papa Dios tuviera tiempo de montársele. Y va y le dice un día al mayordomo ¡"Mayordomo, venga acá! Usted va a salir ahorita mismo y me va a matar a todos los muchachos que haya. Ya lo sabe. Que no se salve ninguno". Y el mayordomo le dijo: "¡Ay Misia Carramajestad, así se hará!". Y salió y empezaron a matar muchachos. Daban grima ese sangrero y esa gritería y ese pilón de muertos. ¡Y mata y mata gente! ¡Y mata y mata gente! ¡Y mata y mata gente! Hasta que se cansaron. Pero a Papa Dios, ¡ah, caramba!, se lo había avisado un ángel y se salvó en su burro. Y entonces, el mayordomo fue a casa del rey y dijo: "¡Ay, Misia Carramajestad, ya los matamos a toditicos!". Y entonces, el rey dio un fiestón, donde chorreaban los dulces y la mantequilla; pero a mí no me tocó ni tanto así…".

III

Desde el patio, por el zaguán largo, saliendo a la calle estrecha y polvorienta, podía ver el frío muro del convento de las monjas Concepciones, las paredes multicolores sembradas de rejas verdes, algunos árboles de la Plaza Mayor y la mole del Ávila.

Así la veía ahora desde la casa de los Lazola.

Cuando llegó con su padre la vio de otro modo.

—Fernando, Santiago de León de Caracas —le anunció con voz solemne don Santiago, señalando con el dedo.

Señalando con el dedo, por un claro de las colinas, allá en el fondo del valle verde y dilatado, una ciudad menuda y clara como de estampa junto a un cerro majestuoso, joroba ancha de montaña que hace sombra en el cielo.

Ya se le había incorporado al recuerdo.

Templos graves, llenos de dorados que multiplicaban la luz de los cirios, donde en las solemnidades, mientras el órgano temblaba, había visto como un violáceo resplandor al ilustrísimo arzobispo don Francisco Ibarra, o pasando por en medio de la guardia, erizada de brillantes aceros, cortesano y elegante, al capitán general don Manuel Guevara Vasconcelos. Adentro, el incienso, y afuera, la locura de las campanas, y por las aceras, canónigos, licenciados, militares, granujas y algún arreo de asnos cargado de frutas.

Sus ojos, hechos al campo, construían la ciudad ahora.

Hasta los dieciséis años había continuado en “El Altar”, al lado de su padre y de su hermana Inés. En una carne adolescente, un espíritu indeciso y tímido. Para tomar cualquier resolución nimia sentía como centenares de voces que desde opuestos rumbos lo llamaban y atraían. Nunca pudo obrar derechamente de acuerdo con un pensamiento único.

A los dieciséis años cumplidos, don Santiago resolvió enviarlo a la capital para que estudiase según sus inclinaciones. Escribió a un viejo amigo, don Bernardo Lazola, funcionario del Cabildo, para ver si quería recibirlo en su casa todo el tiempo necesario, mediante remuneración de los gastos que ocasionara. Lazola respondió aceptando. Después de despedirse con mucha dolorosa emoción de Inés, salió de “El Altar”, acompañado por su padre.

Pasaron varias jornadas a caballo antes de llegar al valle de Caracas. Seguíanlos algunos esclavos. Hacían alto para pernoctar en las haciendas de los amigos, donde eran recibidos con dispendiosa munificencia.

Al fin, desde las orillas del Guaire vieron la gran muralla violeta del Ávila, en cuyo rededor desperezábanse nubes largas y blancas. Iban entrando en la ciudad. Pasaban por las calles de lajas desiguales, atravesaban las plazas de sombra brusca, iglesias, capillas, conventos extensos, rodeados de altas paredes lisas. Desde algunas fuentes, mujeres morenas envueltas en trapos de color conducían agua en ánforas de tierra. En la Plaza Mayor estaba el mercado, en pequeños comercios pintorescos.

Así la vio al comienzo.

Bajo los techos de tejas rojas, casas bajas de vivos colores, rejas y zaguanes. Árboles hondos y quietos, desbordados por sobre las tapias; callejones torcidos. Un río manso cercado de guayabos, muchos altos chaguaramos y algunas torres chatas y blancas.

Frente al convento de las Concepciones echaron pie a tierra en la casa de los Lazola. El dueño salió a acogerlos con muestras de una sincera alegría; junto a él, su hijo, llamado, igualmente, Bernardo, estudiante de Filosofía;

y ya en el interior les tendió la mano la esposa, doña Ana María, una noble y digna matrona.

Fernando observaba las gentes y la casa con curiosidad. Allí debía continuar su vida. Allí comenzaba un paisaje inusitado, y su existir cambiaba de pronto como enrumbado por un recodo súbito.

Miraba el patio, claro, rodeado de corredores; las paredes encaladas de blanco, una palmera erigida en el fondo, las anchas sillas de cuero, la acogedora sonrisa de la señora y la comprensiva expresión del otro adolescente, y se sentía en un mundo distinto e imprevisto.

Cambiaba su horizonte, cambiaban las cosas que estaban en relación diaria con su sensibilidad. Cambiaba su existir. Cuando don Santiago cruzó la esquina diciendo adiós, cuando el último esclavo de "El Altar" hubo desaparecido, entonces comenzó a comprender, a penetrarse de que cambiaba. Su presente dejaba en cierto modo de ser la continuidad de su pasado.

Había cambiado ya. Don Santiago y su hermana estaban lejos. Ahora eran don Bernardo y doña Ana María y Bernardo. Ahora era la ciudad.

Así la veía ahora.

Aquel señor, llegado a La Guayra en el último velero, que las gentes se volvían a mirar en las calles; aquella dama moza, vestida de blondas pluviales, escoltada por cinco esclavas tintas; un caballo atado a una reja verde; casas amarillas, casas rosadas, casas blancas, casas azules.

Se hizo amigo e inseparable compañero de Bernardo. Estudiaban juntos, entablaban discusiones encarnizadas sobre los temas de estudio, juntos salían. Bernardo era impetuoso y exaltado. Le servía de guía en el conocimiento de la población y de las gentes. Lo llevaba de paseo por los alrededores, le presentaba los compañeros de la Universidad; juntos asistían a las clases. Iban a veces con don Bernardo a la comedia, o seguían con gran gozo a las muchachas por las calles angostas, entre la muchedumbre de los fieles, tras alguna procesión, en el atardecer, con muchas velas bajo el denso crepúsculo.

Había cambiado.

Ya no era el lento paseo bajo los árboles de la colina de “El Altar”. Ahora venía de la Universidad. Como los otros días, por la noche, podía cerrar los ojos sobre el lecho y antes de dormirse ver las cosas como si estuviesen pasando de nuevo. Era el viejo sacerdote de la clase de latín, con su pobre sotana, un tanto verde, mientras él ojeaba el Nebrija, *Antonii Niebrissensis Gramatica Latina*, y con la misma voz de las oraciones, lenta y salmodiada, decía: *Rosa, rosae, rosae*…, o bien se aprendía algún verso de Horacio: *pallida mors*… No; ahora veía al maestro de Filosofía, sabio y silencioso. Iba penetrando en las causas de las cosas, porque antes veía; pero ahora solo empezaba a comprender. La gracia platónica y la eficacia aristotélica. Aristóteles, divino maestro, y Tomás de Aquino, y todos los que habían sabido ver el interior de las cosas. Ahora, ciertamente, era otro. Sentía la ebriedad de ir comprendiendo. Estudiaba lógica; lo admiraba el diáfano mecanismo del pensamiento, las proposiciones universales y las contrarias y las contradictorias; las reglas del silogismo. *Barbara, celarent, darii*… La prueba ontológica de Dios. Ya no era el mismo. El problema de los universales, si los géneros y las especies… Estaba cambiado. Era una linda cosa eso de cerrar los ojos y ponerse a caminar por dentro del espíritu. Prescindir de la realidad. ¿De cuál realidad? Porque si la que nos rodea, la podemos abolir con cerrar los ojos, la otra, en cambio, persiste. Las sombras platónicas en la pared de la caverna. La sola realidad del espíritu conociendo; del espíritu en el momento de conocer. ¡Ah! Era como una divina borrachera, como un profundo sobrecogimiento. El mismo “busca a Dios dentro de ti”, de Cristo. Lloraba de emoción. Por la hendidura de los párpados cerrados brotaban las lágrimas. Conocía la égloga profética de Virgilio: “He aquí que renace en su integridad el gran orden de los siglos, he aquí que torna la Virgen, que torna Saturno y que una nueva generación desciende de las alturas del cielo”. De las alturas del cielo desciende lo nuevo, descenderá lo nuevo; de las alturas del cielo al hondo mar del espíritu. El mar del espíritu. El viento bate sobre él en contrarios caminos. El viento sonoro. Ya no lloraba: ahora siente un vago ruido. Suena el viento en las hojas del patio. Suena lejos. Se va que-

dando dormido. Se ha dormido. En lo hondo del cráneo bullen las resonantes voces confusas.

En el salón de la casa de don Bernardo —profusas colgaduras rojas y algunas lunas ahumadas—se congregaban con cierta frecuencia sus escogidas amistades, y en esas ocasiones Fernando trababa conocimiento con las gentes distinguidas de la ciudad.

Iban ricos hacendados, clérigos, rentistas, empleados de la Real Hacienda. La reunión tenía lugar por la tarde. Llegaban las damas y se sentaban con doña Ana María en un extremo del salón a tertuliar todas a un tiempo y desaforadamente, en tanto que los señores se agrupaban en el otro extremo o en el corredor, tomaban rapé y hablaban ceremoniosamente.

Pasaban esclavos de librea blanca con refrescos, chocolate y confituras.

Los señores hablaban, de manera altisonante, de agricultura, de la política europea, de la próxima fiesta de la Iglesia.

Don Bernardo hacía la presentación del mozo:

—Señores, me permito presentarles a don Fernando Fonta, hijo de mi viejo amigo don Santiago, que ha venido a cursar estudios y vive conmigo.

Fernando se sentía cohibido viendo aquellas fisonomías rígidas que lo observaban con un detenimiento molesto.

Un señor viejo y patilludo le dirigió la palabra:

—¡Ah! ¿Conque es usted estudiante? ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Estudia usted ciencias sagradas o profanas?

—Profanas, sí, señor.

—¡Ujú! ¡Muy bien! No tengo nada que decirle, sino muy al contrario: mucho felicitarle. Pero, ¡ah…!, ¡mi amigo!, necesitada está de hombres nuestra Santa Iglesia y necesitada de bravos guerreros la batalla de Cristo. El siglo y el mundo se corrompen. Las gentes estudian tan sólo por la vana pompa de alardear de su propia sabiduría. Se estudia la retórica, ¡humo de humo! ¿Para qué han de servir las palabras si no son puestas al servicio de la causa de un Santo eminente?

Un clérigo que había permanecido silencioso intervino entonces:

—¡Ah, mi venerable amigo, qué fiesta para un corazón cristiano el oír vuestras palabras! Alegraos, mancebo afortunado, que estáis como puesto a un banquete de exquisitos manjares. Razón tiene usted, mi venerable amigo…

Fernando estaba en medio y oía las palabras con asombro. Aquellas gentes graves, tiesas, que hablaban con voz falsa y oratoria, le producían la impresión de algo abominable. Estaba seguro de que nadie decía la verdad. Todo lo que allí se oía era mentira e hipocresía, con las que, inútilmente, intentaban los unos engañar a los otros. Palabras tan frías, tan convencionales, no podían expresar sentimientos vivos. Debían ser malas gentes.

—Razón tiene usted. ¿Dónde están aquellos fuertes leones de la Doctrina, o aquellos bravos navegantes de la Apologética, o aquellas reales águilas de la Teología? Es necesario que los ingenios se encaminen de nuevo por el camino de Dios. ¡Nuestra Santa Religión está siendo abandonada criminalmente!

El anciano replicó:

—Bien sabe usted, padre y amigo honorabilísimo, en cuánto estimo la grandeza de la Santa y Verdadera Iglesia y el mucho dolor que tengo de que Dios no me haya deparado descendencia, para así haber consagrado mis hijos a su servicio…

Fernando oía e imaginaba. Imaginaba. La ciudad estaba llena de conventos e iglesias; en cada familia había una monja o un sacerdote; en las fiestas religiosas se arruinaba la gente, y aun la Iglesia se sentía pequeña y disminuida. Imaginaba. Cuando todas las gentes regalaran sus fortunas a las catedrales, cuando todos los padres dedicaran sus hijos al servicio de Dios, ¿no sería, acaso, la ruina del mundo?

—…haberlos consagrado al servicio de Dios, haberlos salvado para la eternidad, apartándolos del mundo abominable.

Alguien agregó:

—Por unos miserables días sobre esta tierra miserable, por unas miserables horas dedicadas al piadoso ejercicio, ganarse la beatitud eterna. Cambiar el

mundo feo, lleno de tentaciones hediondas del Demonio, por el gozo infinito de la Divina presencia. ¿Dónde se hallan los seres capaces de dudar ante semejante elección?¡Mostradme esos réprobos entenebrecidos por el pecado!

Los otros varones asentían. Todos se encarnizaban en un odio apasionado contra el mundo.

—Es así, venerable amigo; fuera de Dios no hay grandeza. Grande es Nuestra Católica Majestad, porque sirve a la Iglesia. Bueno es que los hombres se ilustren, pero no malamente. Los que estudian Filosofía pecan de orgullo, y los que leen literaturas profanas se condenan por la mala recreación del espíritu…

Fernando pensaba. Todas aquellas gentes vivían encerradas en sus casas el año íntegro, y el día que salían a tomar refrescos en casa de un amigo hablaban con odio del mundo. ¿Era el mundo malo, o eran malas aquellas gentes?

—…por la mala ocupación del alma; ¿es que hay por ventura otro gozo que el gozo de Dios? No hay más ciencia que la sagrada, ni más ejercicio que la vida piadosa…

Las ideas agitaban su espíritu y le movían el sentimiento desordenadamente. El tono de las voces se le hacía insoportable, y la presencia constante del motivo religioso le fatigaba la atención y le producía inquietud. Quería abolirlos.

Sin despedirse, lentamente, fue saliendo del salón.

—…la ciencia es la última forma de la tentación de Satanás para ganarse los espíritus orgullosos…

Atravesó el patio. Se fue al corral. Al paso, de un árbol arrancó una guayaba amarilla; más adelante se tumbó en el suelo, junto al tronco de la palmera que se hundía en el cielo, de azul puro.

Mordía la guayaba y veía las ramas haciendo señales sobre el fondo blanco de las nubes. Mordía la guayaba dulce y veía la palmera bañada de sol, y no quería pensar en cosa alguna.

El pensamiento era como una tentación. Como una provocación a someter la vida a un principio, a una ordenación, a una regla. Al fin, habría de decidirse, y decidirse era prescindir de otras muchas cosas igualmente

posibles y deseables. Escoger era renunciar. Más valía estarse echado en tierra sin pensar en nada.

Con Bernardo iba a la Universidad. A la salida de clases se reunían algunos a charlar o se iban de paseo hacia los campos vecinos. Bernardo le hizo conocer algunos estudiantes: Gaspar Luiz, que estudiaba Teología; Antonio Zelina, cursante de Derecho; José Salguero, estudiante de Medicina, y Carlos Irón, que aprendía canto y música.

Se iban de paseo, discutían, robaban fruta, cazaban pájaros; pero los caracteres y las inclinaciones personales se iban desnudando en ellos.

A veces hablaban de lo que quería ser cada cual.

—Yo, militar —decía Bernardo.

Antonio Zelina empezaba a hallar árido el estudio del Derecho; lo cansaba el cúmulo de instituciones, las minuciosidades del procedimiento, la sutileza de los comentaristas, la estupidez de los principios.

—¡Yo, todo, menos Licenciado! El Derecho es una cosa idiota. Consagrar su vida a complicar la de los otros es un oficio que no me gusta.

Corrían. Sudaban.

—Yo estoy contento de haberme dedicado a la ciencia de Dios —decía Gaspar Luiz—. Puedo prescindir del mundo sin dolor. Siento la verdadera vocación. Lo mejor del hombre es el alma, y el fin del alma, acercarse a Dios.

Entonces, Salguero, superficial, impulsivo, violento, que empezaba a deslumbrar su inteligencia con los primeros conocimientos de la Medicina, lo interrumpía:

—¡Esas son pendejadas de vieja!

El hombre no tiene sino carne. Búsquenme en el cuerpo el sitio que ocupa el alma. Búsquelo, a ver si lo encuentra.

Los otros intervenían y los apaciguaban, y para hacer olvidar pronto el incidente, Irón, a quien poco importaban todos los problemas físicos y metafísicos, cantaba con su dulce voz alguna canción de fáciles compases.

Todos tornaban a correr y a jugar bajo el sol fuerte; pero en la mente impresionable de Fernando quedaban los pensamientos sugeridos y flotando.

Un día, que discutieron más de lo conveniente, Salguero y Luiz vinieron a las manos. Los otros hicieron rueda para verlos pelear. Los azuzaban con gritos y empujones, y hacían coro a los golpes:

—¡Dale por la cabeza! ¡Dale duro!

Salguero tenía el traje desgarrado, y el otro sangraba por las narices.

Pero pronto notaron que Gaspar Luiz no hacía nada por defenderse. Llovían sobre él los golpes y los soportaba impasiblemente, sin reaccionar, hasta que el agresor, fatigado de dar puñetazos a aquella especie de masa inerte, se detuvo.

Se detuvo, se arregló lo mejor posible el traje desgarrado, pasóse las manos por los cabellos revueltos, se volvió hacia el vencido y le gritó:

—¡Cobarde! No puedes negar que eres hijo de cura. ¿Quién ha visto a alguien llamarse Luiz? ¡Hijo de cura! ¡Cura! ¡Cobarde!

Los otros, con gesto despectivo, le volvieron la espalda y se marcharon, acompañando a Salguero, comentando la pelea y haciendo burla del que quedaba solo y maltratado.

Fernando, que había presenciado todo conmovidamente, se separó del grupo en marcha y fue a reunirse a Luiz, que iba en sentido contrario.

Apresuró el paso y lo alcanzó. El otro se volvió, sorprendido de que alguien quisiera acompañarlo. La nariz roja, la boca rota, los ojos sanguinolentos, el traje en pingajos. Sin poderse contener, le preguntó:

—¿Por qué se dejó usted maltratar de ese modo? ¿Por qué no le pegó usted también?

—Yo me defendía al principio.

—Sí; al principio sí. ¿Pero después?

El estudiante de Teología callaba, y su silencio daba alas a la exaltación de Fernando.

—Usted ha debido pegarle más duro a él. Ha debido matarlo. Todos ellos son unos cobardes. ¿Por qué no lo hizo?

Al fin, el pobre muchacho habló con voz estremecida y suplicante:

—Yo preferiría no decírselo, primero porque quizás sea orgullo mío, y después porque no sé si usted me comprenderá. Pero no importa; se lo diré: yo me defendí al principio porque no era yo, el verdadero yo, sino el mal animal que hay en mí. Después, sí fui yo, y entonces comprendí que aquellos golpes me los daba el mundo, que aquellas manos que me pegaban eran las manos materiales del mundo que golpeaban la Palabra Divina que yo había sostenido; por eso no me defendí más. Pensé en Dios y comencé a gozar el gozo de los mártires. Si me hubieran matado, habría sido feliz.

Fernando no quiso preguntar más. Comenzaba el crepúsculo rojo, verde, violeta, dorado. Marchaba al lado del otro muchacho débil y silencioso y se esforzaba por comprender las palabras que había oído. El mundo maltrataba el espíritu, la materia batallaba contra Dios. El crepúsculo suntuoso, el gran sol, la maciza muchedumbre de los árboles, los ríos, los animales, los hombres, eran enemigos de Dios. Dios no contaba sino con las almas. Dios era el solo camino, y a él se llegaba por la renunciación o por el martirio.

Los otros compañeros, fuertes, estúpidos, que querían ser militares, se habían ido juntos. Él acompañaba al pobre martirizado. Había que prescindir de los otros, de los malos, de los materiales. Renunciar a ellos o ser martirizado por ellos. Era una hermosa vocación. En el reparto humano, quedarse con la mejor parte. Escoger el alma.

Entraban en las calles de la ciudad. Por las ventanas salía la luz amarilla de las lámparas.

En una esquina se despidieron.

Fernando dijo sinceramente:

—Cuente usted conmigo. Lo comprendo y soy su amigo. De ahora en adelante quiero que nos reunamos más.

El otro no respondió, le estrechó las manos y se marchó en la sombra.

Fernando llegó a la casa lleno de una emoción desbordada, como nunca antes había sentido.

En el corredor, doña Ana María rezaba el rosario; don Bernardo respondía de rodillas, y a su lado, Bernardo, y un poco más lejos, en grupo, los esclavos.

Se arrodilló en un rincón lo más silenciosamente que pudo. No obstante, vio que Bernardo lo observaba con una sonrisa maliciosa. La digna matrona decantaba con voz pausada:

Dios te salve, María; llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de su vientre, Jesús.

Y el coro respondía con un murmullo confuso:

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Fernando no rezaba, tan sólo advertía el sonido sin distinguir las voces. Con los ojos cerrados, se sumergía como en un agua rumorosa. No rezaba. No pensaba. Apenas si le desfilaban imágenes rápidas por la imaginación. Así el grupo de sus compañeros que se alejaba cantando por el camino. Así su hermana Inés, silenciosa, con los grandes ojos abstraídos. Así aquella estampa que estaba en el oratorio de "El Altar", donde un Cristo vestido de pastor llevaba una oveja, y al pie se leía:

He aquí mi oveja bien amada que se había descarriado y que torna al redil.

Terminada la oración nocturna, Bernardo se aproximó a él. Silenciosamente lo vio venir y lo dejó hablar.

—¿Por qué te fuiste con el curita y no con nosotros? No andes con él. Eso te va a dar fama de tonto. El curita es un pendejo.

Fernando tuvo la intención de responderle; pero una interior dulzura, que comenzaba a colmarlo lentamente, lo hizo callar. Dejó al otro diciendo sus invectivas soeces, y, sin replicar palabra, se marchó a su cuarto.

Comenzaba a amar la soledad. Estar sin presencias impertinentes, solo, pensando. Estarse solo era gozar de la ausencia del mundo. La soledad era propicia para hacer triunfar el espíritu, para darle la revancha contra la carne.

Le sobrevino la idea de pasar la noche haciendo penitencia. Tomó una almohada del lecho, la arrojó al piso y de hinojos sobre ella comenzó a repetir

las oraciones cotidianas. Lentas palabras salmodiadas, mecánicamente dichas, que no llegaban a retener su atención. En los ratos en que enmudecía se ponía de manifiesto la vasta presencia del silencio que pesaba sobre toda la ciudad dormida. Pronto agotó todos los rezos que sabía, los repitió cinco veces, diez veces. Eran tan sólo vano ruido; el Todopoderoso no podía ser conmovido por ellos; los sentía ajenos y no significantes. Comenzó a fatigarse. El ancho silencio invitaba a dormir. En los ratos inertes en su interior una débil voz ponía en duda la eficacia de aquella penitencia. ¿Acaso era un gran pecador? ¿No era ridícula, no era infantil aquella contrición? Resolvió quitar la almohada y quedar de rodillas sobre el duro suelo. Empezó a improvisar oraciones y a meditar sobre los bienes de Dios y sobre los males del mundo. Si bastaba pasar al mediodía, a la hora del sol abrasador, junto a aquellos conventos tan llenos de árboles, tan silenciosos, tan frescos. La imaginación lo traicionaba velozmente. Se sorprendió pensando, repetidas veces, en cosas placenteras. Tenía la sensación de que su cuerpo y su espíritu juntos luchaban y se oponían para impedirle el gozo de Dios. Entonces le vino la idea de castigarse, de aplicarse recios disciplinazos. Se levantó, tomó una correa, la dobló en dos y se desnudó de la cintura arriba. Por el dolor podía ganar la Gracia. Ya iba a comenzar, cuando se le ocurrió que el ruido de los golpes podía despertar a los demás que dormían en la casa. Se abstuvo de los disciplinazos, pero con más persistencia le volvía la idea de que algo se empeñaba en interceptarle el camino de la Divina Misericordia. Había oído hablar de San Antonio, eremita que libraba grandes batallas nocturnas con el Diablo. Tuvo casi la certeza de que el Diablo luchaba contra su piedad, y estaba junto a él en esa noche. En "El Altar", entre los negros, había oído hablar mucho de Satanás. Lo pintaban de una manera horrenda. Mezcla de todos los animales horribles y asquerosos; cara de sapo, alas de murciélago, piel de culebra, manos de mono. Fernando había oído a los negros historias espantables en que el Diablo arrastraba almas al Infierno, por la fuerza, irresistiblemente. Pobres almas arrancadas al mundo en un violento vuelo de llamas azules y azufrosas. Las manos negras y vellu-

das sobre sus manos. Comenzó a sentir miedo. Le parecía que de un rincón sombrío surgiría aquella bestia espantosa contra él. Cualquier ruido de los muebles, cualquier crujido de la madera lo sobresaltaba. Estaba aterrorizado, empavorecido. El Diablo rondaba alrededor de él, el Diablo lo acechaba. ¡Ah!, de aquel rincón pequeño, de aquel rincón mínimo, junto al pie de la cama, había salido como una rata, como un lagarto, como un cerdo. ¡No; no! ¡Era algo que crecía vertiginosamente, como el cuarto todo, como una torre, como diez torres! Rostro de sapo, piel de culebra. Venía sobre él. ¡Aaaayyy!

Despertó bruscamente. Estaba dormido sobre el suelo. Le dolían los huesos. Por la ventana el cielo se iba poniendo claro con la proximidad del alba. Se persignó y se sintió invadido de una alegría animal y desbordante, de estar vivo, de permanecer en la tierra, de no haber sido arrastrado a los Infiernos.

En los siguientes días, Fernando solo frecuentaba a Luiz. Salían juntos, rezaban, visitaban las iglesias, hacían lecturas piadosas, hablaban de la vocación de Dios y de su servicio.

Crecía su admiración por aquel espíritu disciplinado y ardiente. Sin duda había sabido hallar la verdadera vida. De sus palabras, de sus acciones, de toda su persona se exhalaba una aureola de paz, de orden, de quieto regocijo, de paciente gozo. El dúctil metal de la vida era bueno para la imitación. Gaspar Luiz le era un constante ejemplo. Se compenetraban. Hablaban. Leían: "Es verdaderamente sabio aquel que para ganar a Jesús mira como de barro todas las cosas de la tierra". "Vanidad de vanidades". "Quien me sigue no va entre tinieblas".

Llegó a pensar en dedicarse a la vida religiosa. Escribiría a don Santiago y entraría como novicio en alguna orden. Le gustaban los franciscanos, que tenían un patrón pequeño y débil. Pero así como súbitamente deslumbrado se metió por el camino de Dios, súbitamente se salió de él. Sobre su espíritu se abatían los vientos contrarios.

Por aquel tiempo las gentes que morían en pecado sólo podían ser libradas del Infierno mediante la compra de la Bula de Muertos. Pagada la suma que

valía la Bula, la familia quedaba consolada con la seguridad de que su deudo no sufriría las eternas torturas. Y allí era el caso de las pobres gentes que no tenían con qué pagar la Bula y querían salvar el ánima ausente de la terrible condenación. Presas de la más horrible angustia recorrían la ciudad mendigando el precio del maravilloso papel.

Una tarde que Fernando se había quedado en el fresco corredor de la casa leyendo libros piadosos, sintió, de pronto, pasos acelerados en el zaguán y luego unas manos febriles que golpeaban la puerta.

—¡En el nombre de Dios, abran!

Se levantó impresionado por aquellas desusadas voces y abrió. Tres mujeres vestidas de negro, pálidas, llorosas, desgreñadas, con la voz llena de gemidos, le hablaron a un tiempo:

—Por la misericordia de Dios, señor, venimos a implorarle para una Bula de Muertos.

—¡Señor, nuestro padre ha muerto y no queremos, no, no queremos que se condene! ¡Háganos la caridad!

—Dios se lo pagará, señor. Denos algo.

Estaba desconcertado. Palabras banales le brotaban.

—Pero, ¿qué es? ¿Por qué?

—¡Salve una pobre alma del Infierno, señor!

El cielo tenía precio. No acertaba a expresarse. Se encontraba en la confusión. Eran voces desgarradas, impresionantes, trémulas. Tuvo deseos de correr a ocultarse. Quiso preguntar, quiso responder, pero no podía articular. Sentía una terrible conmoción.

A las voces acudió doña Ana María, oyó las compungidas súplicas, sacó algunas pequeñas monedas y las ofreció diciendo:

—Por el feliz tránsito de esa pobre alma, hermana.

—Dios se lo pague, señora.

Los sollozos y los trajes negros se alejaron y se perdieron por la calle. Doña Ana María se tornó al interior. Fernando quedó de pie, inmóvil, mudo, extático. Había experimentado un choque profundo.

¡Esa era la misericordia de Dios!

Salió a la calle marchando velozmente, casi corriendo. Salió al campo. Arrancaba las hierbas, se mordía las manos, tenía deseos de gritar hasta el límite del grito. Era como si le hubieran roto algo precioso. Se hallaba abandonado, perseguido, desamparado. Hubiera querido llorar la muerte de alguien, morir él mismo.

¡Esa era la misericordia de Dios!

Comenzaba a sentir una especie de rencor por todas las cosas que antes había llegado a amar: por las iglesias, por los sacerdotes, por la ciudad religiosa, por Luiz, por aquel Dios que estaba en todas las bocas para todo.

Comenzaba a pensar con simpatía en Bernardo y en los otros compañeros. Eran jóvenes animales, rudos, ásperos, pero a lo menos no lo engañaban, no le hacían creer en ficticias ilusiones. Le era necesario encontrarlos, acercárseles de nuevo, regresar a la vida desnuda.

Durante el tiempo que estuvo dominado por ideas de vida religiosa había dejado de verlos casi completamente. Apenas una que otra conversación rápida con Bernardo en la casa, apenas un encuentro en las aulas con los otros.

Todos habían cambiado. Ahora que los deseaba joviales para entregarse con ellos a una vida indiferente, los hallaba esquivos, algo graves, en cierto modo preocupados. Hablaban en secreto, se reunían a solas y silenciosamente, y toda esa máquina de misterio no hacía sino exaltar la curiosidad de Fernando.

Un día, no pudiendo ya soportar más, quiso pedir explicaciones a Bernardo. ¿Qué sucedía? ¿Cuál era la causa de aquella secreta agitación en que estaban?

—Eso no es para ti, Fernando. Eso es para gente que viva en el mundo: tú andas con los arcángeles. Quizá más adelante. Veremos…

Por aquellas frases afectadas comprendió que estaba solo.

Algunos acontecimientos vinieron a sacudir la monotonía de la ciudad y a distraer la atención de Fernando.

Un día, a son de tambor y pregón, se congregó la población en la Plaza Mayor. Sobre un estrado se leyó una orden del capitán general Guevara y Vasconcelos

ofreciendo treinta mil pesos a quien presentara la cabeza del traidor Miranda, enemigo de Dios y del rey.

Fernando estaba entre la muchedumbre. Rodeaban el estrado algunos milicianos armados que de vez en cuando hacían retroceder a culatazos el gentío demasiado apretado. Las gentes vociferaban, se hablaba a gritos, algunas mujeres se persignaban.

Al lado de Fonta, un hombre grueso mascaba una cebolla con pan. Con él se informó:

—Pues hombre, no sabe usted que este condenado Miranda ha hecho armas contra el rey, ¡contra el rey!

Y el hombre que comía la cebolla se quitó el sombrero en señal de respeto al real nombre.

—Es un pardo infame. Viene a robar y a matar. Ya lo castigarán las armas de su Majestad y las pailas del Demonio.

Fernando no juzgó útil seguir interrogando a aquel vecino, cuyo alimento olía tan mal y cuyas explicaciones eran confusas, pero continuó observando la espesa muchedumbre que se agitaba y gritaba:

—Sí. ¡Que lo maten! ¡Que traigan la cabeza!

Sobre el estrado había de nuevo agitación. Algo había gritado el ejecutor de la justicia, que el ruido de la gente no permitía oír. En seguida desenrolló un largo papel que traía bajo el brazo, y dándose vuelta lo mostró a toda la multitud. Había sobre él, dibujado malamente, el perfil de un hombre deforme: los ojos a la altura de las narices demasiado chatas, la boca enorme, las cejas mínimas, la cabellera desproporcionada. Algunos gritaban: ¡Qué feo! ¡Qué feo es! ¡Que lo quemen!". El ejecutor de la justicia tomó de manos de un soldado una tea encendida y con un movimiento ridículo y solemne prendió fuego al dibujo. El papel ardió en una rápida llamarada. Los gritos de los hombres excitados se levantaron de nuevo. La llama temblaba bajo la tempestad de alaridos. Algo nuevo dijo el hombre sobre el estrado que tampoco pudo oírse. Los soldados repartían culatazos a las gentes enfurecidas que querían alcanzar las pavesas.

Los gritos y las llamaradas, inconscientemente, removieron en Fernando olvidadas ideas. El martirio. Aquel mal dibujo representaba a un hombre, substituía a un hombre, que en su lugar debió ser quemado, debió sufrir martirio. El martirio para ganar la Gracia. Y aquel hombre era un enemigo de Dios.

Estas ideas lo preocuparon y trajeron más confusión a la mucha que ya reinaba en su espíritu.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa que del simulacro de ejecución y del hombre que había sido su objeto.

La efervescencia excitaba su imaginación. Se figuraba la efigie monstruosa de aquel hombre que el fuego había devorado; de aquel hombre maldito que se había atrevido a ser enemigo de las cosas más sagradas. Imaginaba que podía encontrárselo de un momento a otro, y sentía miedo, porque su visión debía ser espantosa; su presencia, dañina; su contacto, mortal.

Oyendo lo que se decía en los corrillos reunidos en las esquinas logró saber que Miranda era un criollo, que tenía muchos años fuera del país y que había intentado desembarcar con tropas para usurpar la autoridad del rey.

Por la tarde, en casa de don Bernardo, había reunión de los mismos amigos que iban periódicamente a tomar refrescos y a charlar. El señor viejo y patilludo, el clérigo hablador, algunas otras graves gentes.

Fernando entró de puntillas y se quedó del lado de afuera, en el corredor, oyendo.

—Lógicamente —decía el clérigo—, lógicamente todos los que lo sigan están en pecado mortal; aún más, están descomulgados.

—Así ha de ser, noble amigo, así es. Nuestro rey lo es por la Gracia de Dios, y los traidores que contra él luchan, luchan contra Dios y se condenan.

—Y no solo por eso, sino también porque Miranda ha tomado parte en las abominaciones de la Francia, que parece maldita de Dios; porque ha leído los malos libros que quieren exterminar todo lo sagrado; porque es un parido traidor debe ser condenado. Ir contra Dios y contra el rey es la mayor abominación…

Fernando pesaba esas ideas. Miranda se había atrevido a luchar contra Dios y contra el rey. Era increíble. Tal vez tendría alguna profunda razón para intentar tan insólito crimen. Él mismo había experimentado un vago rencor contra lo divino.

—...porque a nosotros, pobres criaturas, indignas, no nos corresponde sino obedecer y adorar. Los errores que puedan cometer los reyes son errores saludables, puesto que Dios los permite. No es al hombre, criatura falible, a quien corresponde constituirse en juez de los reyes instaurados por Dios...

No conocía a los reyes sino por vagas referencias. Comprendía que debían ser algo distinto de lo humano. Tan únicos, tan altos, tan lejanos, tan iluminados. Ante un rey no acertaría sino a ponerse de rodillas.

—... La Majestad es el reflejo y el eco del Divino Poder.

—Así es —asintió el clérigo—, y por ello no hay crimen mayor que el del traidor Miranda. Tiene las manos manchadas en sangre del rey de Francia. Ha sido traidor para con el Creador.

—Y traidor a su pueblo —agregó don Bernardo con voz reposada—, porque esas insolentes expediciones las hace pagadas por los protestantes ingleses para entregarles estos territorios...

Fernando no quiso oír más. Se marchó sin hacer ruido. En su cerebro la confusión bailaba una zarabanda desenfrenada. Miranda. Los ingleses. La sangre de los reyes. El Diablo. La efigie quemada en la plaza pública. Los reyes. Dios. Miranda. El Diablo.

Sentía casi un mareo físico. ¿Quién era aquel hombre temible que había venido a turbar la vida de todos?

Le veía el rostro horrendo coronado de llamas y las manos tintas en sangre de rey. ¿Quién era aquel ser espantable que venía como un castigo?

IV

—¿Quieres saber quién es Miranda? —le dijo un día Bernardo inopinadamente.

Asintió con la cabeza, porque el temor inconsciente le retenía las palabras.

—¿Sí? Bueno. Al medio día lo sabrás. Pero es un gran secreto. Cuidado con hablar a nadie.

Bajo la luz incandescente, Bernardo lo guiaba. El corazón le batía desbocadamente. Salieron de Caracas, atravesaron un poco de campo hasta las ruinas de un viejo trapiche.

Un torreón medio destruido, algunas gruesas paredes de ladrillo, los restos de un depósito. Sobre un montón de bagazo estaba echado un mozo corpulento.

Parecía dormir, pero tan pronto como penetraron dentro del recinto se incorporó violentamente y gritó con voz recia:

—¿Dónde está el agua?

Fernando quedó asombrado imaginando que sería un loco, pero Bernardo respondió:

—Debajo del maguey.

De nuevo tornó a preguntar:

—¿Qué palabra te despierta?

—¡Libertad!

—Entra.

El mocetón, terminada su investigación, volvió a tumbarse simulando el sueño, mientras ellos, dando vuelta tras un montón de vigas viejas, levantaban una tabla cubierta de bagazo y descendían por una maltrecha escalera a un sótano.

Un sótano espacioso e iluminado por algunos tragaluces altos que se abrían bajo una maleza. Una vieja mesa en medio, rodeándola hasta veinte jóvenes de pie y sentados en el suelo, en adobes, sobre antiguos utensilios de labranza.

Veinte rostros prematuramente graves lo observaban entre la tamizada luz de la cava. Gustaba un placer mezclado de desazón. El misterio y la aventura se habían abatido sobre él súbitamente. Historia de ladrón, de sociedad clandestina, de hombre que posee grandes secretos. Volvía a la reconquista de un reino infantil. Lo miraba todo con un deslumbramiento de niño.

En las paredes, algunos papeles con dibujos. Uno representaba una mujer con una cadena rota entre las manos; debajo se leía: “Libertad”; en otro estaba dibujada una bandera amarilla, azul y roja; más allá un letrero anunciaba el perfil de Washington; otro a un Miranda, tan hermoso como era feo el que quemaron en la Plaza Mayor.

La escena lo emocionaba.

Bernardo se dirigió a un joven sentado en un cajón ante la mesa.

—Ciudadano presidente, presento a usted nuestro nuevo hermano, el ciudadano Fernando Fonta.

Era la primera vez que oía decir ciudadano y le pareció sencillo y hermoso.

El presidente se incorporó y, dirigiéndose a todos, proclamó con voz solemne:

—Ciudadanos, ¿aceptan ustedes por nuestro hermano al nuevo hijo de la Libertad, ciudadano Fernando Fonta?

La mayoría aceptó.

—¡Ciudadano, en nombre de la Patria y de la Libertad, de ahora en más será usted nuestro hermano hasta la muerte!

Fernando no halló qué responder. Sentía como si acabaran de bautizarlo, de ligarlo para siempre a algo que podía ser terrible. Silenciosamente se fue

acercando a cada uno y estrechándole la mano. Luego se sentó junto al muro y se puso a la expectativa.

El presidente lo interrogaba:

—Ciudadano, ¿está usted instruido en nuestros principios?

Fernando movió la cabeza negando.

—¿Dónde nació usted?

—En “El Altar”. Una hacienda de caña.

—¿Dónde queda “El Altar”?

—En Aragua.

—¿Dónde queda Aragua?

—En la provincia de Caracas, de la Capitanía General de Venezuela.

—¡No! No en la Capitanía General, sino simplemente en Venezuela. Venezuela es su patria, y por ella está obligado a dar su sangre. Todos los hombres que han nacido sobre este territorio son sus hermanos, y por el bienestar de ellos está obligado a batallar; y todos los hombres que han nacido fuera del territorio son extranjeros y no deben tener ni mando ni intervención sobre esta tierra que es nuestra.

Aquellas palabras lo arrancaban del círculo de sus pensamientos ordinarios. Sabía que la tierra de “El Altar” era suya, pero nunca llegó a pensar que entre él y toda la extensión que el nombre de Venezuela abarca pudiera existir un nexo, un nexo tan profundo como para obligarlo a dar su vida.

Era un sentimiento un poco confuso, pero en cierto modo agradable. Todos los hombres que en ese instante nacían sobre aquella tierra, que sólo conocía en escasa parte, estaban ligados a él y trabajaría gustoso por ellos aun cuando no llegara a conocerlos nunca. Eso era la patria. La sangre de los hombres une y amasa la tierra vasta y dispersa. La une y la hace tierna como carne.

Acababa de atraparlo una súbita atadura. Empezaba a hallar diferentes los hombres que lo rodeaban; le parecían de pronto cambiados, transfigurados, ungidos de fraternidad ciega. Acababa de nacerle una porción gigantesca del sentimiento. Hubiera querido besarlos a todos, demostrarles de un modo desusado la sinceridad de su emoción.

Volvía la voz del presidente:

—Ciudadano secretario, comience la lectura de los Derechos del Hombre.

El llamado secretario extrajo de debajo de una piedra un pequeño cuaderno que era un ejemplar de la traducción de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, impresa clandestinamente por Nariño, en Bogotá.

Abrió y comenzó a leer con voz colegiala:

—Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Artículo primero. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden fundarse sino sobre la utilidad pública.

—¿Quién quiere hacer el comentario? —interrumpió el presidente.

—Yo —reclamó alguien.

Era un mozo flaco, con la melena revuelta, cerrado de negro.

—La Naturaleza —comenzó sin vacilar— hace a sus hijos idénticos. Nacen dotados de iguales órganos, hechos de la misma sustancia, construidos según el mismo arquetipo, arrastrados por los mismos instintos y movidos por parejos deseos. En la Naturaleza no hay desigualdad…

La mayoría atendía a la peroración. Algunos entablaban disputas independientes. Fernando oía la exposición, pero el seguirla le requería un esfuerzo extraordinario. Aquel pensamiento se desarrollaba por vías que le eran desconocidas. Toda su cultura reposaba sobre el principio de la desigualdad. Toda la experiencia de su vida le representaba la desigualdad. El rey, el capitán general, su padre, los esclavos, los nobles, los plebeyos, los blancos, los pardos, todas las figuras jerarquizadas que poblaban su mundo negaban esa ideología.

—…en el estado de naturaleza reinaba la igualdad, es decir, reinaban la felicidad, la justicia y el bienestar. Pero desde que por maldición se constituyó la sociedad, fue engendrada la desigualdad. El pacto social ha traído consecuencias injustas, se ha salido de la Naturaleza y ha creado esa cosa monstruosa que es la desigualdad. El contrato social reclama una profunda reforma, esa reforma no puede ser otra cosa que la igualdad.

La disertación fue acogida con nutrido vocerío.

—¡La sociedad es monstruosa!

—¡Viva la igualdad!

—¡Abajo los reyes!

El mozo flaco vino a sentarse próximo a Fernando. Éste continuaba meditando, lo aguijoneaba el deseo de exponer sus dudas; pero su innata pusilanimidad lo contenía. Al fin, tímidamente, se aventuró:

—Tenga la bondad de explicarme un poco más de lo que acaba de decir. No he comprendido bien.

El otro replicó vivamente.

—Con gusto. Es muy fácil. Se trata de principios casi axiomáticos.

Verá. En la Naturaleza todos los seres, dentro de cada especie, son iguales. La Naturaleza es obra de Dios. La sociedad lo es de los hombres. No es difícil saber cuál de las dos se ha extraviado.

Fernando calló un instante, ordenando su pensamiento para responder.

—Yo creo, al contrario, que toda la Creación proclama la desigualdad.

No todos los animales tienen la misma fuerza, no todos viven lo mismo, ni están bien defendidos los unos como los otros. Tampoco las capacidades están igualmente repartidas…

La voz del lector se atravesó de pronto, sonora y sostenida:

—El principio de toda soberanía reside en la nación…

—…hasta en el cielo hay jerarquías, en el castillo Divino hay jerarquías.

—Esas observaciones no son valiosas. No olvide usted que casi todos los libros religiosos han sido escritos para el servicio de los reyes y, por consiguiente, están basados en principios que les son favorables. La mejor prueba de que la igualdad es natural, el argumento Aquiles…

—…aquellos que aseguren a los otros miembros de la sociedad el gozo de esos mismos derechos…

—…la mejor prueba es que es posible. Lo que puede pasar pasa dentro de la Naturaleza, y todo lo que pasa dentro de la Naturaleza es natural. Hoy la igualdad existe en Francia y en los Estados Unidos de América, luego es posible…

—…debe ser la misma para todos, ya proteja o ya castigue…

—… ¡luego es natural!

Fernando no acertaba a responder claramente a la rápida dialéctica del otro.

—Yo sé que tengo razón, solo por el momento no puedo demostrárselo. Su argumento es falso. Usted mismo acaba de decir que la desigualdad no es natural, y, sin embargo, existe.

—…La Patria es el más sagrado vínculo —clarineaba la voz de un comentarista—; en ella se unen la sangre, la propiedad, el amor, el orgullo y la protección.

El lector gritaba más fuerte:

—Todos los ciudadanos, siendo iguales ante ella, son igualmente admisibles…

Un grupo vociferó:

—¡Viva el general Miranda!

El mismo nombre volvió a golpear sus oídos con nueva inquietud. A su lado alguien hablaba.

—Miranda es el único que verdaderamente trabaja por la patria.

La confusión comenzaba a lanzar su rápido giro abigarrado. Zozobraba.

Ya sin control sobre sí mismo, preguntó:

—¿Es un traidor o no lo es?

—¡Traidor! Nunca. Miranda lucha sólo para que tengamos una patria.

¿Usted ve esa bandera? —y señalaba con el dedo el papel en que estaba dibujado un pabellón amarillo, azul y rojo—. Esa es nuestra bandera.

Fernando se puso a contemplarla. Eran tres colores simples. Tres colores representaban la patria que empezaba a nacer. La patria que se le había revelado de pronto. Recordaba un poco los arco iris que llenan el cielo. La veía y comenzaba a sentirla con ternura. Casi hubiera querido adorarla como se adora una reliquia. En aquellos tres colores, mal pintados sobre un pedazo de papel, estaba la patria.

—Es bonita. ¿Quién la hizo?

—Miranda. La trajo en su primera expedición. Un hombre que venía a bordo me lo ha contado.

Fernando oyó el relato, y oyéndolo se le abolió el sótano y las gentes que gritaban, y se sintió como si estuviera presenciando lo que el otro contaba. El barco insignia se había adelantado frente a la rada. Amanecía un sol de paja rubia sobre los cerros verdes y sobre el mar ruidoso y azul. En el puente se oían voces de mando. Formaba la tropa, se preparaba el cañón. Americanos, ingleses, franceses, criollos se mezclaban, rubios, pálidos, bronceados. La mañana ardía en las bayonetas sobre la boca negra de los fusiles. Súbito, una seca voz de mando puso firme toda la fila. Por una escotilla, lento y majestuoso, un hombre salió a la cubierta. Lo llenaba una transparente serenidad. Vestía uniforme de general francés: casaca azul bordada de oro, pantalón blanco ceñido, negras botas de campaña, bajo el brazo un sable corvo. Un instante permaneció quieto y erguido; en el lóbulo de la oreja le temblaba un fino aro de oro. El viento venía ancho desde lo hondo del Caribe. Saludó y marchó hasta el pie del palo mayor. Allí, de un soldado, con temblor en las manos, tomó aquel trapo de tres colores y lo fue izando suavemente por una cuerda larga. Se oyó de nuevo un grito: "!Fuego!", y todo el aire del mar y de la montaña, sacudido por el disparo de los cañones, hacía temblar, arriba, en el tope del palo, los tres colores vírgenes desnudos, divinamente presentes ante la tierra ancha y muda.

Fernando se sumergía en una vertiginosa emoción; dentro de la piel le hervía la carne como un trapo con viento. Veía a Miranda sobre el velero izando la bandera. Veía el pequeño papel pintarrajeado. Veía las llamas que habían devorado la efigie.

Ahora le hablaban. La lectura había terminado y los oyentes la comentaban.

—Ciudadano Fonta, debajo de ese cajón en que usted está sentado hay un libro. Tenga la bondad de dármelo.

Levantó el cajón. Debajo había un libro amarillo de usado y muy viejo. Sobre la cubierta se leía: *Du contrat social ou principes du droit politique, por J. J. Rousseau, citoyen de Geneve á Amsterdam chez M.M. Rey. 1762*. Lo llevó con cuidado hasta la mesa y tornó a su sitio.

El presidente impuso silencio y comenzó a traducir el francés con dificultad, despacio: “El hombre es nacido libre, y por todo él está entre los hierros. Tal se cree el dueño de los otros que no deja de ser más esclavo que ellos. ¿Cómo este cambio se ha hecho? Yo lo ignoro. ¿Dónde está lo que puede hacerlo legítimo? Yo creo poder resolver esta cuestión”.

Todas las ideas, todos los conceptos que se desprendían de la lectura eran recibidos con un entusiasmo ávido. Los unos increpaban a los otros, entablaban discusiones, improvisaban comentarios, entre cuyo ruido la voz del lector naufragaba a ratos. A nadie se le ocurría pensar de un modo más o menos filosófico sobre la verdadera esencia de las doctrinas. Solo sabían aceptarlas o rechazarlas calurosamente.

Con tono enfático comentaba alguien:

—Sí; ¿por qué el hombre que ha nacido libre no lo sigue siendo? Los animales, las cosas, los elementos, son libres. El hombre puede decir, como Segismundo: “¿Por qué, teniendo más vida, tengo menos libertad?”.

—Si la humanidad se hubiera mantenido siempre en estado de naturaleza —agregaba otro— no habría conocido la esclavitud.

El barullo ganaba todo el conjunto. Cerca de Fernando varios discutían acerca del mejor sistema de gobierno.

—Sin duda —decía uno— que es la democracia. El gobierno de todos por todos. Todos son reyes y todos son vasallos.

—El gobierno democrático es la expresión de la voluntad general…

Ganaba y perdía a cada instante la conciencia de aquellos valores nuevos. Los ciudadanos. La democracia. Sentía el deseo de repetirlos en baja voz como los niños sienten el deseo de jugar con el juguete nuevo; de repetirlos, de decirlos a los otros, de oírlos murmurar quedamente dentro de su cráneo. Inconscientemente evocaba las conversaciones de los viejos amigos de don Bernardo Lazola, inconscientemente también sospechaba una vaga semejanza.

—…la democracia será la felicidad de los pueblos…

No podían comprender cómo los hombres habían podido vivir por tan largo tiempo infelices, cuando con sólo instaurar la democracia habrían puesto fin a sus males.

—…en ella tornarán a ser felices como cuando aún estaban en estado de naturaleza.

Fernando terció:

—¡Muy bien! Pero, ¿cómo se hará para efectuar ese cambio?

—¡Sencillísimamente! Como hasta ahora se han hecho todos los cambios. Haciéndonos conocer de las gentes. Con la predicación, con el ejemplo, como se dio a conocer el Cristianismo. Es imposible que cuando todos los hombres conozcan las ventajas de la democracia no la proclamen inmediatamente.

—Entonces, según eso, todo lo que se necesita es hacer circular las ideas.

—Sí. Con eso sólo bastará. La acción de la democracia será milagrosa. Es una obra de entusiasmo. De la noche a la mañana, por la sola virtud de su verdad, cambiará la faz del mundo.

Poco a poco el bullicio decrecía, las discusiones se apagaban y el silencio iba abriendo densas lagunas.

La voz del lector se cortó brusca, como chorro de agua. La fatiga rodaba en la atmósfera.

Al fin el presidente habló dando por terminada la sesión. La reunión comenzó a dispersarse seguidamente. Salían a intervalos, por pequeños grupos, para no llamar la atención de nadie.

Fernando se despidió de todos con efusivos apretones de manos y, a su turno, salió con Bernardo.

Como venían de la penumbra del sótano, la claridad del campo abierto los deslumbró. El sol declinaba y se advertía una dorada pureza en el aire que incitaba a respirar profundamente.

Tan llenos de emociones y de pensamientos iban que ninguno acertaba a hablar al otro. Marcharon así hasta las primeras edificaciones del poblado. Así siguieron silenciosos al través de toda la ciudad hasta la casa. Cuando llegaron

comenzaba la sombra. Sobre las últimas hojas de la palmera del corral bandereaba un guiñapo de sol.

Por la noche, Fernando, como en el tiempo de su misticismo, igual que en aquellas noches en que temía morir de súbito y ser arrastrado por el Diablo, tendió una almohada en tierra y se hincó a rezar sobre ella.

La ciudad estaba igualmente silenciosa y dormida. La luna llenaba de ceniza el aire. Se oía el canto triste y repetido infinitamente de los grillos y de los sapos.

Rezaba. Rezaba a aquel mismo Dios querido y detestado, a aquel mismo por quien era dulce sufrir y que cobraba por su Paraíso como un empresario de espectáculo. Rezaba a aquel Dios trémulamente.

—Padre nuestro, te ruego que hagas nacer la patria; que la hagas nacer fuerte y buena. Te ruego, Padre nuestro, por todos los hombres que la van a hacer, por todos esos hombres que están lejos, que no conozco y que son para siempre mis hermanos. Padre nuestro que estás en los cielos…

En la rama de un árbol cantó un pájaro un canto de espejo nocturno.

Pensaba en la patria. Los Llanos, el Orinoco, los Andes, el mar. Toda aquella tierra vasta y viviente lo llamaba y estaba esperando de él.

V

Fue necesario partir de la ciudad. Don Santiago había muerto y Fernando debía ir a encargarse de los trabajos de "El Altar".

Don Bernardo, doña Ana María y Bernardo le dijeron adiós con pesar. Los últimos días los había consagrado a despedirse de los compañeros de las reuniones del sótano. Se iba ardiendo en viva fe por las nuevas ideas y ofreciendo ayudar desde su hacienda en todo lo posible.

Acompañado por el esclavo que había venido en su busca salió al paso lento de su mula, para ir gozando de una última visión de la ciudad. Las casas bajas, las rejas, las torres llenas del vuelo de las campanas, el ambiente perezoso, el ruido del follaje de los árboles, las gentes que iban y venían sin prisa. Su mirada se desplazaba lenta. La Plaza Mayor, los conventos, las calles, todas aquellas cosas que lo habían ayudado a descubrir su alma.

Desde lo alto de un cerro la vio por última vez, agazapada a lo lejos, a la falda de su montaña azul, un dorado sol tendido sobre los tejados de bermellón.

Picó espuelas y la perdió de vista.

Mientras se internaba por los espacios montañosos, llenos de vegetación salvaje, hablaba con el esclavo:

—¿Qué tal marcha la hacienda?

—¡Así, mi amo, bien!

—¿Cómo han arreglado los trabajos?

—Pues, han seguido lo mismo, mi amo. Don Santiago ha dejado todo en manos del mayordomo que hay ahora.

—¿Y trabaja bien?

—Así, mi amo.

—¿Quién es?

—Un mulato, Presentación Campos, sí señor, ésa es su gracia.

—¿De dónde es?

—Yo no sé. Debe ser forastero.

Llegó un día sin que lo conociera nadie y lo colocó don Santiago.

—Ajá. ¿Y mi hermana?

—Pues, la niña Inés está buena, mi amo, Dios la guarde.

Don Fernando Fonta llegó a lo alto de la colina donde se erigía la casa de "El Altar".

Aquello era el reino fabuloso de su infancia. Salieron a recibirlo todos los esclavos, las mujeres, el mayordomo. Su hermana Inés lo esperaba en lo alto de la escalera. La encontraba mujer, con más dulzura y serenidad en el rostro. Los esclavos decían alabanzas e invocaban bendiciones; unos se le abrazaban a las piernas, otros le besaban las manos. Las mujeres pedían a Dios beneficios para él, y algunos negritos que lo veían por primera vez se ocultaban temblorosos detrás de los mayores.

Fernando respondía a todos con frases bondadosas y acogedoras, rió de las hipérboles con que algunos lo festejaban y ordenó que al día siguiente no se trabajase en celebración de su regreso.

El único que había permanecido aparte, sin efusiones, duro, áspero, era el mayordomo. Fernando lo observó y no pudo menos que sentir curiosidad. Era un hombre atlético, alto, de hermosa presencia. El pelo crespo, la piel de bronce, vestido con un sencillo traje de tela blanca que hacía resaltar más su reciedumbre.

Fernando se le aproximó.

—¿Es usted el mayordomo?

—Sí, señor; Presentación Campos, para servirle.

—Está bien; deseo que pueda continuar conmigo como lo estaba con mi padre.

Le estrechó la mano y subió la escalinata abrazado a Inés, que lloraba de alegría.

Así tornó Fernando Fonta a “El Altar”.

Y tornó en buen tiempo, porque tal vez más tarde hubiera tenido que regresar de otro modo.

En Caracas pasaron muchas extraordinarias cosas.

El 19 de abril de 1810 se destituyó al capitán general Emparan. El 5 de julio de 1811 se proclamó la independencia de la República de los Estados Unidos de Venezuela, y comenzó la guerra.

Miranda había regresado al país rodeado del prestigio de sus largos años de lucha desesperada.

Había sonado la hora para toda aquella juventud que soñaba con las grandes acciones.

Hasta “El Altar” llegaban las noticias de los acontecimientos que Fernando seguía con furioso interés.

Varias veces estuvo tentado de abandonar los cultivos y enrolarse al servicio de la República; pero las súplicas de Inés eran más poderosas sobre su carácter indeciso que la atracción de sus ideales.

Venían malos tiempos. La vida ordenada y fácil de la Colonia se había roto. Por primera vez los criollos sentían el trágico gusto de la guerra.

Empezaba el exterminio.

Se deshacían los pueblos, emigraban las gentes, se dispersaban los hombres, morían los amigos.

Así aquel Antonio Zelina, cursante de Derecho, que salió en la expedición del marqués del Toro contra los realistas de Occidente, y quedó en un arenal coriano.

José Salguero, el estudiante de Medicina que disputaba con Luiz, se fue con las fuerzas de Villapol hacia el Orinoco, al Sur.

En toda la extensión de Venezuela comenzaba el gran incendio de la guerra. Los hombres que nunca habían vertido sangre sentían la violencia de aquella primera y durable ebriedad. Un espíritu individual, indisciplinado y cruel se despertaba en las almas.

En medio de la guerra que comenzaba vino la tragedia de la Naturaleza. El Jueves Santo, 26 de marzo de 1812, a las cuatro y siete minutos de la tarde, a lo largo del sistema de montañas que va desde la costa hasta los Andes, toda la tierra se sacudió y tembló profundamente. Fue como una ola del mar. Las ciudades quedaron desmoronadas, y los hombres, bajo las paredes que habían levantado. Largas grietas le abrieron boca al grito de la tierra. Estaban las iglesias repletas de los fieles que iban a conmemorar el suplicio de Jesús, inundadas del gran ruido de la muchedumbre acumulada, y de pronto la conmoción brusca, y un gran silencio de cementerio después. Hubo quienes murieron en despoblado por el solo efecto de la vibración de la atmósfera. Ciudades como La Guayra, donde quedó en pie una sola casa. La superficie se limpió de pueblos. Castillo de barajas arrasado de súbito. Los soldados de la República murieron aplastados dentro de los cuarteles.

Y ello pasó justamente el día aniversario del primer acto de desobediencia contra el Gobierno español, y por un curioso capricho las poblaciones realistas, casi todas apartadas de la línea de las sierras, sufrieron poco daño, en tanto que las republicanas, en su mayoría a la falda de las montañas, fueron totalmente destruidas.

El terremoto deshizo los poblados y desequilibró los espíritus. El pueblo, lleno de un monstruoso fanatismo, supersticiosamente, interpretó aquellas señales como la prueba de que Dios desaprobaba y castigaba a los rebeldes que se alzaban contra el rey de España. Así lo predicaron los curas sobre las ruinas de las iglesias, mientras la muchedumbre rezaba en voz alta, contrita y empavorecida.

—…además del castigo eterno, castigo llevan en la tierra. Malditos ellos, malditas sus almas, maldita su descendencia, malditos todos los enemigos del rey, Dios los aplasta como gusanos asquerosos…

Sobre los restos de ciudades que fueron hermosas y agradables sólo había cadáveres que se descomponían al sol, gente enloquecida que imploraba a Dios, ladrones y pícaros que se favorecían del desorden, y un audaz oficial español don Domingo de Monteverde, que aprovechando la confusión y el estado desastroso en que quedaron las tropas republicanas, pudo llegar en pocas jornadas, y con su ejército cada vez más acrecido por los fanáticos, desde Coro hasta Valencia.

Allí se detuvo.

Tenía enfrente al generalísimo Francisco de Miranda, viejo, odiado, desobedecido, con una tropa que no conocía y con la indecisión y la amargura en el alma.

Fueron duros días.

Fernando Fonta, desde "El Altar", seguía apasionadamente la suerte de la campaña. Consideraba la posibilidad de entrar en acción, pero la iba postergando indefinidamente. Le hubiera gustado que alguien lo obligara a ir sin poderse negar.

Se informaba con los que podían saber noticias, preguntaba, oía opiniones. Un vago escozor le recorría la piel.

Empero, una vez fue llevado a pensar de manera contraria; sintió miedo, y llegó casi a convencerse de la pobreza de su energía.

Hablando, le dijo Presentación Campos:

—¿Por qué no se mete en la guerra? Arma los peones y se va para el plomo con Miranda.

Se sintió como acusado. Al borde de caer. Un gran desasosiego le aceleraba los pulsos. ¡No, la guerra no!

El movimiento había alcanzado a todas las almas y ya nadie podía estar indiferente. Se extinguían los amigos.

Gaspar Luiz, el estudiante de Teología, pereció aplastado en una iglesia el día del terremoto. Cuando Fernando lo supo, no pudo evitar el pensamiento de que su alma debía estar satisfecha de haber alcanzado aquel ideal martirio que perseguía ansiosamente como la llave de la Gracia Divina.

Bernardo Lazola, después de la capitulación de Miranda y de la entrada de Monteverde en Caracas, como su nombre figurase en las listas de individuos sospechosos, se había ido a un pueblo que quedaba en las proximidades de "El Altar", desde donde mantenía una continua comunicación con Fernando.

La entrada de Monteverde agravó en mucho la situación. Comenzaron las persecuciones y las represalias. Los antiguos compañeros se denunciaban los unos a los otros: gente sin escrúpulos levantaban largas listas de sospechosos que presentaban al jefe español, quien, para restablecer la autoridad, castigaba duramente.

El antiguo presidente de los Hijos de la Libertad fue denunciado por un zambo a quien no había querido admitir en las reuniones. Se le encarceló, se le hizo confesar los nombres de otros de los participantes, quienes a su vez fueron perseguidos, y los Derechos del Hombre y el precioso ejemplar de Rousseau fueron decomisados y destruidos por peligrosos y por estar comprendidos dentro de la prohibición, que no permitía la entrada al país de los "libros de romance que tratasen de materias profanas y fabulosas y las historias fingidas".

La mayoría de las personas abandonaban sus bienes, enterrando los valores y joyas en un escondrijo, y furtivamente se expatriaban o, con nombres supuestos, se perdían por los pueblos del interior.

El dolor tallaba la carne de los hombres que habían de transformar la tierra. Había sobrevenido una hora maldita. Ya no era posible estar en paz. En el fondo de las almas se multiplicaban monstruosas florestas de pasiones. Se amaba o se odiaba ciegamente. Se amaba o se odiaba a los republicanos o a los godos, criollos y españoles que servían al rey. Parecía que después de la larga calma de la Colonia fuera el momento de un carnaval de locura.

Fernando oía la relación de aquellos acontecimientos; su antiguo entusiasmo se levantaba de nuevo, su fervor surgía, y, sin embargo, siempre un obs-

táculo extraño se interponía entre él y la acción. Deseaba y no podía ir a la acción; pero esperaba, esperaba algo que él mismo no sabía lo que era con una terrible impaciencia.

Un cuchillo de sombra segaba las vidas.

Carlos Irón, aquel mozo despreocupado que cantaba hermosas y fáciles canciones, se había incorporado a las tropas patriotas destacadas sobre Occidente. En un tiroteo, después del terremoto, cayó preso en poder de un destacamento del ejército de Monteverde. Después del terremoto, cuando las gentes estaban llenas de incontenible miedo de que Dios acabase de aniquilarlas.

Mandaba el destacamento un isleño borracho que transmitía sus órdenes a cintarazos a los soldados, unos treinta mozos descalzos y flacos.

Cuando cayó preso estaba casi desnudo, herido en un brazo y abrumado de fatiga. El isleño lo puso en medio de los soldados y los hizo marchar cinco leguas hasta un pueblo vecino. La marcha, la herida y la fatiga martirizaban terriblemente.

En llegando a la explanada donde se asentaba el pueblo, pudieron ver un espectáculo curioso. Todas las casas estaban demolidas; solo se alzaban montones de materiales, vigas, adobes, tablas, escombros, y por entre ellos, camas, cajones, colchones, cocinas improvisadas, como el campamento de una población nómada. Alrededor de los fogones, algunos comían; pero la mayor parte estaba congregada rezando el rosario a grandes voces.

Tan pronto como advirtieron el pequeño destacamento abandonaron sus ocupaciones y vinieron hacia él.

Observaban con miradas primitivas al prisionero; se lo señalaban los unos a los otros, y en sus ojos ardía una hostilidad idéntica.

Carlos Irón vio aquella horda que lo cercaba. Hombres y mujeres semidesnudos, sucios, armados de estacas, gritando: ¡Muera el insurgente! ¡Mueran los traidores! ¡Bendito sea el Santísimo Sacramento!».

Eran manos crispadas, torsos desnudos, ojos rojizos de ira, vociferaciones ensordecedoras.

El pobre mozo olvidaba el cansancio y el dolor de la herida ante la jauría feroz que lo rodeaba.

—¡Muera el insurgente! ¡Mueeeraaa!

Algunas mujeres permanecían rezando de rodillas bajo el pleno sol, golpeándose duramente el pecho, la cabellera llena de ceniza.

Los soldados impedían que las manos llegaran hasta el prisionero.

La voz del isleño dominó todo el griterío:

—Bueno, pues. ¿Qué quieren? ¿Qué lo mate o que no?

Las voces aullaron:

—¡Que lo mate! ¡Que lo mate! ¡Que lo mate!

El isleño sonreía divertido y complacido de toda aquella masa que estaba pendiente de sus palabras.

—¡Bueno, pues! ¿Cómo quieren ustedes, qué lo mate yo o qué lo maten ustedes?

—¡Nosotros! ¡Qué lo matemos nosotros!

Aun las mujeres que se habían quedado rezando apartadas se acercaron entonces.

—¡Sí, que lo maten! ¡Que lo maten! ¡Y que vaya al Infierno, a la última paila!

El isleño, sonriente, se dirigió a Irón:

—Bueno, ¿y tú qué piensas?

El miedo, la ira, el griterío no le permitieron responder. Solo advertía los alaridos, los ojos, las manos que lo rodeaban ávidamente.

—¡Lárguenlo, pues, muchachos! —gritó el isleño a los soldados.

Los hombres, obedeciendo, empujaron el prisionero en medio de la gente.

Entonces ya Irón no vio más. Eran puños, estacas, piedras que se abatían sobre él. Con las manos cubriendo la cara corría en todas direcciones, tropezando y cayendo. Al comienzo, los golpes le producían un dolor insoportable. Después no los sentía. Era como si cayeran sobre carne muerta. Cayó sobre un montón de piedras. Un ladrillo le dio de plano en la nuca.

—¡Muera el insurgente!

Se abrazó a las piernas de alguien. Rechazándolo, un pie lo golpeaba en el pecho. La sangre le corría de todas partes, a lo largo del rostro. Por los harapos del traje, por entre los dedos. Era como la cacería de una rata. Irón gritaba, maldecía, imploraba misericordia.

—¡Muera el insurgente!

Eran pies, manos, estacas, piedras. Ya no corría, se arrastraba por tierra buscando dónde ocultarse.

Alguien enarboló una gruesa y pesada viga, y con toda la fuerza de sus fuertes músculos, de su fanatismo, de su odio, se la dejó caer sobre la cabeza sanguinolenta.

El infeliz dio un salto epiléptico y quedó inmóvil.

Fernando se horrorizaba reconstruyendo la escena. Era un mal destino que se había atravesado en todas las vidas y las había alterado. Todos sabían que ya no podrían ser lo que hubieran debido ser.

En "El Altar" continuaban las faenas agrícolas; pero, aun cuando los trabajos eran los mismos, se advertía que el tiempo había cambiado. A veces pasaban por la hacienda partidas de hombres que iban a incorporarse a los ejércitos.

Hablando con ellos, Fernando se informaba de la situación. Al principio casi todos eran patriotas; Caracas estaba en poder de Monteverde, y los revolucionarios huían temiendo la revancha.

—Los godos están haciendo atrocidades.

Iban en busca de los focos rebeldes que quedaban hacia la Nueva Granada.

Tiempo después, algunos fugitivos le comunicaron:

—El general Simón Bolívar viene invadiendo. Salió de Cúcuta. Anda por los Andes.

Fernando había oído hablar de aquel Simón Bolívar. Algunos de sus compañeros de la capital lo habían conocido. Había sido él quien perdió la plaza de Puerto Cabello, siendo coronel del ejército de Miranda. Ahora invadía.

—¿Y usted cree que llegue?

—¡Quién sabe!

Muchos de aquellos hombres que iban a incorporarse a la guerra mostraban un ánimo feroz que desconcertaba a Fernando.

—Hay que matar a todos los españoles. Mientras no se acabe con todos ellos no se acabará la guerra.

—¿Y los presos?

—¡También! ¡A toditos! Las mujeres y los muchachos y los viejos.

—Eso es una crueldad.

—¡Qué crueldad, ni qué crueldad! Aquí no estamos jugando. O nosotros acabamos con los godos, o los godos acaban con nosotros. Si el general Miranda hubiera tenido la mano dura, la guerra se habría acabado hace tiempo. Mientras que ahora… Y el que hablaba esbozó un vago gesto de desesperación.

—¿Ahora qué?

—Ahora tiene que haber mucho muerto.

Fernando seguía recibiendo noticias de los que pasaban. La campaña de Bolívar venía triunfante. La popularidad de aquel hombre comenzaba a cundir en todas las bocas. Bolívar estaba en La Victoria. Bolívar había entrado en Caracas.

Ahora pasaban por "El Altar" las partidas de godos fugitivos. No se oían sino historias de la crueldad del ejército vencedor. Bolívar había firmado un decreto de guerra a muerte. Guerra sin cuartel.

—Los insurgentes están matando a todo el mundo. El país se va a volver un cementerio.

—Al soldado que presente treinta cabezas de españoles lo ascienden a oficial. ¡Es una cosa bárbara!

—En las poblaciones no queda un alma. Todo el mundo está huyendo.

Aquellas noticias acongojaban a Fernando. Le parecía que todo iba a perecer.

El 14 de octubre, en la iglesia de San Francisco, en Caracas, Simón Bolívar había sido proclamado Libertador de Venezuela. Fernando no lo conocía, pero se lo imaginaba. Aquel hombre mozo y audaz había sido proclamado

solemnemente libertador. El Libertador. Un hondo estremecimiento le sacudía el cuerpo.

Continuaban pasando los grupos de godos. Cada cual con una historia más terrible.

En las bóvedas de La Guayra, en un solo día, ochocientos prisioneros habían sido pasados por las armas. Con arma blanca para no gastar pólvora. Todo el día duró la degollina. La sangre corría continua por el desaguadero de la muralla hacia el mar verde.

VI

—**E**n la vida no hay sino, o estar arriba o estar abajo. Y el que está arriba es el vivo, y el que está abajo es el pendejo.

El capitán David sonrió ante tan ruda argumentación. Sentía simpatía por aquel hombre áspero, poco comunicativo, en sus gestos y acciones había seguridad y fuerza.

—Entonces, Campos, ¿qué piensa usted de esta guerra?

Presentación Campos no respondió inmediatamente. Hizo como si se entretuviera apaciguando el caballo, que briosamente se debatía, y, al fin, habló:

—Esta es una guerra que va llegando a punto. Ahora que hay ese muertero, ahora es que es guerra. ¡La guerra es para matar gente!

—¿Le gustaría a usted la guerra?

Respondió evasivamente:

—Eso depende…

Y dando una fuerte palmada en el anca de la bestia la hizo alzarse vertical, como un golpe de agua.

El oficial inglés contemplaba las vigorosas evoluciones con arrobamiento.

—Sígame por aquí —le gritó Campos, galopando—; lo voy a llevar a un buen pozo.

Ambos cabalgaban desde temprano por entre los sembrados de la hacienda. El capitán se había aficionado a la compañía del mayordomo y salía con él todas las mañanas a pasear a caballo. Le hallaba una personalidad curiosa.

Fonta, valiéndose de circunloquios, le había hecho ver que no hacía bien en dar confianza a Campos, quien luego podría creerse con derechos a alternar con él de igual a igual. Pero el inglés era despreocupado, desaprensivo y furiosamente igualitario, y, además, aquel carácter enérgico, tan opuesto al de Fernando, ejercía atracción sobre él.

Sabía que Presentación Campos era duro con los esclavos; pero no se sentía capaz de acusarlo; hallaba como una vaga razón por la cual el fuerte podía señorear al débil. Había llegado prevenido contra él, y, desde el primer encuentro, el aspecto viril y franco lo desarmó. Ahora sentía gusto en su compañía.

Llegaban a la orilla del río de vidrio, sombreado de penachos de bambúes de un verde transparente, que enfriaba el aire y se desleía sobre el agua llena de ruido.

—Aquí es —dijo el mayordomo, tirándose de la montura con un salto ágil—, aquí es. Este pozo es muy bueno y muy sabroso.

El agua tornábase oscura sobre una depresión del lecho, ancha y acogedora. Entre la cal del sol venía de todos los confines como la silenciosa melodía de un mundo que se iba aquietando.

El inglés desmontó y comenzó a desvestirse. El viento que venía modelando las siembras, entraba por el túnel de bambúes, rizaba el agua y le daba de lleno en el pecho. Sentía un gozo infinito de estar desnudo en medio de la atmósfera salvaje. Las hojas verdes que cortaban la luz, la arena dorada, el rumor del río, algún vuelo inmóvil de pájaro extasiado lo incitaban a compenetrarse con la Naturaleza prodigiosa.

—¡Esto vale más que todas las ciudades del mundo!

Terminó de desnudarse y se lanzó con ímpetu a la corriente, como un animal sediento; grandes círculos espumosos asaltaron las orillas. El cuerpo rubio se agitaba locamente dentro del líquido, sacudiéndolo con mil contorsiones y piruetas.

—¿No le provoca bañarse, Campos?

—No, gracias. Yo lo espero.

El inglés permaneció en el agua largo tiempo, lleno de satisfacción.

—Usted no sabe lo que es esto.

Usted es un hombre de la Naturaleza. ¡Pero yo, yo que vengo de las ciudades corrompidas, yo sí sé lo que vale esto!

Terminado el baño, mientras se vestía, continuó conversando:

—Usted me es simpático y quiero hacerle un regalo.

—No vale la pena. ¡Deje quieto!

—No, voy a hacerle un regalo. Le voy a regalar una pistola inglesa muy buena. Con eso se acordará de mí.

—Gracias —dijo Presentación Campos casi con desgana.

Al regreso galoparon desde el río hasta la casa sin interrupción. Una vez llegados al pie de la escalera, en medio de los dos altos chaguaramos, descendió el inglés.

—Espéreme. Ya vengo.

Subió hasta su habitación. Al bajar pasó por delante de Fernando, que escribía en el corredor, y tornó donde lo esperaba el mayordomo.

Le alargó la pistola de acero brillante, con incrustaciones de nácar y preciosas tallas en la culata.

—¡Es para usted! Guárdela y acuérdese de quién se la dio.

Sin esperar respuesta, con rapidez, volvió a subir. Presentación Campos se marchó en silencio, llevando del diestro los caballos y haciendo funcionar el mecanismo del arma ensimismadamente.

Cuando el inglés regresaba, Fernando le habló:

—¿Qué le pasa?

—¡No, nada! Que bajé a darle una pistola a Campos.

—¡Ah! ¿Le regaló una pistola? Mala cosa. No ha debido hacerlo. Eso le hace subir la pretensión.

—Yo no lo creo.

—A usted le parece un hombre bueno, pero a mí no.

—¡A mí sí! Yo le confiaría cualquier cosa mía sin ningún temor.

En ese instante, doña Inés salió al corredor.

—¿De qué hablan?

—Del mayordomo —dijo con displicencia Fernando.

—¡Ah! ¿Acaso ha hecho alguna nueva barbaridad?

—No —agregó el inglés con sorna—, ninguna. Solamente que le regalé una pistola, y hablábamos de eso.

Doña Inés sonrió y tomó asiento junto a su hermano. Estaba pálida, de una palidez suave y tierna, sobre la que resaltaban más los grandes ojos negros.

—¿Quiere usted tocar algo? —suplicó el capitán.

Accediendo, se levantó graciosamente, entró en la sala penumbrosa y se sentó frente al clave. Comenzó a tocar un minué tejido de armonías lentas…

Fernando interrumpió su lectura; el inglés, reclinado en un sillón, cerró los ojos.

La música flotaba en notas sencillas y nítidas, llenas de una gracia fácil que invitaba a recordar lejanas y olvidadas cosas.

Terminada la audición, el inglés se aproximó al instrumento.

—Muchas gracias. Toca usted muy bien.

Sonrió con incredulidad.

—¿Quiere usted tocar algo más?

Comenzó un himno religioso lleno de solemnidad, vibraciones sostenidas como agujas góticas y anchas cadencias buenas para el florecimiento de los coros. Reflejos en las teclas amarillas.

—¿Sabe usted? Eso me recuerda mi Inglaterra.

Ella se interrumpió.

—Los domingos, con los órganos de las iglesias, las gentes cantan himnos así. ¡Buenas gentes! Y después se van a pasar el resto del día a los campos. Campos de hierba menuda, con castillos en las colinas. Van en una gran diligencia de cinco caballos pintada de amarillo. El cochero suena un cuerno.

El evocador suspiró:

—¡La vieja y dulce Inglaterra!

La señorita amaba las confidencias del inglés nostálgico. Les saboreaba el encanto. Siempre había estado sola en el caserón severo. La habían rodeado gentes indiferentes y graves, y todo lo tierno, lo hondo de su alma, no había encontrado cauce. Los únicos hombres que había conocido eran su padre, duro; su hermano, indiferente; su inferior, Presentación Campos, ante quien sentía repugnancia y desprecio, y los esclavos, que no eran ni hombres, ni cosas, ni animales.

Aquel capitán George David, rubio, esbelto, elegante, que había corrido tanto mundo, que para sentarse a la mesa por las noches vestía una casaca de moaré lila con chorrera y bocamangas de encaje, era un ser tan extraordinario como nunca había visto otro.

Ella suspiró con él, y con femenina curiosidad agregó:

—¿Y hay muy lindas damas en Inglaterra?

—Sí, las hay. Por el Támesis se ven lindos botes cargados de muchachas con trajes alegres debajo de pequeñas sombrillas. Las riberas están cubiertas de parques verdes, con viejos árboles buenos para contar cuentos. En Inglaterra hay más hadas que en todo el resto del mundo.

Ella rió infantil y complacida.

—¿Usted ha leído a Shakespeare?

Nunca lo había oído nombrar. Era deliciosamente ignorante; solo sabía su catecismo y su clave.

Movió la cabeza negativamente.

—¿No? Es lástima. Está lleno de cosas que hacen soñar a las muchachas.

La historia de Titania. La de Miranda. “Un rostro de mujer delineado por la mano de la Naturaleza…”.

Sentía el encanto de aquella conversación, donde tanta ternura había. Nunca había conocido persona semejante. Era dulce como ninguno, y, al mismo tiempo, rudo y fuerte como todos los otros; como todos los otros, hablaba también de guerra. Había hecho la guerra en Europa y contaba historias

terribles de moribundos que escribían con sangre su adiós a las armadas, de regimientos fantasmas que venían a presentar armas a sus coroneles, de soldados que habían escogido entre su madre y la patria. Como los otros. Pero sólo él, sólo él y nadie más sabía tanta cosa grata de oír. Aquellos cuentos de los hombres que se suicidaban de amor; de bandoleros, de capitanes piratas que prescindían de la sociedad de los hombres; aquellas descripciones de París, de las ciudades de España, de Italia, de Londres, de las noches en el teatro de Drury Lane, de los trajes de Madame Recamier, de las chisteras de Jorge Brummel; ninguno que como él cantase y recitase en inglés, traduciendo luego con tanta gracia.

—…“un ojo que, al contemplarlas, dora las cosas”…

Nadie tan atractivo.

—¡Es lástima! Shakespeare está lleno de sueños maravillosos. En una de sus piezas hay un borracho, gordinflón, embustero, enamorado, panzudo, perezoso y ladrón, que se llama Falstaff, sir John Falstaff. Pues bien, Shakespeare logra colocar a Falstaff una noche en una floresta, donde ve bailar los silfos verdes, los gnomos pequeñitos y las hadas maravillosas.

Se sentía infantil.

—¿Y cómo son los silfos?

—Los silfos. ¡Ah, es una explicación difícil! Son azules, verdosos como moscas tornasol. Salen de noche en grandes bandadas, y bailando, ensucian con sus zapatos todas las flores. Una vez las hormigas les declararon la guerra.

Lo seguía con sus grandes ojos hondos, absortos.

Un negro apareció en la puerta.

—El almuerzo está servido.

Suspiró, advirtiendo la súbita ruptura del encantamiento que las palabras del inglés habían ido forjando.

Fernando entró en la sala.

—¿Vamos a comer?

Se pusieron de pie.

—Señorita Inés, aprenda el inglés, y así, si yo algún día regreso a Inglaterra, le mandaré todas las cosas de Shakespeare y ya más nunca volverá a sentirse sola.

Durante el almuerzo, Fernando y el capitán hablaron:

—Sabe usted, acabo de escribirle a Bernardo. Es necesario que me mande noticias sobre el estado de la guerra y su opinión sobre lo que debemos hacer.

—Muy bien. Ya tengo tiempo aquí y todavía no se ha resuelto nada. Crea que me angustia no haber podido entrar en acción todavía.

—No se preocupe, que tiempo sobra para meternos. Esto no se acabará ni en dos ni en tres días.

—¿Qué se sabe de nuevo?

—Nada. Lo mismo. Los godos se están haciendo fuertes otra vez. Ahora tienen cogido todo el Llano con un tal Boves, que anda haciendo horrores. No sería raro que se volviera a perder la República.

—Por eso es que es necesario apresurarse. Yo no he venido a otra cosa. ¿Cuándo tendrá usted la contestación de don Bernardo?

—Quizá esta misma noche.

Después del almuerzo, Fernando se fue al trapiche e Inés y el capitán caminaron hasta el pequeño bosque que dominaba la colina. Se estuvieron largo rato silenciosos, abstraídos en la contemplación del vasto panorama. Los cañaverales, el humo del torreón, las montañas lejanas.

—Cuando estábamos pequeños, aquí nos contaba cuentos una esclava.

—¿Le da tristeza acordarse?

—¡No!

Ella preguntó con ingenuidad:

—¿Por qué vino usted?

—¿Le interesa?

—No —mintió con coquetería—; pregunto por preguntar.

Él suspiró aparatosamente. Como todos los hombres de la Europa de su tiempo, vivía y padecía el romanticismo. Sentía delectación en mostrarse ante

los demás como un personaje extraño y misterioso, perseguido por el dolor y guiado por la fatalidad.

—Hasta cierto punto yo soy un hombre maldito. Amo la libertad y voy luchando por ella en el mundo. Algún día en un rincón moriré solo, sin tener quién me cierre los ojos.

Para el capitán eran frases banales que había oído y repetido infinitas veces, y leído hasta la saciedad en todos los libros en boga. Para ella eran extraordinariamente significantes y nuevas. Casi la provocaban ternura para aquel hombre que se decía maldito y que recorría la tierra en busca de los peligros por el solo amor de la libertad.

—Mío no tengo sino el dolor. He visto muchas gentes y muchas tierras y no tengo sino el dolor. El dolor de vivir, el de morir, el de acordarme de las cosas que no veré más nunca.

A ella se le insinuaba el deseo de llorar.

—¿Sabe usted, señorita Inés, cuáles son las únicas cosas que se han quedado conmigo, que me acompañan?

—No ¿Qué?

—Las canciones. Las canciones que he ido oyendo por tierras distantes, a una mujer que pasa, en un campamento. Esas se quedan conmigo. Se van conmigo. Cuando venía, antes de hacernos a alta mar, el velero atracó unas horas por la noche en un puerto desconocido. Desde la cubierta veía la ciudad mal alumbrada por los faroles. Al poco rato desatracamos. Y de pronto, de no sé dónde, llegó una voz que cantaba una canción cualquiera. Me emocionó, se lo juro. Le estuve oyendo mientras nos salíamos al mar, hasta que se pudo. Y después, viendo las luces que se escondían todavía, me parecía seguirla oyendo. Cuando ya no vimos más el puerto me sentí desolado. Era sencilla, tonta, pero triste. Me acuerdo un poco. ¿Quiere que se la cante?

—¡No! ¡No! ¡No!

Estaba emocionada y sabía que si la oía cantar lloraría irremisiblemente.

Después de otro rato de silencio:

—Cuando yo me vaya, cuando ya usted se haya olvidado de este maldito, yo me seguiré acordando de los lindos aires que usted tocaba. Me gustará acordarme.

Lo decía como un cumplido y ella lo tomaba profundamente en su sentimiento.

Pretextando una excusa se marchó y lo dejó solo. Caminaba rápidamente, casi huía. Subió a su alcoba y se encerró. Al sentirse sola se abandonó a llorar desesperadamente. Era una emoción desconocida. Lloraba, lloraba, y no encontraba alivio. Sentía una profunda necesidad de que alguien viniera a consolarla como los niños, de que la acariciasen y le dijesen cosas tiernas. ¡Alguien no! El capitán David con sus finas manos cubiertas por el encaje de la bocamanga. Lloraba por él. Estaba solo, erraba por el mundo al servicio de la libertad, recordaba las canciones que había oído en los viajes. Deseaba acompañarlo, seguir con él y no abandonarlo más. Comprendía que junto a él la vida no sería jamás tediosa, sino plena de un regocijo inextinguible. Quería sufrir por él, ser sacrificada por su amor. Lloraba. Era tan extraordinario con sus patillas rubias de miel nueva, sus casacas lilas, sus pistolas labradas, sus relatos de países fabulosos… Y, sin embargo, se había de ir un día, lejos, para no regresar nunca, y cuando estuviera solo recordaría las cosas que ella tocaba en su clave, las recordaría cuando ya no pudiera oírlas más nunca. Lloraba. Estaba solo y se decía maldito. Ella lo seguiría hasta el fin del mundo, dócilmente, tiernamente. No exigiría más. Sobre la piel, aún más empalidecida, sus grandes ojos estaban llenos de dolor.

Por la noche no quiso bajar al comedor. El capitán y Fernando quedaron solos.

Había regresado el esclavo enviado a casa de Bernardo Lazola en busca de informes.

El candelabro de plata con sus cinco bujías iluminaba el mantel de rico tejido, los platos de dibujos azules y tallaba la sombra de las manos sobre los metales limpios.

Servían los esclavos de librea blanca.

—Bernardo dice que todo está muy bien preparado. Que mañana hay una reunión en el pueblo.

—¿Quiénes van?

—Todos los que están comprometidos. En su mayoría son dueños de haciendas de los alrededores. En la reunión mañana se va a decidir el plan que hay que tomar.

—¿Con cuántos hombres cuentan?

—Alrededor de unos mil. Por el camino se incorporará mucha gente.

—¿Y usted cree que sea serio?

—Yo lo creo. Mañana lo sabremos con seguridad.

—¿Usted quiere que le hable con franqueza? —dijo el inglés—. Yo no tengo ninguna confianza. Andan hablando y preparando mucho. Ya hace tiempo que debíamos habernos decidido. Mientras más tarde será peor.

Fernando estaba satisfecho de haber encontrado alguien capaz de empujarlo a la acción.

Después de la comida, como todas las noches, se fueron a sentar al corredor, charlando a ratos, a ratos viendo en silencio el campo sombrío.

Fernando dio las órdenes necesarias para salir a la mañana siguiente hacia el pueblo vecino.

Comentaban las noticias traídas por el esclavo.

Un hombre desconocido, Boves, se había levantado en el Llano a la cabeza de un numeroso ejército de caballería salvaje en guerra feroz contra las tropas republicanas, torturando y destruyendo como plaga apocalíptica.

—A Boves lo llaman el Diablo. Por donde pasa, mata, roba, incendia. Es como una peste.

—Es curioso —agregó el capitán—. Parece ser prodigiosamente valiente y atrevido. Me gustaría conocerlo.

Charlaron aún cierto tiempo, después subieron a dormir. Los esclavos extinguieron las luces y todo quedó silencioso y en la sombra.

Arriba, en su cuarto, doña Inés dormía soñando nerviosamente; lento sueño disparatado, por el que cruzaban grandes veleros armados con todas sus velas.

En la madrugada se oyó relinchar los caballos. Don Fernando y el capitán David, acompañados de algunos esclavos, cabalgaban en la penumbra lechosa y húmeda hacia el pueblo por la vereda de humo blanco.

VII

El sol de la mañana presidía el cielo con sus barbas de vidrio rubio.

Presentación Campos salió a la puerta y dejó correr los ojos por todos los colores claros del paisaje. Los perros vinieron ladrando regocijadamente a lamerle las manos. Sobre el marco se destacaba la recia figura, el pecho por entre la blusa entreabierta, el cabello sombrío, revuelto, las anchas manos sobre la cintura de cuero; a su alrededor los saltos ágiles de los perros. Respiró profundamente y se sintió poderoso.

Cerca, dos esclavas pilaban maíz con movimientos acompasados; más allá, un hombre sacaba una soga de una piel de res, y junto a la acequia otros esclavos bañaban un caballo. El campo estaba lleno de la actividad de las gentes.

A lo lejos pasaban grandes carretas arrastradas por bueyes.

Comenzó a caminar distraídamente. Los que lo encontraban le saludaban con temeroso respeto:

—Buenos días, don Presentación.

Las esclavas, atareadas. Los que bañaban el caballo, inquieto en el agua fría:

—Buenos días, señor.

Caminaba al borde de las paredes de cal violentamente blancas, entre los árboles, sobre la fresca hierba recién amanecida.

—Buen día.

Arrinconado, junto a un estribo de la pared, un esclavo dormía. Llegó hasta él, marchando de puntillas para despertarlo de una patada. La masa de carne negra rodó, se incorporó nerviosamente, dejó escapar algunos quejidos incontenibles, y después, con humildad, mientras se iba hacia el trabajo:

—Buen día, don Presentación.

La sonrisa iluminaba su faz enérgica. Terminaba de pasar la pared blanca y llegaba a la ancha puerta del repartimiento. Se detuvo. Adentro era tenebroso, húmedo, repugnante. Salía un olor insoportable de trapo viejo, de sudor frío, de cubil de animal carnívoro, olor molesto, olor de cosa repugnante que salía por la oscura puerta y se deshacía en el día azul. Olor de vida baja y asquerosa. Vida que sólo era buena para producir sudor maloliente. Lo poseía el asco. Sentía el aguijón de un poderoso deseo, reacción de su naturaleza viril ante aquel asalto de miseria, de arrasarlos, de sacar todos los esclavos a latigazos a la luz, purificarles la carne con hondas venas de látigo, redimirlos de la pobre carne hedionda a duros golpes, hacerlos morir a todos y prender fuego al cubil pestífero. No podía saberlo, pero era la reacción de su naturaleza, de su naturaleza fuerte y dominadora, que no podía soportar el contacto ni la presencia de las cosas vencidas y cobardes. No podía saber, siquiera, que existían; si llegaban a su alcance, su única reacción era destruirlas. Era fuerte y la vida lo justificaba. A terribles golpes de látigo…

Seguía marchando. La sonrisa volvía a ganarle el duro rostro. Troncos de árboles erizados de hojas de verde puro montaban guardia a lado y lado de su andar.

Ahora pasaba por delante de la casa de los amos. El amo y el capitán David habían salido en la madrugada para el pueblo.

Despreciaba al amo. Su instinto lo rechazaba, lo sabía indeciso y tímido, y él no sabía sino tomar un camino y caminarlo aunque llevara al precipicio. El amo se creía fuerte y no lo era; se creía revolucionario y no lo era; se creía inteligente y no lo era; se creía amo y no lo era. Presentación Campos lo despreciaba. "¿Sembramos tal tablón?". "No". "¿Vamos a la guerra?". "¡No!" ¿A

la guerra?… ¡Tenía miedo, y tan linda cosa como era la guerra!… ¡Un buen caballo, una buena lanza, un buen campo ancho y gente por delante!… La sonrisa satisfecha lo iluminaba. Aquél no era amo para mandarlo a él.

Continuaba caminando. Pasaba bajo los altos cocoteros de la entrada.

El inglés era otra especie de hombre. Pero tampoco. Si le gustaba la guerra, era una guerra que él no comprendía. Una guerra con bonitos uniformes, con generales llenos de medallas, con bandas que tocan marchas. No podía comprenderlo. Para él lanza y caballo, lo demás era estorbo; ni uniformes, sino desnudos de la cintura arriba; ni más música que los gritos; ni más general que el que se lleva adentro.

Se sentía impetuoso y capaz de arremeter contra todas las cosas que lo obstaculizaran.

Iba faldeando la colina hacia la parte llana, donde se extendían los tablones. El sol fresco diluía las grandes manchas verdes en el aire. Bajo sus pies resonaba la hojarasca seca, a cuyo ruido huían las lagartijas. Se aproximaba al trapiche. La torre cuadrada hilaba un penacho de humo negro, y por sobre los hombres atareados venía el olor perezoso de la melaza.

Los esclavos lo veían acercarse con aquel paso varón y sentían una vaga angustia.

—Buen día, don Presentación.

Llevaba los ojos en alto, apenas si advertía los torsos negros y las cabezas lanosas que se doblaban saludándolo. Iba alto y orgulloso. Se sentía como señoreando los hombres y las cosas. Hubiera querido destruir para poner a prueba su fuerza.

Espíritu Santo, aquel esclavo a quien tenía mala voluntad; debilucho, conversador, perezoso.

—Buen día, señor.

Ya había pasado más allá de él, pero se resolvió bruscamente. Con eso lo haría trabajar.

—Corre ligero. Ensíllame el caballo. El caballo zaino, calabozo, y tráemelo.

Pero es corriendo…, ¡ligero!

El esclavo desapareció velozmente colina arriba. Su voz fustigaba a los hombres y los hacía obedecer temerosamente. Se sentía satisfecho de su superioridad. Tenían que obedecerle. Estaba arriba, arriba de todos, como cuando estaba a caballo sobre la bestia temblorosa dominada por las fuertes manos.

Era un hombre hecho para mandar. No se sentía cómodo recibiendo órdenes de nadie. El pensar que don Fernando lo mandaba le provocaba un acceso de ira.

Otra cabeza lanosa que se inclinaba:

—Buen día, señor.

—Corra. Tráigame agua, agua limpia para beber.

El negro huyó presuroso. Sonreía complacido observando aquella actividad cobarde. Ahora volvía el esclavo con una totuma rebosante de agua fresca.

—Aquí está, señor.

La tomó, bebió dos tragos y lanzó el resto a la tierra. Toda aquella carrera para dos tragos de agua. Él mandaba.

—Gracias, señor —y se fue rápido con el recipiente vacío, contento con estar lejos del mayordomo.

Espíritu Santo regresaba trayendo un potro. Campos lo recibió, examinó los aperos, la cincha, los estribos, y luego, con un salto ágil, cayó sobre la silla. El caballo partió saltando nerviosamente. El jinete lo azotaba con las riendas mientras lo contenía con el freno, y el animal, exasperado, se revolvía briosamente y se levantaba sobre las patas traseras, recto como una torre brusca. Entre la nube de polvo que despedían los cascos se distinguían, a ratos, las mil formas que erigían y derrumbaban los movimientos desordenados.

Los esclavos interrumpieron el trabajo, contemplando no sin admiración aquella fuerza desatada y avasalladora.

Presentación Campos sonreía. Soltaba las riendas a la bestia y la dejaba correr libremente. A su lado huía un margen verde unido de caña vista a la carrera. Se sentía altanero y dominador. Buen caballo, caballo bueno para la guerra,

detrás de la lanza recta, el brazo firme, tras el brazo firme el caballo vigoroso. Bueno para la guerra.

Los esclavos lo veían desaparecer a lo lejos entre los tablones.

Tenía necesidad de fatigarse, de descargar la fuerza. El tema del amo tornaba a molestarlo. Todo el vigor que ardía dentro de su carne estaba contenido y mandado por el cobardón de don Fernando. Se sentía ebrio de fuerza.

Los esclavos lo veían regresar a carrera tendida y comenzaban a disimularse haciendo que trabajaban. Se aproximaba. Ya estaba entre ellos.

Ahora su voz resonaba imperiosa. Hablaba al esclavo más próximo.

—¡Suba arriba! ¡Toque la campana y reúname toda la gente! ¡Toda la gente! ¡Vaya!

El esclavo subió, los otros que habían oído lo siguieron atropelladamente.

Quedaba solo, sobre el caballo, junto al trapiche. Al poco rato se oyó la alharaca de la campana, tocada furiosamente. El sonido volaba a todos los extremos y dejaba estremecido el aire. Desde los más lejanos sembrados los hombres oían el ruido, se incorporaban y se venían marchando a prisa.

La campana enloquecía y su ruido era como un licor que excitaba la sangre. La multitud de cabezas negras iba creciendo alrededor del bronce. Grupos de hombres venían de todos lados.

Abajo, Presentación Campos se inquietaba esperando.

La catarata de ruido se cortó en seco. Ahora en el aire se oía el cuchicheo de los que se preguntaban el objeto de aquella intempestiva reunión.

La luz del sol caía a plomo.

Cuando el ambiente se hubo calmado un tanto, se oyó el galope del caballo del mayordomo, que subía la colina. Subía y se detenía ante ellos.

—Tráigame mi machete y mi pistola.

Espíritu Santo regresó rápidamente, trayendo ambas cosas. Con calma se atravesó la pistola en la faja, tomó las riendas en la mano izquierda y con la derecha empuñó el machete. La garra se estranguló sobre el mango de cuerno.

Los hombres lo miraban en un silencio perfecto.

Su voz volvió a levantarse poderosa:

—Hasta hoy no más dura el trabajo. Hoy nos vamos todos. Nos vamos para la guerra. Ustedes son mis soldados. Recojan los machetes y síganme.

Los esclavos permanecieron un instante indecisos, sorprendidos por la brusquedad de la determinación.

—¡Vamos! ¡A recoger los machetes!

Ya algunos se preparaban a obedecerle cuando un negro vigoroso se adelantó hacia el mayordomo con aire resuelto:

—Usted es el mayordomo, sí señor; pero no el amo. El amo no está aquí. Usted no tiene derecho a llevarnos de la hacienda de ese modo.

Los otros solo vieron el caballo encabritado y el brillo del machete. Después, el esclavo, ensangrentado, tendido en tierra, muerto, con un hondo tajo en el cuello.

Nadie más vaciló. Apresuradamente iban a buscar las armas y regresaban. Cuando estuvieron reunidos de nuevo, Presentación Campos comenzó a observarlos. Eran cien hombres que formaban un abigarrado conjunto. Medio desnudos, descalzos, apoyados sobre los machetes con cansancio; algunos, fuertes; algunos, flacos y enfermos.

Los fue escogiendo.

—Usted, Pedro, y usted, Ramón, y usted, Natividad, y usted, Cirilo, y usted, Jesús, serán mis oficiales. Yo soy el jefe.

Los cinco nombrados, jóvenes y fuertes, se separaron de la aglomeración.

—Ustedes son los que mandan a esta gente según las órdenes que yo les dé.

Ya los improvisados oficiales comenzaban a ejercer su reciente autoridad a cintarazos sobre las espaldas de los torpes y asustados esclavos, cuando de lo alto de la casa del amo surgió una voz clara y penetrante:

—¿Qué hace usted allí, Campos, con esa gente? ¿Quién ha matado a ese hombre?

Era doña Inés, que, desde el balcón, acababa de sorprender la escena.

—No tengo que entregar cuentas ni a usted ni a nadie —respondió—. Pongan en marcha estos hombres. ¡Síganme!

Cuando ella vio que se iba sin hacerle caso, que se llevaba todos los esclavos, que abandonaba la hacienda, con la fuerza de la indignación, desesperadamente, comenzó a gritar, a desahogar su ira:

—¡Traidor! ¡Asesino! ¡Traidor!

Fue una resolución súbita. Aquélla era la hermana del amo, la carne del amo, el grito del amo, que lo seguía hostigando aún más allá de su enérgica liberación. El amo todavía.

—Espérenme aquí. Ya vuelvo.

Y los hombres, desconcertados, lo vieron dirigirse de nuevo, velozmente, hacia la casa.

La furia lo arrastraba.

—¡Ladrón! ¡Traidor!

Sentía la necesidad de que aquella voz cesara, de que aquella voz muriera, de que no pudiera oírse más nunca.

Desmontó en la escalinata. Era la primera vez que se aventuraba en el interior de la residencia de los amos. Nunca había pasado del primer corredor exterior.

Subió con paso decidido. Pasó el corredor de aire fresco, donde don Fernando leía por las tardes; entró al salón con tapicerías rojas. El clave, los sillones, las miniaturas.

—¡Asesino!

Había dos puertas. Corrió a la de la izquierda. Estaba en el oratorio, ante una Virgen oscura con una pequeña luz que parpadeaba. Tiró la puerta con ira y se metió por la de la derecha. Pasó el comedor: la mesa sola, rodeada de los altos sillones de cuero. Un pequeño patio con rosas, rosas rojas pomposas que daban un olor penetrante. Por contraste, recordó el tugurio de los esclavos.

—¡Traidor!

El insulto hervía entre las paredes y le restallaba sobre la sangre acelerada. El grito agresivo bajaba rebotando por la escalera desde lo alto. Arriba estaba doña Inés, más pálida, con los ojos más negros y más grandes, toda sacudida.

Iba a alcanzarla, pero se contuvo. Algo le quedaba de inconsciente respeto. Se paró a contemplarla a su sabor, dejaba reposar la mirada sobre los suaves brazos. La carne del amo.

—¡Cobarde!

Ya fuera de sí, se lanzó como un loco escalera arriba. Ella lo vio venir en aquella forma salvaje y retrocedió asustada hacia el interior de la alcoba.

Ya no era un hombre: era una energía desatada y destructora.

Fue retrocediendo ante él, lentamente, hasta la pared, junto al lecho. De pie, los brazos en jarra, él la miraba de arriba abajo, con los ojos incendiados de odio.

Doña Inés se sentía indignada, ofendida, y, al mismo tiempo, indefensa ante aquel bárbaro que ella había considerado siempre como un animal. Un impulso imperioso de sangre la obligaba a insultarlo, a maltratarlo, a hacerle todo el mal que sus manos pudieran.

Estaba, ante ella, soberbio y enfurecido. La hermana del amo.

—¡Esclavo, traidor, que te has atrevido a alzarte contra tus naturales dueños! ¡Esclavo cobarde!

No pudo contenerse. Se desgarró la blusa hasta desnudarse el pecho, y, mientras se lo golpeaba con las recias manos, gritó ronco:

—¡Esta no es carne de esclavo, pobre mujer! Yo no soy un esclavo. Yo soy un hombre libre. Yo no soy esclavo de un pendejo como tu hermano. ¡Esta es carne de macho!

Desnudo el tórax, se fue sobre ella, y con un tirón de animal de presa se trajo en sus dedos crispados, desde arriba hasta abajo, medio traje de ella. Después, poseso de una violencia ciega, siguió arrancándole los trapos hasta dejarla completamente desnuda, y entonces, con un golpe de su mano pesada, que la hizo rodar a tierra, le marcó los cinco dedos sobre una nalga redonda y blanca.

Erguido, sobre la trabazón de los músculos tensos de todo su cuerpo oscuro y macizo como el bronce, tronó la voz:

—¡Esta es carne libre, como la tuya! ¡Carne de macho!

Se incorporó y fue a acurrucarse, para ocultar su desnudez tras la cama.

Se sentía indefensa, entregada a aquella fuerza indomable. Desnuda y vencida, deshecho su orgullo, ante él victorioso. Ira y dolor se le mezclaban. Comenzó a llorar desesperadamente:

—¡Asesino! ¡Cobarde!

Los sollozos le cortaban la voz. El llanto produjo impresión brusca en Presentación Campos.

Ya no estaba ante doña Inés, ya no estaba ante la hermana del amo. Era una mujer desnuda que lloraba.

Libre —en cierto modo— de su furia se puso a mirarla con detención; la carne blanca y el gracioso dibujo de las líneas le iluminaban los ojos.

Se acercó a ella, la levantó sobre sus brazos y mientras le pegaba y lo arañaba con sus débiles manos, la besó repetidas veces.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! ¡Esclavo!

La besaba insaciablemente. Sus manos corrían con fruición por la carne suave y tibia. Le besaba la boca, contraída de ira; le besaba los ojos negros, llenos de lágrimas.

Él era un hombre y ella era una mujer.

—¡Cobarde!

Abajo, los esclavos esperaban. Esperaron largo rato.

Cuando Presentación salió, le vieron con asombro la blusa desgarrada, el rostro lleno de rasguños, los ojos rojizos, la greña revuelta.

Algunos comenzaron a sonreír con malicia, cuando la voz temible los inmovilizó de nuevo:

—Tres hombres a pegarle candela a la casa, y diez hombres a pegarle candela a los tablones.

Los oficiales activaron las órdenes a planazos.

Los que entraron a prender fuego a la casa dijeron después que habían oído, como viniendo de lejos, de algo escondido, un llanto débil y quejoso.

Momentos después se alzaron grandes llamas violentas por entre las paredes blancas. Los incendiarios habían rociado la madera con barricas de aguardiente.

Eran llamas azules, rojas pálidas, trenzadas, que se desvanecían bajo el sol.

También de los tablones, de los lejanos sembrados, comenzaban a elevarse voraces fogatas.

Regresaban los negros.

Presentación Campos montó a caballo.

—¡Vamos, en marcha!

La pequeña tropa desfilaba al través de los sembrados, por entre los resplandores rojos del incendio. Las chispas hacían caracolear el caballo.

A lo lejos germinaba el bosque de fuego, crecía potente y retorcido. Sobre los bríos de su potro, Presentación Campos tornaba a sonreír satisfecho.

Detrás, el grupo marchaba sin ningún orden, comentando en voz baja los extraños acontecimientos.

Cuando salieron de las tierras de "El Altar", el fuego había envuelto casi todo el campo: llamas enormes crecían en el aire; se oía el crepitar de las fogatas y el viento venía cálido e irrespirable. Los hombres sudaban copiosamente.

Adelante, el jefe indicaba el camino. Cabalgaba sin hablar a nadie.

Nadie se atrevía a hablarle.

Recorrieron largo trecho. Hacia la tarde, estaban en las proximidades de una pequeña aldea.

Campos mandó hacer alto y destacó un hombre para allegar informes. Aún no había decidido su conducta. Hasta ese instante había obrado sin recapacitar. Sólo sabía que iba para la guerra. Pero aún ignoraba si sería realista o republicano.

Mientras regresaba el emisario, llamó a uno de sus oficiales:

—Mira, Natividad; ven acá.

—A la orden, jefe.

—¿Qué te parece esta vaina?

—¿Cuál?

—¡Guá! Esta de habernos alzado.

Natividad temía responder algo que estuviera en desacuerdo con el pensamiento de Campos.

—Muy bien hecho. ¿Hasta cuándo íbamos a aguantar?

—Ahora estamos arriba, Natividad. Los de abajo, que se acomoden.

El otro rió con malicia; rieron los dos, celebrando sus ideas siniestras.

—Bueno, Natividad. Pero tú no has pensado una cosa. ¿De qué lado nos vamos a meter?

—¿Cómo, de qué lado?

—¡Guá! ¿De qué lado? Si nos hacemos godos o republicanos.

Natividad guardó silencio un instante.

—Bueno, mi jefe, ¿y qué diferencia hay?

—¡Mucha! ¡Cómo no! Tú no ves: los godos tienen bandera colorada y gritan: "¡Viva el rey!".

—Eso es.

—Mientras que los insurgentes tienen bandera amarilla y gritan: "¡Viva la libertad!".

—¡Ah, caray! ¿Y qué escogemos?

Otro de los oficiales, Cirilo, que había estado oyendo, se aproximó.

—Nadie me ha llamado, pero yo voy a meter mi cuchara. Ésas son tonterías. ¿Qué nos ofrecen los insurgentes? ¿Libertad? ¡Ya la tenemos!

—Eso también es verdad —comentó Natividad.

—¿Y la patria? —agregó riendo Presentación Campos.

—¡Qué patria, ni qué patria de mis tormentos! ¿Qué me ha dado a mí la patria? Eso es para asustar a los muchachos. Si usted me permite, le hago una comparación.

—Échala.

—Ahí va, pues. A mí, eso de la patria me suena lo mismo que eso del amor. ¿Usted no ha visto por ahí, pues, esas gentes que se enamoran, y andan suspiro y suspiro y no consiguen nada? Pues, lo mismo. La patria es un puro suspiro. No hay que enamorarse, sino barajustarle a la mujer.

Todos rieron estruendosamente celebrando la comparación.

—¡Ah, hijo e puya este Cirilo!

—Por mi parte —dijo Natividad—, yo creo una cosa. Los godos tienen mucho tiempo mandando y ya están ricos y buchones. Con ellos se puede conseguir algo. Mientras que los insurgentes están más arrancados que un huérfano. Con esa gente no se consigue sino hambre.

A esa razón regresó el hombre destacado para espiar. El pueblo no tenía guarnición; las gentes eran pocas y desarmadas, y había una pulpería con muchos víveres.

Después de oír los informes, Campos se acercó al grueso de su gente.

—Bueno, pues, muchachos. ¡Vamos a ver si es verdad! Ahí está ese pueblo, desarmado y con bastantes cosas. Lo vamos a rodear y entramos al mismo tiempo por todas las calles gritando mucho y meneando los machetes para asustar a la gente. Bueno, pues. ¡En el nombre de Dios!

Se separaron en varios pequeños grupos por distintos caminos, en ejecución del plan.

Cuando calculó que todo estaba listo, Presentación Campos desembocó por una calle a todo correr y disparó la pistola al aire. Detrás de él, y desde todos los lados del pueblo, llegaban gritos desaforados. Era un escándalo infernal.

Los pobres habitantes corrían a esconderse en las casas, creyéndose víctimas de una invasión furiosa.

Se confundían las voces terribles de los asaltantes y las acobardadas de los pobladores.

—¡Eeepaaa! ¡Viva el general Campos…!

—¡Virgen del Carmen…, sálvanos!

—¡Máteme ese hombre…!

—¡Viva Presentación Campos!

—¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!

Presentación Campos llegó hasta la plaza, un espacio cuadrado, cubierto de hierba, con un botalón en medio. Algunos cerdos gruñían echados. Despachó centinelas a todas las salidas e hizo llamar a los vecinos.

Las pobres gentes fueron saliendo con cautela, y mientras se reunían, observaban con ojo asustadizo el aspecto de los forasteros. Eran, en su mayoría, viejos, mujeres y niños. Los mozos ya habían sido reclutados para la guerra.

Tenían confusas ideas sobre los acontecimientos del país e ignoraban completamente quiénes pudieran ser sus invasores. Había quienes creían que el jefe de los negros era el general Miranda, y otros sospechaban que era Boves en persona, con lo que arreciaba el miedo.

Cuando estuvieron completos, o lo parecieron, Campos, siempre sobre el caballo, les habló:

—Señores, yo soy el general Presentación Campos. No vengo a hacerles ningún mal. Eso sí, tengo que organizar mi gente y necesito que me ayuden. Necesito víveres, caballos, plata y gente. ¿Quiénes son aquí los principales?

Sin responder, se pusieron a hablar en voz baja. Tomaban consejo e imaginaban argucias para defraudarlo. Continuaban sin responder.

Campos cambió de tono:

—Ya veo que por las buenas no se hace nada. Bueno. ¡Si no salen ya los principales, me llevo a la fuerza todo lo que haya en el pueblo y le pego candela!

Inmediatamente, un hombre de pelo blanco se adelantó.

—No, señor. No es necesario que usted haga eso. Podemos entendernos de otro modo. Nosotros le daremos lo que necesite y usted nos hará el menor daño posible.

—Convenido —respondió Campos, desmontando de la cabalgadura.

Había triunfado. Estaba complacido. Era el primer acto de reconocimiento público de su autoridad.

La muchedumbre se disgregaba.

El mismo hombre tornó a hablarle:

—Si quiere, venga conmigo, para que se hospede en mi casa. Es la mejor de aquí.

Aceptó contento. El otro se puso en marcha adelante, conduciéndolo.

Al paso se le atravesó una vieja con cara de idiota.

—Oiga, mi hijo, ¿ustedes son de los insurgentes o de los godos?

Como él no respondiera, uno de los negros la apartó de un planazo.

—¡No sea atrevida y preguntona, vieja del diablo!

Esa misma tarde, en la casa que Campos organizó como su cuartel general, comenzaron a acumularse los víveres; sacos de caraotas, frijoles y maíz, plátanos, diez caballos y cinco novillos.

Además, entre lo que buenamente le dieron y lo que robaron los soldados, tenían casi mil pesos.

Por la noche celebraron el triunfo.

En medio de la plaza pusieron pipas de aguardiente a caño libre; se instalaron un tocador de tambor y un maraquero, y comenzaron interminables "golpes" de Aragua.

Prendieron velas. Lucían todas las estrellas. Los negros, por instinto, se mostraban tímidos. A algunos la risa les encendía la boca entre la sombra. Otros se aproximaban a las mujeres con torpeza.

Pasaban las totumas repletas de caña. El aguardiente los fue cambiando. Comenzaron a bailar, comenzaron a gritar, comenzaron a empujarse y darse la zancadilla con las parejas. Conforme iba corriendo el alcohol, el entusiasmo de los bailarines subía; los había que se estaban una hora íntegra dando vertiginosas vueltas; otros tomaban en vilo las hembras y las agitaban en el aire como un trapo. Bailaban los niños y los viejos.

Entre el tumulto se oía a ratos el sonido seco del tambor golpeado con los puños.

—¡Viva Presentación Campos!

La noche palidecía. Poco a poco fueron cayendo vencidos por la borrachera. En la penumbra se adivinaban las formas de los cuerpos entremezclados. Cuando vino la mañana yacían sobre la hierba, como cadáveres.

Al mediodía, Campos organizó de nuevo la marcha.

Reclutó los mozos servibles que aún quedaban en el pueblo, y llevaba una reserva de machetes y tres fusiles viejos. Adelante iban la impedimenta, el

ganado y unas bestias con la carga. Ahora iban a caballo los oficiales y algunos de los soldados; en medio, los otros, marchando desordenadamente, sin disciplina, en tropel.

De nuevo el campo abierto. Iban alegres, se sentían libres y fuertes. Comenzaban a venerar al jefe. Le debían aquella vida maravillosa. Era valiente, atrevido, simpático. Ningún otro hubiera podido mandarlos.

Entonaban canciones, conversaban, iban solos o por grupos, con las armas terciadas a la espalda.

En llegando a un recodo, un hombre destacado, que iba a caballo adelante, se volvió a todo correr.

—Viene tropa.

—¿Mucha gente?

—Mucha.

—¿Qué bandera?

—Colorada.

Presentación Campos ordenó hacer alto a su montonera, y se adelantó solo hasta franquear el recodo.

Venía un numeroso destacamento de tropa regular avanzando y con fusiles.

La avanzada le dio la voz de alto; pero él continuó avanzando sin responder.

—¿Quién vive?

Soltó las riendas y, silenciosamente, se dejó llevar por el caballo, los ojos fijos en la bandera roja.

—¿Quién vive? —preguntaron de nuevo.

Deteniéndose bruscamente se empinó sobre los estribos:

—¡Viva el rey!

VIII

Desde temprano había comenzado la reunión en casa de Bernardo Lazola, y aún no se había llegado a un acuerdo. Casi todos eran hombres a quienes el dinero hacía prudentes y que esperaban que la situación del país no fuera dudosa para poderse comprometer sin peligro.

Fernando se dejaba arrastrar con cierta satisfacción por la actitud negativa que ganaba a los demás. Los únicos favorables a la guerra eran Bernardo y el capitán David.

—No se puede esperar indefinidamente. El auxilio hay que prestarlo justamente cuando se necesita. Ahora que los republicanos están necesitados es cuando debemos ir. Después que la situación se haya decidido en su favor no tiene ningún objeto nuestra ayuda —decía Bernardo.

Un viejo y rico hacendado habló a su vez:

—Sí, joven, usted puede tener razón, pero nosotros también. Estas cosas no se pueden resolver así como así. Si yo me meto a la guerra, no es un gusto que me voy a dar; son muchos miles de pesos que voy arriesgando: mis tierras, mis esclavos, hasta mi vida. Porque, dese cuenta, si la revolución gana, de todos modos, gasto mis reales, y si pierde, los godos me arruinan.

Otro añadió:

—Además, hay que ver las cosas como son. ¿Con qué cuentan los republicanos? Será con los reales de nosotros, porque andan derrotados, muertos de

hambre y sin un centavo. Todo el país está otra vez en poder de los españoles. Meterse ahora me parece una locura.

—Boves ha acabado con la revolución.

El inglés dijo:

—Yo encuentro que ustedes discuten lo que no se ha venido a discutir. Todos están de acuerdo en que se debe ayudar a los republicanos. Lo que se trata de saber es cómo y cuándo se debe prestar esa ayuda.

—Señores —corroboró Bernardo—, esto no es un negocio sino un asunto de convicción. Estoy seguro de que ninguno de ustedes quiere pensar en mezquindades en una hora tan importante.

A esta sazón, un hombre que había permanecido silencioso, acariciándose la boca con su gruesa mano, habló, lenta y sentenciosamente:

—Bueno, yo, por mi parte, sé a qué atenerme. Conmigo no cuenten. Yo no tengo nada que hacer con República, ni con patria, ni con ninguno de esos cuentos. Me voy para mi campo a trabajar. Porque vamos a ver, las cosas como son, sea por lo que sea; pero antes, con los españoles, estábamos mejor. Había plata, se hacían negocios. ¡Los godos serán malucos, pero más lavativas han hecho los republicanos! Dígame eso del papel moneda. ¿A quién se le ocurre eso? Y eso de darles libertad a los esclavos, esa pila de negros haraganes y flojos. No respetan ni la gente ni la propiedad. Ya han tenido dos veces el mando y no han hecho nada. Primero fue aquel general Miranda, muy franchute y muy todo lo que quieran, pero que no servía para nada. Ahora es este Bolívar, que tampoco ha servido para mucho. ¡Con esa gente no se va a ninguna parte!

—Hace usted mal —replicó Bernardo— en juzgar de ese modo. Usted no sabe de lo que habla. Ni Miranda fue un inepto, como usted lo cree, ni Bolívar lo es. Usted es un miserable que no piensa sino en sus cuatro centavos.

El hombre se levantó con indignación.

—¡No se caliente ni me venga a gritar! ¡Yo con mis reales hago lo que me da la gana; y no se los doy a ningún insurgente muerto de hambre para que me los robe!

Bernardo, fuera de sí, quiso írsele encima; pero los demás se interpusieron. Mientras trataban de apaciguarlo, el otro se fue, rezongando sus razones.

Al fin se logró restablecer la calma.

—No ha debido hacerle caso.

—Él es así. Muy bruto.

Sin embargo, se advertía que el incidente había deprimido los ánimos. Cualquiera podía observar que la mayoría estaba de acuerdo con el que se había ido.

Fernando sentía un escozor entre el miedo y la inquietud. Comprendía que las argumentaciones de aquella especie de bestia eran las mismas que en forma inexpresada se agitaban dentro de él. A la guerra prefería su vida cómoda y muelle en "El Altar", porque aun cuando su espíritu comprendiera todos los generosos ímpetus, todos los bellos sacrificios, su carne era desfalleciente y cobarde. Por ello, a pesar de haber venido con el propósito firme de excitarlos a la guerra, no había hablado una sola vez, y oía complacido a todos los que se oponían, a todos los que desertaban, y casi llegaba a desear que la idea fuera rechazada.

El viejo hacendado, que había tomado la palabra al principio, tornaba a hablar:

—Bueno, señores. Es preciso saber a qué atenerse. A mí me parece oportuno que cada uno vaya diciendo lo que piensa. Los que quieran meterse en la guerra, que lo digan; los que no quieran, que lo digan también. Yo, por mi parte, vuelvo a repetirles que no creo que por el momento estén buenas las cosas como para eso; pero de todos modos, aun cuando yo no me metiera, podría dar una ayudita en plata, ¡para que no digan!

—Entonces —dijo el capitán David— se trata de saber quiénes van y quiénes no van, porque aprobar esta resolución no es posible. Los que quieran ir, que se pongan de pie.

Aunque nadie se levantó, la proposición fue recibida con fuerte rumor de comentarios.

Pasaba el tiempo.

—A ver, señores, que se paren los que están resueltos.

El ruido de voces continuaba, sin que nadie se moviera, hasta que, de un rincón, se levantó un mozo.

—¡Yo!

Otro cerca de él:

—¡Yo!

—¡Muy bien; ya van dos! A ver, señores.

Al otro extremo un hombre de grandes bigotes:

—¡Y yo también!

Fernando los había visto erguirse y comenzaba a temer que la idea de la guerra triunfara.

—¿Quién más? —preguntaba el inglés.

Cortando la escena, entró un negro.

—Solicitan a don Fernando Fonta.

—¿Quién?

—Un esclavo de "El Altar".

Fernando salió apresuradamente.

Afuera estaba Espíritu Santo, desgreñado, la respiración intermitente, los ojos saltados de fatiga, sin voz:

—¡Mi amo! ¡Mi amo!

Algo terrible debía suceder para que el pobre siervo llegara con tal rostro de terror.

—¡Qué! ¿Qué pasa?

—¡Mi amo! ¡"El Altar"!… ¡La niña Inés!

—¿Qué? ¡Habla!

El aliento fatigoso le impedía hablar con continuidad.

—Presentación Campos, mi amo, se alzó…

—¿Qué?

—Se alzó. Quemó la hacienda.

Fue una revelación instantánea. Aquel hombre que siempre le había parecido antipático había hecho su obra de destrucción. Casi podía decir que lo sabía hacía tiempo, que lo esperaba. Se sentía culpable.

—Pero ¿qué ha hecho, Espíritu Santo? Dime. ¡Habla!

—Se alzó, mi amo. Se alzó con todos los esclavos. Le ha pegado candela a la hacienda.

"El Altar", la vieja tierra de todos sus abuelos, había sido incendiada por un intruso. Si lo tuviera a mano lo estrangularía.

—¿Dónde está Inés?

—¡La niña Inés también, mi amo!

—¿Cómo? ¿También qué?

—También, mi amo; Presentación Campos la forzó. ¡Qué horror, qué horror, mi amo!

Fernando se sentía enloquecer. Su hermana, sus tierras, todo arrasado por aquella fuerza bruta. Lo había aniquilado. Una honda desesperación le torcía las fibras. Lo había destruido a él mismo en algo más que en su persona sin haberlo podido evitar. Lo habían destruido. Lo habían destruido. Lo habían destruido. Desesperada impotencia ante lo ya consumado. Lo habían destruido. El mundo nacería y acabaría mil veces y aquello no podría cambiar. Lo habían destruido. Fuera de sus manos, más allá de su acción, pese a su exasperada angustia, estaba destruido para siempre. Destruido. Destruido. Destruido. Ahora comprendía que los hombres se exterminaran en la guerra. Ahora comprendía que Zuazola bayoneteara a los niños, que Rosete incendiara los hospitales, que Boves hiciera descuartizar los hombres en su presencia para verles las vísceras vivas. Ahora odiaba. Era una infinita sed que le abrasaba el cuerpo. Presentación Campos. Era una infinita sed que no calmarían torrentes de sangre. Era muy poca cosa matar un hombre. Muy poca cosa matarlo cien veces. Sentía la necesidad imperiosa de destruir.

Espíritu Santo temblaba viéndole congestionado de ira.

—¡Qué horror, mi amo!

Veía al pobre negro flaco postrado en tierra, sacudido por la fatiga y el pavor, y su ira torpe lo señaló como un objeto en qué saciarse.

—¿Y tú? ¿Por qué no te alzaste y me robaste tú?

Sentía odio. Deseo de desahogarse, destruyendo, oyendo gemir, oyendo suplicar.

—¡Tú, negro cobarde, no me robaste por miedo!

No podía distinguir. La cólera lo poseía como una fiebre. Con manos crispadas por el espasmo nervioso, cerró el cuello delgado del esclavo.

—Mi amo, ¿qué hace mi amo? ¡Perdón!

No pesaba nada. Lo levantó en vilo y lo zarandeó en el aire como un pelele. El desgraciado comenzaba a asfixiarse.

—¡Mi amo, me mata! "Me mata… aaayyyy!

Bernardo, el inglés, unos hacendados, salieron del interior, atraídos por los gritos.

A viva fuerza lograron arrancarle el esclavo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

Calmado por el esfuerzo físico, pasado el primer impulso de ira, Fernando tuvo una reacción infantil. Su hacienda destruida, su pobre hermana. Comenzó a sollozar.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué pasa?

Mientras Espíritu Santo explicaba a las otras personas, él, lloriqueando, decía al inglés:

—¿Usted ve, capitán, lo que era ese traidor de Presentación Campos? Me ha destruido todo. Ha acabado conmigo. ¡Mi pobre hermanita!

El inglés trataba de consolarlo. Bernardo se acercó.

—¿Por qué no vamos hasta la hacienda a ver nosotros mismos qué ha pasado? Yo los acompaño.

—Me parece muy bien —respondió el capitán—. Espíritu Santo, prepare los caballos.

—Ese bandido, capitán —continuaba Fernando—, ese bandido que me ha acabado todo. ¿Por qué? ¿Por qué?

Un negro traía las cabalgaduras. Ayudaron a montar a Fernando y partieron al galope, aguijoneados por el deseo de llegar pronto.

Fernando continuaba con el llanto nervioso, incontenible. No le brotaban lágrimas. Era apenas una mueca intermitente en el rostro.

El sol dorado de la tarde realzaba el paisaje en el camino; los altos montes, las siembras de caña, los bucares bermejos. El inglés recordaba su primera visita a la hacienda. El cielo azul macizo gravitaba sobre los cerros.

—Don Bernardo —preguntaba el capitán—, ¿no conoció usted a Presentación Campos?

—Sí, una vez lo vi en el pueblo.

—¿No le pareció un hombre leal?

—No recuerdo. No me fijé mucho en él.

—Yo sí. En la hacienda salíamos casi todos los días. Lo había visto muy de cerca. No parecía capaz de hacer eso.

—Tal vez disimulara delante de usted.

—No. De eso estoy seguro. Delante de mí no disimulaba. Era natural. Lo mismo que delante de los otros. Me producía una impresión de fuerza, de confianza.

Sin quererlo, aún lo obsesionaba su fuerza magnífica, ahora destructora. Persistentemente le asaltaba el recuerdo. Le evocaba: la risa fría sobre los dientes de animal de presa, sólido como hierro sobre el potro encabritado, los ojos iluminados, hablando con aquella voz seca: “El que está arriba es el vivo…”.

En medio, Fernando cabalgaba, lamentándose como quien deja escapar un delgado hilo de dolor:

—¡Qué traición! ¡Qué horrible traición!…

Llegaban al confín de “El Altar”. No se percibía señal de vida. Olía a rescoldo. Bernardo llegó primero sobre la primera colina, desde donde se podía dominar el campo de la hacienda.

El mayor espacio de lo que fueron los sembrados era de un negro uniforme de carbón; hacia los lejanos términos aún se levantaban altos fuegos. La casa de los amos había caído bajo los techos. Entre el desmoronamiento se alzaba alguna pared renegrida como piedra de fogón.

Fernando fue mirando lentamente. Mancha de tinta espesa que había desfigurado la visión del campo. Cabrilleaba en la ceniza el cielo de las chiscas. Calcinados troncos desnudaban su carbón azul en el aire, atigrado por la huella de las llamas. Se advertía como la resaca del incendio.

Con la contemplación le crecía el dolor, le renacía la angustia. Tornaba a lamentarse:

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible semejante crimen?

Espoleando el caballo se lanzó a carrera tendida al través del campo hacia la casa. Los otros lo siguieron. Desmontaron sobre las ruinas.

Salvo algunos muros en pie, el edificio estaba totalmente destruido; carbonizada la madera, caída la piedra, pulverizada la tierra. Desde uno que otro rincón se hilaba un humo tenue.

Fernando iba por entre los escombros, enloquecido; parábase a ratos a contemplar los restos dispersos; cruzaba en todas direcciones, clamando con desconsolada y lamentable voz:

—¡Inés! ¡Mi hermana! ¡Mi hermanita! ¡Inés! ¿Dónde estás?

También los otros, llamándola, la buscaban.

Entre el campo desierto y las ruinas tan sólo se conservaban intactos el repartimiento de los esclavos y la pequeña habitación del mayordomo.

Bernardo y el capitán iban hacia ellos a prisa, cuando, en viéndolos aproximarse, salieron a la puerta del repartimiento hasta diez negras, llorando y con grandes muestras de pesadumbre.

—¡Ave María Purísima, qué horror!

—¿Dónde está doña Inés? —preguntó Lazola.

—¡Ave María! La hemos buscado por toditico eso y no hemos podido dar con ella.

—¿Por todas partes? —tornó a preguntar.

—¡Ay, sí, señor! Toditico, toditico.

Y luego, cada una por su lado, comenzaron a hablar:

—¡Tan buena que era!

—¡Jesús Credo, qué hora tan menguada!

—Nosotras, en el zaperoco del incendio, nos metimos aquí.

—Pero mire, la hemos buscado de verdad.

—Las tres Divinas Personas la amparen.

—¡Seguro que se la llevó el gran bandido ese!

Temiendo que si Fernando llegaba a verlas le provocasen una nueva crisis, les ordenó:

—Quédense aquí. ¡Y no salgan! ¡Y se callan!

Volvieron a desaparecer todas adentro, arrastrando sus voces compungidas.

Regresaron desesperanzados. Fernando, echado en tierra, gemía. A tanto llegaba su interior desorden, que ni siquiera les preguntó el resultado de la búsqueda. Con ojos lacrimosos consideraba el estrago:

—Esto es lo único que me queda de mi casa. Todas estas cosas que fueron de nosotros la vida, se acabaron. Las acabó ese bárbaro.

Desasosegado, el inglés se puso a marchar sobre la ruina informe. Entre la tierra removida vivían los tizones. Aquello había sido la casa de la señorita Inés: el salón con el clave, las viejas imágenes del oratorio, el pequeño patio con rosas. Había sido. La ciega destrucción lo indignaba. El clave en que tocaba su música niña la señorita Inés. La pobre señorita Inés, a quien contaba cuentos de hadas. Comenzaba a sentir un poco de compasiva ternura. Comprendía que había sido indiferente. Le había hablado como a la única mujer que le era dado ver en aquel sitio. No había experimentado por ella la menor inclinación; sin embargo, ahora le dolía la tragedia que había asolado su frágil vida. Era una pobre mujer llena de sueños y esperanzas que aquel súbito golpe había roto. Comenzaba a darse cuenta de toda la novelesca y dolorosa gracia que cabía en la vida de ella. Ahora que estaba lejos y probablemente perdida para siempre, casi la recordaba con ternura.

La imaginaba tan frágil, tan melindrosa, tan de otro mundo entre los brazos brutales de Presentación Campos. La imaginaba pavorida, pidiendo auxilio, sin que nadie viniese en su socorro. Recordaba toda la amorosa atención que ponía a sus historias, tan sabidas por él, que había oído contar a todos sus amigos, aprendidas en los libros románticos, repetidas veces, indiferentemente, a infinitas gentes indiferentes. Y ella seguía con interés vital. Tal vez había llegado a quererla un poco.

Aquéllas eran las ruinas de lo que fue su mundo. La clausura, la consumación, el apocalipsis de su mundo. Todo estaba lleno de su recuerdo: en el aire trágico estaba diluida su presencia.

Presentación Campos lo había destruido.

La recordaba tocando cosas tontas en el clave antiguo. "¿Y cómo son los silfos?". En cada reflejo volvía a ver la palidez de la piel y el hondo negror de los ojos.

Estaba de nuevo junto a Fernando, aún sollozando, tendido.

Comprendía que había sido para ella mucho más de lo que podía adivinar: le remordía su pasada indiferencia, dolíale la actual ineficacia de su sentimiento. Llevado y traído por las ideas extremas que orientaban su vida, se consideraba como obligado a reparar una falta, a anular con una acción extrema el delito de su borrosa abstención. Fue por un instante el personaje de su propia fábula.

Sin pensarlo, inconteniblemente, sin vacilar un instante, habló a Fernando:

—Tengo el honor de pedirle la mano de su hermana.

Fonta comprendió vagamente.

—¿Qué?

—Que si encontramos a la señorita Inés me casaré con ella.

Con lejanía, como si se tratara de gente extraña, repuso:

—Muchas gracias, capitán. Muchas gracias. No vale la pena. Muchas gracias.

Aun cuando guardó silencio, el inglés se sintió justiciero; ahora solo le faltaba hacer que Presentación Campos expiara su culpa.

Bernardo se aproximó.

—Capitán, yo creo que ya aquí no queda nada que hacer.

—Yo también lo creo.

—Entonces, ¿regresamos al pueblo?

Fernando, que oía, intervino:

—Regresan ustedes solos.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Bernardo. El estado anormal se le revelaba en las palabras.

—¿Yo? Lo único que me queda. Irme a la guerra. No quiero nada con pueblos ni con gente que conozca. Me voy para la guerra. Ahora sí es verdad.

—Si es así, yo te acompaño.

—Yo también —añadió el inglés.

—Vamos hasta casa —prosiguió Bernardo—, nos preparamos y salimos lo más pronto posible.

Casi con furia repitió:

—¡No! ¡Ya he dicho que no! No quiero ir al pueblo. Me voy para la guerra, y es ahora mismo.

La excitación nerviosa lo galvanizaba. Se levantó y montó a caballo.

El capitán tornó a hablarle:

—No se irá usted solo de ninguna manera. Como sea, yo le acompaño.

Como sin oírlo, Fernando se alejaba, descendiendo la colina. Cabalgaron rápidamente y fueron a reunírseles.

Las esclavas tornaron a salir a la puerta del repartimiento. Fernando las advirtió. Por sobre el mugido de dolor que trenzaban les gritó:

—¡Están libres! ¡Váyanse!

—¡Dios se lo pague, mi amo lindo!

—¡Dios le guarde!

—¡Dios lo bendiga!

Las voces y las figuras giraron tras el lomo de la colina. Andando un trecho, Fernando se detuvo.

—¿Hacia dónde vamos?

—Por el Sur andan los godos: Boves tiene todo el Llano —dijo Bernardo—; pero por los lados de Valencia hay republicanos.

—Vamos hacia allá, entonces.

En silencio continuaron el paso de los caballos, sobrecogidos por la devastación que habían presenciado y por aquella resolución brusca que había cambiado de pronto sus planes y hasta su vida misma. Marchaban juntos sobre sus propias sombras, que el sol les echaba adelante como desmesurados gusanos sobre el polvo amarillo.

Iban faldeando un sistema de montañas poco elevadas por sobre largos y espaciosos valles cultivados; a trechos, atravesaban riachuelos de arena amarilla.

Una dura soledad señoreaba el espacio.

—¿Dónde vamos a pasar la noche? —preguntó el capitán.

—En Magdaleno —respondió Bernardo—, que es un pueblo chiquitito y seguramente podremos informarnos.

Como a las cinco de la tarde comenzaron a vislumbrar, entre claros de árboles, el lago de Tacarigua, donde los ríos traen a dormir el ruido de las montañas. Por sobre el verde compacto de las orillas, el agua era de un azul sólido e inverosímil, que invadía el aire. A lo lejos, en el ancho horizonte, se abrían islas verdes ancladas por sus árboles en el viento. Algunos cocoteros dirigían el vuelo de las garzas. Sobre la orilla, el abrupto monte de Yuma oscurecía el color.

Ante el espectáculo fabuloso el inglés abría extáticos ojos: el cielo pálido franjeado de rojo en el Poniente, el agua profunda, los árboles espesos, el aire transparente.

Marchando por la orilla vieron celebrarse el violento crepúsculo. El ambiente fue blanco, verde, cárdeno, rojo sangre. Luego, todo azuleó y se hizo aéreo. Los colores se fueron madurando de sombra. Volaba el canto penetrante de los pájaros de la tarde. En el resplandor azul el primer lucero enhebraba escamas de sardina.

Un instante después oscureció. Iban en la tiniebla, medio aclarada por las estrellas, guiados por el instinto de las cabalgaduras.

Aún a ratos se oía la voz de Fernando que suspiraba dolorosamente:

—Mi hermana. Mi pobre hermana.

Bajo la noche empezaron a titilar a lo lejos las luces de un pueblo.

—Magdaleno —dijo Bernardo, y volviéndose hacia los otros agregó—: Ya lo saben, mucha prudencia. Si alguien pregunta, hay que decirle que venimos a comprar ganado.

Asomaba la luna y comenzó a delinearse en la sombra el relieve de las cosas, las paredes blancas, las cercas, los ojos de los gatos sobre los techos.

De una casa salía abundante luz. En llegando pudieron ver que era la pulpería.

Adentro algunos hombres charlaban y bebían. Podían oír la conversación.

—¡Ah!, "mano" Pedro —gritaba una voz recia y desafinada de campesino—. !Ah! "mano", hoy como que se le hinchó el rabo arriba del caballo arreando ganado.

Algunas carcajadas celebraron la burla.

Alguien se percató de la llegada de los tres forasteros. Adentro hubo un movimiento seguido de un silencio repentino, luego un hombre salió a la puerta y estuvo observando un instante a los recién llegados.

—¿Los señores son forasteros?

—Sí. Venimos de paso. Nos cogió la noche en el camino.

—¿Por qué no desmontan y se reposan?

Se interrumpió para gritar:

—¡Ah!! ¡Filibertooo! ¡Ven a atender a los caballos de los señores!

Un mozo flaco salió apresuradamente y vino a ver tener las riendas de las bestias, que relinchaban y se sacudían libres del peso de los jinetes.

Mientras el que parecía dueño introducía los tres viajeros, afuera el mozo palmoteaba las ancas de los caballos, llevándolos al pesebre.

—¡Están rebuenos estos "muérganos"!

Precedidos por el dueño entraron. Un techo bajo de viguetas torcidas; un candil de aceite con mucho humo; una mesa larga sin mantel con dos bancos

paralelos; un armario con comestibles y cacharros de alfarería, y sobre un mostrador un pequeño barril y un queso cuadrado.

Los que estaban reunidos, peones y gente de campo, los vieron entrar con aire entre insolente y temeroso.

El posadero les ofreció taburetes de cuero sin curtir para que tomaran asiento.

—¡Pues, sí, señor! Los señores se pueden reposar aquí. Esta es la mejor posada del pueblo. Aquí rancha toda la gente que pasa.

—Muchas gracias —respondió Bernardo—. También, si nos pudiera servir algo de comer se lo agradeceríamos mucho.

—Cómo no —dijo el propietario, dando las órdenes necesarias.

Una vez instalados comenzaron a observar los individuos que los rodeaban. No había negros puros. Casi todos eran mulatos y algunos enteramente blancos. La mayoría llevaba, desnudo bajo el brazo, el machete que les servía para las faenas del campo.

Bernardo se dio cuenta de las miradas hostiles, y, creyendo ganarse las simpatías, ordenó:

—Sírvanles un trago a los muchachos por mi cuenta.

El posadero fue llenando con "caña" del barril los diferentes vasos que formaban su ajuar. Los hombres los vaciaban de un trago. Una vez bebido el aguardiente daban las gracias a media voz, como murmurando, se secaban los gruesos labios con el revés de la mano y escupían ruidosamente.

Bernardo tornaba a hablarles:

—Bueno, muchachos, los voy a acompañar. Me voy a tirar este palo a la salud de ustedes y por Magdaleno, que es un pueblo muy simpático.

—Muchas gracias —musitaron algunos.

Después del trago de aguardiente se podía observar que la hostilidad había desaparecido en gran parte. Dándose cuenta de ello, Bernardo trataba de entablar conversación. Cerca de él un zambo canoso estaba en cuclillas, recostado a la pared.

Le habló:

—¿Por qué no se ha querido echar el trago, viejo? Yo sabía que zamuro no come alpiste, pero no que no bebía aguardiente.

Todos rieron estruendosamente celebrando el chiste.

Fernando y el capitán David asistían sin intervenir.

Algunos increparon al zambo, ya un poco mohíno:

—¿Qué hubo, zambo viejo? ¡Se ha quedado de verdad como zamuro aporreado!

—Ande a echarse el palo y déjese de rezongos.

En tanto el vocerío continuaba, el posadero servía la comida a los tres amigos: carne frita, plátanos fritos, caraotas negras fritas, una jarra de guarapo de piña y arepas.

Mientras comían, Bernardo ordenó un nuevo servicio de aguardiente para todos los hombres.

Había desaparecido por completo la anterior hostilidad. Ahora se empujaban los unos a los otros para beber primero.

El zambo, rencoroso, vociferaba desde su rincón.

—¡Pila de muertos de hambre! ¡Anden a jartarse de lo que les echan como perros!

Los otros respondían con risas y burlas.

Envalentonado el zambo, se atrevió a dirigirse a Bernardo.

—Bueno, señor. ¿Y usted qué viene haciendo por aquí?

Al oír la pregunta los hombres volvieron a quedar silenciosos; les recordaba la calidad de forasteros, de intrusos, de los recién venidos. Bernardo tuvo intención de responder con altanería, pero luego pensó que con dulzura y bondad podía ganárselos de nuevo.

—Ya se lo voy a decir, con mucho gusto. Nosotros somos hacendados y venimos por aquí buscando reses para comprar.

El zambo se levantó rápidamente con una ingenua expresión de triunfo en la cara.

—¡Conque a comprar ganado! ¡Y a Magdaleno! ¡Qué cosa tan rara que un amo de hacienda no sepa que el ganado se compra en el Llano! ¡Usted como que es nuevo!

Los hombres comenzaron a reír maliciosamente. Bernardo se sintió cogido, no acertaba a desenvolverse y comprendía que la situación se hacía embarazosa.

Socorriéndolo, Fernando intervino:

—Sí, señor, a comprar ganado por estos lados. No precisamente en Magdaleno, pero sí por estos lados. Yo sí sé que donde se compra mejor es en el Llano; pero usted, ¡cómo que no sabe que en el Llano hay guerra!

El zambo, confundido, calló a su turno. El dueño de la posada habló, defendiendo a su cliente:

—El señor tiene razón. A quién se le va a ocurrir ir ahora para el Llano. Y mucho menos a comprar ganado. Será para que se lo roben todo.

El resto de los presentes hacía burla del zambo, comentando la conversación.

—Eso es verdad. Lo que es ahorita, ahorita las cosas no están buenas. Anda el plomo jugando garrote —comentó uno.

—El general Boves se ha cogido todo el Llano —concluyó otro—; no hay un pedazo de sabana por donde no anden los lanceros del Diablo matando la gente y quemando los ranchos. ¡Robándose todo!

Otro alzó la voz, respondiendo vigorosamente:

—¡Eso no es tan así! Eso de que el general Boves anda robando… Ese es un palo de hombre. ¡Robando andan los republicanos, y los tiene espantados de tigre!

Fernando aprovechó la disputa y la exaltación para intervenir. Mintiendo preguntó:

—¿Será verdad que últimamente le pegaron una gran derrota?

El más exaltado repuso:

—No crea eso. Esas son mentiras. Al general Boves no hay quién lo derrote. Ese hombre se pega a San Antonio Bendito.

—Entonces, si no es verdad que está derrotado, ¿por dónde anda?

Antes de responder el hombre hizo una mueca de disgusto y duda que denunciaba su temor de hablar más de lo que prudentemente debiera. Pero al fin lo ganó el orgullo de asombrar al forastero:

—Pues, mire, nada de derrotado.

Ahorita el general Boves anda con más de tres mil lanceros bien montados por la boca del Llano, entre San Sebastián y San Juan de los Morros.

Fernando se daba cuenta de que su interlocutor debía saber mucho más y se proponía sondearlo hábilmente; pero antes que terminara de hablar, del marco de la puerta que se abría a la sombra del camino surgió una voz ronca y autoritaria:

—Buenas noches. ¿Cómo que se conversa?

Era un indio alto, fuerte, de cara enérgica y ojos penetrantes. Al solo efecto de su presencia todos enmudecieron, principalmente el que estaba hablando sobre Boves.

—¿Qué les pasa? ¿Por qué no siguen hablando?

Su voz no sufría alteración, y, sin embargo, se sentía airada y amenazante.

Adelantó algunos pasos hasta situarse en medio de todos.

Los tres viajeros pudieron entonces verlo a gusto. A primera vista se comprendía que no era un peón ni un esclavo, sino un hombre libre, más aún, un hombre aureolado de un halo de energía.

Advirtiendo las tres personas sentadas retiró su ancho sombrero de cogollo de palma y saludó con dignidad.

—¿Los señores son forasteros?

—Sí —respondió Fernando.

—¿Compradores de ganado? —agregó, sonriendo con malicia.

—También.

Luego, observando que el inglés lo miraba con fijeza, dijo señalándolo:

—Y el señor no es de aquí. El señor es “musiú”.

Mientras hablaba con los tres amigos, todos los demás fueron saliendo sigilosamente hasta dejarlos solos.

—Yo, señores, antes que me pregunten, voy a decírselos: soy mayordomo de una hacienda de la Villa y ando por aquí buscando unos esclavos que se me fueron.

—Si es así —dijo Fernando con ironía—, me parece que no los va a encontrar fácilmente.

—¡Quién sabe! Tal vez los encuentre ligerito.

El hombre continuaba de pie, imponiendo su estatura maciza.

—Esta gente de aquí es montura. O no hablan nada o hablan mucho y fastidian. ¿No les parece?

—No creo —opuso Bernardo.

—Y además se preocupan mucho de la guerra. Como si los esclavos pudieran perder en la guerra. No hablan de más nada. Como si en la guerra se fuera a morir todo el mundo.

—Sin embargo, ya se han muerto bastantes —comentó el inglés.

El indio guardó silencio un rato y luego agregó con displicencia:

—Nada más que los que se tenían que morir. ¿Ustedes quieren saber una cosa? ¡En la guerra no matan sino al que tiene miedo!

Subrayó sus palabras con una sonrisa corta, les deseó las buenas noches y volvió a salir por la puerta ahora solitaria, hacia la sombra del camino.

Los tres amigos quedaron silenciosos, impresionados.

—Este hombre es tan mayordomo —dijo Bernardo— como yo soy cura. ¿Quién sabe a quién hemos tenido aquí?

Los interrumpió el dueño de la posada, que entraba solemnemente con un candil de carreta suspendido en la mano a preguntarles si querían acostarse en el cuarto que les había preparado.

Como estaban fatigados, aceptaron. Pasaron un patio plantado de árboles, donde dormían gallinas, precedidos por el candil que bamboleaba su luz de oro pálido entre la noche llena de sombras azules, bajo el río de las estrellas. Llegaron a la habitación; un cuarto largo y estrecho, enlechado de cal, con dos catres altos y una hamaca colgada de pared a pared.

El posadero, alzando la luz, iluminó todo el recinto.

—Aquí es. Que pasen buena noche. Yo duermo aquí mismito; si se les ofrece algo, no tienen sino llamarme. Les voy a dejar el farol para que se alumbren.

Dejó el farol sobre el pavimento de ladrillos y se marchó.

Los tres amigos, como no tenían otra vestimenta que la que llevaban encima, se quitaron las botas, extinguieron la luz y se tendieron vestidos sobre los lechos.

La noche era silenciosa. A veces de lo lejos venía el aullido triste de un perro, o un canto de pavita, monótono y de mal agüero.

Pronto se sumergieron en el sueño. Al poco rato solo se oían las respiraciones acompasadas dentro de la alcoba.

Las respiraciones acompasadas de los otros fue lo que oyó el inglés al despertar bruscamente. Pero no, algo más había oído. Al través de la puerta se veía el patio bañado de luna. Los árboles proyectaban una perfecta sombra. Oía de nuevo. Eran los cascos de un caballo; los cascos de varios caballos y muchas voces que cuchicheaban. Tuvo la idea de levantarse, avisar a los otros y salir a ver qué pasaba. Pero prefirió esperar un instante más para no obrar con precipitación. Podían ser unos arrieros que salían para aprovechar el fresco de la noche en el viaje. Las pisadas de las bestias se iban alejando y todo volvía a quedar en silencio. Se acordó del indio que había hablado con ellos antes de acostarse, y el recuerdo lo inquietó.

Un perro ladraba a la distancia y la noche quedaba tranquila. En Magdaleno solamente la luna está despierta. Tornó a dormirse, tranquilizado.

Cuando despertaron era la mañana y el sol se metía por la puerta encendiendo las paredes de cal. Se pusieron las botas y salieron al patio.

Todo estaba silencioso.

Caminaron casi toda la casa sin encontrar a nadie. Comenzaban a inquietarse cuando Fernando gritó desde uno de los últimos cuartos, llamándolos:

—¡Vengan! ¡Vengan acá ligero!

Hallaron al posadero amarrado y tendido en el suelo.

El inglés lo interrogó:

—¿Qué le pasa? ¿Quién lo amarró?

El hombre, que no estaba amordazado, respondió furiosamente:

—Esos vagabundos, que me han robado y han reclutado toda la gente.

Fernando, que le veía la boca libre y no le hallaba huellas de violencia, le preguntó:

—¿Y por qué no gritó? Ahí estábamos nosotros; hubiéramos podido venir a defenderlo.

El hombre guardó silencio un rato; después dijo:

—Sí, es verdad. No se me ocurrió. Yo creía que a ustedes también los habían atacado.

Tanto se le veía en el rostro que mentía, que nadie le creyó. Bernardo, que lo observaba cuidadosamente, advirtió que las sogas que lo ataban estaban puestas sin fuerza y hasta con cuidado de no maltratarlo. Quiso dárselo a entender.

—Bueno, y qué hace ahí acostado en el suelo. ¿Por qué no se para?

—¡Guá! ¿No ve que estoy amarrado?

—¡Qué amarrado va a estar usted! Menéese para que vea cómo se le cae la soga.

Viendo que no hacía ningún movimiento para desatarse, se fue sobre él y de un tirón lo dejó libre de las ligaduras, diciéndole:

—¡Usted ve! Eso lo ha podido hacer usted mismo hace rato.

El posadero volvió a guardar silencio dándose cuenta de que sospechaban de él, pero luego dijo con aparente inocencia:

—¡De verdad, hombre! Yo hasta parezco pendejo. Mire y que no haberme dado cuenta.

Se incorporó, se sacudió con las manos la tierra que tenía en la ropa, dio las gracias y salió con ellos hasta el patio.

—Yo creo que aquí no ha quedado nadie. Esos bandidos cargaron con todo.

—¿Qué bandidos?

—¡Guá! ¿Cuáles van a ser? Los insurgentes.

—¿Los republicanos lo robaron a usted? ¿Cuándo?

—Pero, ¿no está viendo, pues? ¿No me acaba usted mismo de desamarrar?

—gritó el hombre casi con ira.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Guá! Sabiéndolo. Ese indio que estaba anoche con ustedes ese es el jefe.

—¿Qué jefe?

—Un jefe de ellos.

—¿Y por qué no nos lo dijo usted?

—¡Guá! Porque yo no sabía que iban a echar ninguna lavativa. ¡Para adivino, Dios!

Recorrieron toda la casa. Estaba intacta. No se veía el menor indicio de violencia o saqueo en ninguna parte. Las sospechas aumentaban. Tenían la convicción de que el posadero los engañaba y era un cómplice de los hombres que se habían ido.

Las caballerizas estaban desiertas. Los caballos habían desaparecido.

A la vista del robo, el posadero se mesó los pelos, presa de la más súbita indignación.

—¡Maldita sea hasta mi alma! Me han robado una mula que valía por lo muy menos trescientos pesos. ¡Que se les vuelva peste!

Verdaderos o falsos, los sentimientos de aquel hombre no les interesaban. Lo cierto era que quedaban a pie, sin medios de transporte, desorientados y a la merced de aquel ventero sospechoso.

Bernardo, sin poderse contener, exclamó:

—Pero entienda que todo esto es bien raro. A nosotros no nos amarran y nos roban todo, y al posadero lo amarran, muy mal, por cierto, y no le tocan un solo perol. Porque no se vaya a suponer que le hemos creído el cuento del robo de la mula.

El hombre no se atrevió a responder, calló enfurruñado, pero los ojos le traicionaban el contento.

Después de recorrer el resto de la casa regresaron al mismo sitio donde la noche anterior habían comido.

—Yo siento por ustedes —dijo el dueño— todo esto que ha pasado. A mí, gracias a Dios, no hicieron sino robarme una bestia. Pero así aprenden a co-

nocer los insurgentes. Todos son una pila de ladrones. Por dondequiera que pasan es lo mismo.

Los tres lo dejaban hablar sin prestarle atención.

Al fin, ya más calmado, Bernardo le dirigió la palabra:

—¡Bueno! Ya nos robaron las bestias. ¿Y ahora qué podemos hacer? ¿Qué nos aconseja usted?

—¡Guá! Eso depende de muchas cosas. Por ejemplo, ¿qué quieren hacer ustedes?

—Ya le hemos dicho que venimos comprando ganado.

—¡Sí, es verdad! Ya hasta se me había olvidado. Bueno, pues. ¿Para comprar ganado no pueden ir a pie?

—No, necesitamos bestias.

—Eso es. Y para conseguir las bestias necesitan plata.

—Plata tenemos.

—Entonces eso es otro cantar. Si ustedes se van costeando por aquí hasta la pata de Yuma, que tal vez pueden encontrar a mi compadre Nicanor, que tal vez convenga en venderles unas bestias, que las tiene muy buenas. Díganle que yo los he mandado.

Los tres amigos pensaron un instante: no había más remedio que seguir aquellas indicaciones. En consecuencia, resolvieron salir en seguida para ganar en lo posible el tiempo perdido.

Se despidieron del posadero, que los acompañó hasta la puerta.

—¿Cuánto le debemos por el hospedaje?

—Nadita, señor. ¿Cómo quiere que le cobre a una gente que han robado en mi casa?

—¡No, no, déjese de eso! ¿Cuánto le debemos?

—Ya le he dicho que nadita.

De todos modos, Fernando tomó algunos pesos de plata y se los puso en la mano. El hombre dio las gracias.

—Muchas gracias. Muchas gracias, señor.

El camino de polvo amarillo se veía más amarillo entre los árboles verdes y bajo el sol claro. Comenzaron a caminar con prisa. El posadero les decía adiós agitando la mano. Antes de cruzar por un recodo se detuvieron para decirle un último adiós.

—Adiós, pues, y muchas gracias —gritaron con ironía.

No con menos les respondió el hombre:

—¡No hay de qué! ¡Que Dios les dé buen viaje!

Y alzando más la voz:

—Y por si les sirve de algo, los godos andan por San Juan de los Morros y los insurgentes por la Villa.

¡Ya lo saben, pues!

IX

Por entre cerros y verdes bahías de hierba desfilaba el destacamento bajo la bandera colorada. En medio, bigotazos negros y dolmán rojo, sobre un caballo zaino, el coronel Zambrano. Cabalgando a su lado, Presentación Campos.

—Pues yo, mi coronel, tenía unas tierritas por los lados de La Victoria y trabajaba en ellas. Pero vinieron los insurgentes y me las quemaron, y yo mismo me pude salvar por un milagro de la providencia. Esa es una gente muy maluca. Por eso resolví armarme con estos muchachos y salirles a hacer la guerra.

El coronel español creyó o fingió creer; se mostró contento de su decisión y del aporte de hombres y víveres que traía al destacamento, y le conservó el mando de su facción, a la cual agregó algunos veteranos de su Cuerpo.

La simplicidad de su carácter, su energía, sus reacciones rápidas y francas, pronto le ganaron admiración y simpatía entre los soldados.

El coronel Zambrano le confió sus ideas sobre la situación.

—La situación está buena para un hombre atrevido. Ahorita cualquier gallo-loco se puede montar por el pico de la botella. Si no lo cree, no tiene sino que ver a Monteverde o a Bolívar, o a Boves, que hace seis meses nadie sabía quién era.

El orgullo y la ambición de Campos se exaltaban; era un hombre atrevido, capaz de grandes cosas: él también podía llegar como Monteverde, o como Bolívar, o como Boves.

—La guerra se ha puesto tremenda. En estos días los insurgentes han hecho degollar más de mil españoles y canarios; pero por otro lado los estamos cobrando. Es mucho el pueblo en el que no quedan sino las piedras. Rosete ha arrasado con el Tuy, y Boves tiene el Llano lleno de miedo. Los insurgentes no pueden aguantar mucho tiempo. A lo más en dos meses habremos acabado con todos.

—¡Así es como es! —asentía Campos.

Los dos cabalgaban en medio de la larga fila que formaba el destacamento en marcha. La masa de hombres ofrecía un pintoresco espectáculo. Adelante marchaban algunos con vistosos uniformes de milicianos españoles; pero ya detrás veían otros que sólo tenían la chaqueta, o el gorro, o los pantalones; otros sin ningún arreo militar; algunos desnudos de la cintura arriba, la mayoría descalzos; con fusiles, con machetes, con lanzas; hablándose los unos a los otros en voz alta. Los heridos en combates recientes mostraban desnudas las heridas o mal cubiertas con sucios trapos sanguinolentos.

Avanzaban con ciertas precauciones por estar casi toda la región en poder de los republicanos. Adelante, a largas distancias, iban espías informándose del estado de las poblaciones, de las fuerzas que merodeaban y de las más seguras vías para llegar a los valles del Tuy.

Se orientaban hacia el Sur de Aragua, por ser más segura la región para los realistas por la vecindad del Llano; se apartaban de los caminos transitados, viajaban a campo traviesa y acampaban con mucha frecuencia en despoblado.

Aquella tarde vino uno de los destacados a participarle a Zambrano que estaban cerca de un pequeño caserío donde no parecía haber guarnición. El coronel resolvió ocupar el villorrio para pasar la noche, reponerse de víveres y allegar informes.

Como no temían ser atacados en el pueblo, resolvieron entrar con la misma formación en que venían, sin prepararse para combatir.

La aldea era pequeña. A la falda de una colina de tierra rojiza unas cuantas edificaciones, casi todas de bahareque con techos de paja amarilla; algunas más sólidas de tapia y teja alrededor de un espacio desnudo que hacía de plaza en el centro.

Los soldados comenzaban a desfilar por la única calle del poblado, cuando de lado y lado, por las ventanas de las casas, rompieron disparos de fusiles.

Algunos cayeron, y los otros, sorprendidos y confusos, comenzaron a replegarse en gran desorden sin acertar a defenderse.

La sorpresa los desazonó. Desde las casas, de lado y lado de la calle, los diezmaban las descargas. Las paredes hacían completamente ineficaz el fuego con que podían responder. Ya algunos buscaban la salida del pueblo.

Presentación Campos, que marchaba junto con su destacamento, vio cómo éste, no habituado al ruido de las armas, comenzaba descaradamente a huir ante los graneados disparos.

El coronel Zambrano, maldiciendo, enarboló el sable desnudo y empezó a llover planazos sobre las espaldas de los temerosos.

—¡Cobardes! ¡Vamos a entrarle al plomo!

Campos, imitándolo, se puso igualmente a contener la desbandada.

—¡Natividad! ¡Cirilo! ¡Sujeten esos hombres! ¡Échenlos para adelante!

A cada descarga caían en mayor número, lamentándose e implorando a los santos. Los heridos se desangraban sobre la tierra, agonizando entre los pies de sus compañeros y bajo los cascos de los caballos. A cada instante un hombre abría los brazos, soltaba el arma y caía gritando.

El coronel Zambrano se daba cuenta de que si el tiroteo se prolongaba todos serían sacrificados inútilmente en aquella especie de trampa.

Dio la orden de asaltar las casas.

—¡Dejen los fusiles! ¡A puro machete y lanza a asaltar las casas!

Los soldados abandonaron las estorbosas y lentas armas y se precipitaron al asalto de las paredes, por sobre los techos, a machetazos contra las puertas. Al esfuerzo la madera cedía y el torrente humano alcanzaba los interiores. Erizado vocerío surgía, excitando la ferocidad y el desenfreno. Macheteaban los muebles, las mesas, las paredes, los heridos. Estaban salpicados de sangre y resbalaban sobre los coágulos. Los defensores se veían súbitamente cercados por diez o doce de aquellas fieras, y era un machetazo que le seccionaba

la muñeca y otro que le hendía el hombro y otro que le penetraba en el cráneo, quedándose la hoja trabada y temblorosa entre el hueso firme. Por entre hombres y mujeres penetró un negro rodeado del reflejo de sus tajos.

Presentación Campos excitaba a sus hombres al asalto, lanzándolos contra los ranchos, que ya habían comenzado a arder.

Desde una de las casas que rodeaban la plaza, por una ventana pequeña, salía un disparo intermitente que cada vez hería un hombre. Era un edificio de tapia con fuerte portón de madera, adornado de gruesos clavos.

Presentación Campos vio cómo desde la tronera le tumbaban un hombre, y otro, y otro, y por último, le herían el caballo. Aquella especie de ventaja, de superioridad, de metódica destrucción le enardeció la sangre. Tomó la cabalgadura de un subalterno, se desató el correaje del machete, requirió una lanza en la mano diestra, y con furia clavó las espuelas al caballo que arrancó en un salto brusco.

Embriagaban el aire los gritos, el ruido de las armas, el humo y el crepitar del incendio de la paja de los ranchos.

Se sentía poseído por el ansia de la destrucción. En la carrera una bala le silbó cerca del oído. Llegaba frente a la casa. Encabritó el caballo y lo hizo caracolear en todas las direcciones para no ofrecer blanco al tirador oculto, mientras gritaba, fiero:

—¡Espérate, no más! ¡Ahora vas a saber para qué naciste!

Volvió a picar espuelas intentando lanzar la bestia contra la puerta, pero en llegando sobre ella el animal se resistió al choque, saliéndose de la carrera por un lado. De nuevo lo castigó terriblemente con las espuelas, haciéndolo saltar y alzarse desordenadamente, hasta que, enloquecido el animal, disparándolo de nuevo contra los batientes cerrados, vino a estrellarse sobre ellos en una pechada formidable que estremeció todo el edificio y a cuyo golpe la puerta se hundió totalmente desencajada.

Quedó aturdido por la conmoción, sobre el caballo caído en el zaguán.

Rápidamente reaccionó, al mismo tiempo que la bestia se incorporaba. Sentía el rostro mojado. Se pasó la mano y se la vio empapada en sangre.

Recobrados los estribos, la lanza empuñada y ya en el interior, vio un hombre que corría dificultosamente hacia el fondo, intentando huir. Con gran esfuerzo procuraba escalar una pequeña pared que daba al campo.

Apresuró el caballo para alcanzarlo antes que tuviera tiempo de escapar. El hombre que escalaba el muro lo vio venir con los ojos espantados. Su aspecto debía ser terrible, la cara sangrienta, los ojos airados, lleno de sudor y de tierra, tan terrible que el fugitivo lanzó un grito de angustia. Tal vez iba a hablar implorando, pero Presentación Campos, que ya estaba sobre él, con un movimiento seco, le arrojo la lanza, que vino a hundírsele en el costado. El hombre se sostuvo aún un instante, luego cayó a tierra, inerte y muerto, como fruto maduro.

Lo vio caer y después se aflojó sobre la montura, vencido por el dolor en la frente. Sentía vértigo. Unas manos lo ayudaban a bajar de la silla. Era una mujer. Era una mujer morena que con un trapo le contenía la sangre de la herida y que decía entre dientes:

—¡Qué horror, se matan como animales!

La mujer lo arrastró hasta el interior; lo tendió en una cama junto a otras muchas camas, donde dormían otros hombres, y con un trapo limpio mojado en agua fresca comenzó a lavarle la herida.

De afuera venían los alaridos de la lucha y uno que otro disparo que quedaba resonando en los ecos, por entre las anchas paredes de la casa.

La degollina duró hasta que solo quedaron cadáveres, y entonces comenzó el saqueo. Marchando por sobre los muertos que estorbaban el paso, la soldadesca transportaba los objetos que despertaban su avidez: gallinas, cerdos, cobijas, un pedazo de espejo; desnudaban los cuerpos para robarles las vestiduras, dejando las carnes lívidas desnudas, sombríos los profundos huecos de las heridas. Las últimas luces de la tarde encendían los coágulos azules.

Habían hallado aguardiente y algunos soldados comenzaron a embriagarse celebrando el triunfo.

El coronel Zambrano, en busca de Campos, llegó a la casa donde este se

encontraba. Un soldado le había referido la salvaje acción.

Entró en el espacioso recinto llamándolo a gritos:

—¡Campos! ¡Campos! ¿Dónde está usted?

Vio en el patio el caballo con las señales del recio golpe. Por una puerta salió la misma mujer que había cuidado al herido.

—¿Usted quién es?

—A mí me llaman "La Carvajala".

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Yo! Cuidar unos heridos.

El coronel se puso a observarla en detalle y la halló de su gusto. Tenía el tipo de las mujeres del campo, un poco gruesa y pesada, pero como plena de una maternal gracia. Iba vestida de ancha enagua estampada de flores azules y rojas.

—¿Usted no ha visto al hombre que montaba ese caballo?

Antes de responder, por una instintiva reacción de defensa, la mujer trató de averiguar primero las intenciones del recién venido.

—¿De qué hombre habla usted?

—¡Del que venía en ese caballo!

—Pero, ¿quién es? Para yo poder saber.

—¡Ah! Es para saber. Pues es un oficial mío.

—¿Oficial suyo?

—¡Sí, mío! Yo soy el jefe de la gente que acaba de entrar.

—Entonces sí está aquí. Pero está herido.

El coronel quiso entrar inmediatamente a las habitaciones, pero la mujer lo sostuvo por un brazo.

—No, antes que usted entre me toca a mí hablarle.

La dejó hacer.

—Hable, pues.

Vacilaba para decir algo que temía produjese efectos contrarios a los que se proponía.

—¡Pues ahí va! Este es un hospital.

—¡Ajá! ¿Un hospital de qué?

—De insurgentes. Pero no son sino unos pocos hombres mal heridos y enfermos que no pueden ni defenderse. ¡Por vida suya, no les vaya a hacer nada! Por aquí pasó una fuerza y los dejó, los dejó con unos quince hombres para que los cuidaran. Con esa gente es la que ustedes han estado peleando.

—¿Y aquí no hay ninguno escondido?

—No, señor. Ninguno de esos pobres puede moverse. Aquí el único que pudo coger un fusil era uno que estaba baleado en una pierna.

—¿Dónde está ése?

La mujer, por toda respuesta, señaló hacia la pared del fondo, donde estaba el hombre que había matado Campos. El coronel se acercó a verlo. Yacía doblado sobre sí mismo, verde, con la angustia detenida en la cara muerta. En la caída se había hundido aún más la lanza; gran parte del asta penetraba en la carne. Le apoyó un pie en la espalda y tirando con fuerza logró arrancar el arma. El metal estaba cubierto de una sangre espesa y negra, sobre la que se destacaban menudas islas de médula.

Después, frotándosela sobre la tierra y las hierbas del patio, lo limpió hasta que la hoja brilló de nuevo.

La mujer lo veía hacer silenciosamente, sin compunción, sin horror.

—Ahora, ¡llévame adonde está el herido!

Ya no podía decirle usted; era una confianza imperiosa que le había nacido con respecto a ella después que lo había visto recuperar la lanza.

Lo guió hasta la sala, donde estaban alineadas las camas. Había hasta diez hombres, tendidos sin conocimiento, que no lo sintieron entrar. En el último lecho, junto a la pared, Campos parecía dormir.

—¡Epa, amigo! ¡Alza, arriba! ¡Aquí le traigo la cuchara, que la dejó en el plato!

Y puso la lanza junto a la cama. La mujer intervino:

—No, señor. Déjelo quieto. Ahora le conviene más reposarse.

El coronel lo observó un momento. Tenía la frente vendada y el traje manchado de sangre y de tierra. Daba la impresión de dormir profundamente.

Respiraba con fatiga por la boca abierta.

—Sí, es verdad. Tú tienes razón. Hay que dejarlo tranquilo. ¡Hoy se portó como un macho!

Se sentó en el borde de la cama y guardó silencio. En el cuarto empezaba a acentuarse la penumbra del crepúsculo. El escandaloso griterío de los hombres ebrios venía desde afuera y chocaba desagradablemente con la paz del interior. Una voz aguda dominaba todas las otras, cantando con la entonación monótona y como de lamento con que cantan los ganaderos:

Los negros y los zamuro ooo o…
son del mismo parece eeeee;
los negros son malicioso ooo o
y los zamuros tambié eee ee.

Gritos penetrantes hacían coro y muchas voces repetían en diferentes tonos el cantar:

—Los negro ooo o…

—¡Epaáa! ¡Voy que me quemo!

—Los zamuro ooo o…

El coronel oyó un instante, silenciosamente, y luego, incorporándose, dijo:

—Ya la gente se me regó. ¡Vamos a pararlos!

Cuando salió a la calle era de noche, y entre la oscuridad de la plaza se advertía la aglomeración.

Llamó a un hombre que pasaba cerca.

—¡Llámeme al corneta!

El hombre no lo reconoció.

—¡Guá! ¿Y para qué tiene esa bocota?

Instantáneamente sacó el machete y le cruzó la espalda de un planazo. Fue a dar a tierra, donde quedó retorciéndose de dolor largo rato.

Pasaba otro:

—Yo soy el coronel. Llámeme al corneta.

El soldado, habiéndolo reconocido, partió velozmente a cumplir la orden. Pasó algún tiempo, lleno de la continua gritería de los hombres. Estaba apoyado sobre el machete desnudo. El hombre castigado se levantó y se marchó sigilosamente, al ras de las paredes, mugiendo.

Poco después regresó el enviado trayendo por un brazo un negro enorme, casi desnudo, completamente ebrio, con una corneta brillante amarrada a la cintura.

Saludó y se fue, dejando al negro bamboleante delante del coronel.

—Toque silencio.

—Sí, señor —respondió el corneta.

Pero la torpeza de las manos no le permitía desatar el instrumento.

—¡Ande, pues!

La continuidad de las órdenes, aumentándole el estado de excitación nerviosa, lo hacía aún más torpe.

—¡Ande, pues, le estoy hablando!

Al fin logró empuñar la corneta.

—¿Qué es lo que voy a tocar? —preguntó con voz difícil.

—¡Silencio! ¡Ya le he dicho!

—Sí, señor, mi coronel.

Se la llevó a la boca y quiso empezar a soplar, pero la suma ebriedad no le permitía hacerlo eficazmente. Apenas si logró emitir un sonido estrangulado, discordante y breve.

Aquel son desusado llamó la atención del resto de la tropa, que se volvió a ver lo que pasaba.

Ante la ridícula escena la ira del coronel Zambrano llegó al paroxismo. El pobre negro, en medio de la borrachera, temblaba de pavor. Sus ojos solo veían el machete desnudo.

—¡Toque silencio le he dicho!

La voz era penetrante y resuelta.

El terror y la ebriedad hicieron imposible la nueva tentativa. Desde la gruesa boca del negro, al través del cobre reluciente, salió un bramido áspero.

Los otros no vieron sino el brillo del arma, el cuerpo que se desplomaba en tierra, el ruido de la corneta que saltaba sobre las piedras y la terrible voz de Zambrano, que se marchaba maldiciendo, por la oscuridad, machete en mano.

Después volvieron a renacer las voces en la plaza, los gritos y las alegres exclamaciones. Tornaba el canto agudo de ganadero:

Los negros y los zamuro ooo o…

Presentación Campos fue abriendo los ojos lentamente. Se sentía como en el aire. Las sombras que invadían el cuarto le ayudaban la vaga sensación. Carecía completamente de toda noción del sitio en que se hallaba. Advertía las otras camas que estaban junto a la suya y el relieve de una persona sentada a sus pies. Hacía esfuerzos por recordar. Pasándose la mano por la frente palpó el vendaje. Debía estar herido. Recordaba: la puerta, el caballo, el hombre subiendo la pared…

Aquella sombra a los pies de la cama:

—¿Usted quién es?

—A mí me llaman “La Carvajala”, señor.

¡Ah!, era una mujer. No recordaba haberla visto.

—¿Qué hace usted aquí?

—Cuidarlo.

Era una buena mujer. Lo estaba cuidando.

—Muchas gracias. ¿Estoy mal herido?

—No, señor. Nada de eso. Solamente el golpe.

Le alegraba saberse levemente herido. Se sentía contento de continuar en posesión de su vida vigorosa.

—Bueno, ¿y se tomó el pueblo?

—Sí, señor. Hace un rato su coronel estuvo a verlo.

Él no tenía ningún coronel. Andaba con el otro, pero mandaba su gente. No tenía jefe.

—Yo soy Presentación Campos. Esa es mi gracia.

Lo dijo con orgullo y después guardó silencio, cerró los ojos y quedó un rato como adormecido. Sentía gratitud por la mujer que lo cuidaba. Deseaba poder pagarle de alguna manera digna. Regalarle una onza de oro, un camisón de zaraza. Por una rápida asociación de ideas se le ocurrió que, acaso, aquel que había matado casi delante de ella era su hermano o su hombre.

—¿Usted no me tiene rabia?

—Ningunita, señor.

—¿Ninguno de su gente ha sufrido hoy en el asalto?

—Ninguno. Yo no tengo a nadie.

Aquella respuesta lo consolaba. Se sentía como más seguro o más en confianza. Casi como si estuvieran de acuerdo sobre no sabía qué cosa. "La Carvajala" veía con inquietud que el herido hablaba mucho.

—Mejor es que se duerma y no hable tanto, porque si no le va a hacer daño.

Él sonrió.

—¿Y si no tengo sueño?...

Y después de un rato:

—Mire, yo no me puedo dormir. Si usted no quiere que yo hable, hable usted. Cuénteme algo. Cuénteme, por ejemplo, su vida.

La mujer rió con sorpresa, pero en el fondo, con halago, porque aquella curiosidad, en cierto modo, le daba importancia a su vida.

—Ahora sí es verdad que estamos bien. ¡Ya ve! ¿Qué voy a contarle yo? Si acaso le inventaré una pila de disparates.

—Déjese de embustes y cuente.

Los dos se quedaron en silencio; al fin ella comenzó:

—De verdad, verdad, no sé qué contarle. Mire, es que es difícil. Bueno, pues. ¡Uh! ¡Ah, cará! ¿Cómo es la cosa? Yo nací...; déjeme ver...; yo nací...; ¡ah, carrizo! Ya ni me acuerdo.

Campos gozaba oyéndola hilvanar su ingenua historia. Cerró los ojos para oírla mejor.

—Bueno. Yo nací en el Llano. Mucha sabana…, sabana…, sabaaaana…; toditico plano…, planiiito… ¡Da gusto! Pero una es muy sinvergenza. Ya desde muchacha me empezaron a picar las patas. No me hallaba. ¡Y no sé cuándo, pero cogí ese camino y me despegué! Y ándate que te andas, me caminé una porción de pueblos…

Oyéndola, se había dormido. “La Carvajala” lo abrigó con la manta y se marchó sobre la punta de los pies. Se había dormido profundamente. Todavía se erigían gritos aislados en la plaza; pero la mayoría de los hombres roncaba echados en tierra, agotados por la fatiga y la borrachera. En la sombra de la noche, los vivos y los muertos se confundían. Todo el batallar, todo el agitarse de la destrucción, de la angustia, de la furia, del gozo, se había derrumbado en el sueño sombrío y silencioso.

Cuando el herido abrió los ojos de nuevo, una luz clara llenaba la estancia. A los pies continuaba “La Carvajala”. La vio con mirada distraída, se pasó la mano por la frente, no sentía dolor y la fiebre había desaparecido. La luz, reflejada en las paredes blancas, adquiría vislumbres azules como de agua profunda.

Incorporándose sobre un brazo advirtió por primera vez los otros heridos. Todos sumidos en la modorra invencible de la fiebre. Sobre el catre más próximo estaba tendido un negro con el vientre envuelto en una faja de trapos manchados de sangre seca; más allá, un hombre con la cabeza cubierta de vendas sucias, por entre las que salían hojas verdes, y luego, en el suelo, sobre cobijas azules y rojas extendidas, yacían otros, medio desnudos, cuyas heridas no acertaba a distinguir.

“La Carvajala” lo veía inquirir con la vista sobre todo el montón de miserables y guardaba silencio esperando a que hablase.

Al fin dijo:

—Bueno. ¿Y quién son estos?

El mismo miedo y las mismas precauciones que había tomado para confiarse al coronel español volvieron a intervenir en su discernimiento. Había presenciado una hazaña brutal de aquel hombre que ahora le preguntaba y temía por la suerte de los pobres seres indefensos.

—¿Por qué no contesta?

Al preguntar ardía en sus ojos una tal luz confiada y viril que ella no pudo evadir la respuesta, y, como sometida por una especie de fascinación, dijo la verdad:

—Son unos insurgentes heridos.

—¡Ajá!

—¡Sí! Y yo se lo digo porque sé que no les va a hacer mal.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con aquella sonrisa que le desnudaba los dientes magníficos, de manera semejante a la de los animales carniceros cuando amenazan.

La mujer bajó los ojos y no respondió.

Continuaba observándolos. Los veía silenciosos, sumidos en el dolor, como muertos, carne dolorosa, vestida de sufrimiento e impotencia, y no sentía lástima ni compasión, sino orgullo. Orgullo de sus fuertes músculos, de sus destructoras manos, de su vida rebelde. Los insurgentes. Aquéllos eran los hombres que él iba a destruir. Aquellos montones de carne destrozada y muda. Eran sus enemigos, carne rota y llagada. Ahora que estaba de nuevo en posesión de su robustez, que sabía que su herida era leve, los miraba con desprecio. Piltrafas vencidas. No los conocía. Jamás los había visto. No sabía quién era, ni qué pensaba, ni qué había propuesto aquel hombre, tendido sobre el suelo, con la cabeza envuelta en harapos y hojas. Ni los otros. Pero habían sido vencidos. Eran la obra de destrucción de alguien que debía ser fuerte, arrasador y orgulloso como él mismo, y de quien se sentía solidario, continuador y semejante. Era el prójimo del poderoso, y no del débil, del destructor y no de lo destruido.

"La Carvajala" lo observaba.

Aquella mujer lo había cuidado a él; también los había cuidado a ellos. Era amiga de los débiles; le gustaban los vencidos. Ella tampoco era de su naturaleza.

—¿Usted es quien los cuida?

Comprendió o vio que asentía con la cabeza, y fue como si ella lo renegara. La sintió mezclarse a los otros, tomar su consistencia y naturaleza. Hacérsele enemiga. Por reacción natural de su carne, quiso infligirle un sufrimiento, un dolor, una destrucción.

El negro del lecho vecino no daba señal de vida. Por más que se esforzaba no le advertía la menor expansión respiratoria del pecho. Acaso estaba muerto. Ella lo cuidaba. Si estuviera muerto, tal vez ella sufriría.

Tenía cubierto el rostro de un tinte ceniza que es la palidez de la muerte en los hombres de color; las pupilas semicerradas, traslucían el blancor de los ojos; la gruesa mano estaba abierta sobre el costado, y en la boca espumosa, sobre los dientes grandes y blancos, moscas negras y moscas tornasol pululaban. Debía estar muerto. Veía la faja de trapos manchados alrededor del vientre. Pensaba en la herida ancha que le había volcado afuera las tripas como un nido de serpientes.

—¿Qué es lo que tiene ese negro?

—Está herido en la barriga. Un lanzazo.

—¡Uh! Ya lo sabía. Está muerto.

—¿Usted cree?

Preguntó mientras se acercaba para cerciorarse. Presentación Campos espiaba algún movimiento de terror o de dolor en la mujer. Esperaba la impresión en el rostro de ella con una sádica delectación.

"La Carvajala" llegó al lecho del negro, le entreabrió los párpados y vio que toda la pupila estaba vuelta hacia adentro; después, dejando resbalar los dedos a todo lo largo del pecho, le tomó la gruesa mano, la levantó, la sintió fría y pesada y la dejó caer; el brazo se descolgó fuera del lecho, y la mano negra y basta penduleó en el aire, como si ahuyentara un insecto.

Después, con toda calma, dijo:

—Sí, es verdad. Está muerto.

Aquella inesperada reacción desconcertó a Campos.

Con movimiento brusco se levantó del lecho e inició unos pasos para salir a la calle; pero violento oleaje de vértigo le ganó el cerebro y todo comenzó a girar a su alrededor. Creyó que iba a caer. La fatiga, la pérdida de sangre, el vértigo. "La Carvajala" vino en su auxilio y lo sostuvo.

Fue solo un instante, y de nuevo volvió a sentirse firme y seguro. Dio las gracias y continuó marchando solo hasta llegar a la calle.

Recordaba vagamente el aspecto del pueblo; sólo lo había visto por breves instantes entre la furia de la pelea; pero a la sola vista que ahora presentaba comprendía que había cambiado totalmente.

A todo lo largo, la única calle estaba cubierta de restos de muebles, cadáveres, montones de madera, ceniza y ruinas de casas; de los ranchos sólo quedaban estacas carbonizadas, y todo ello a la falda de la colina roja, bajo el cielo de barro azul de la mañana hacía un contraste extraño.

Hacia el otro extremo, por entre los árboles de la plaza, se oían las voces de mando del coronel Zambrano, que organizaba su tropa.

Presentación Campos se dirigió hacia él. El negro Natividad venía a su encuentro.

—¿Qué hay, mi jefe? ¿Está mejor?

Le contestó con un rezongo agresivo que atemorizó al otro y lo hizo retirarse.

El coronel lo vio venir con la cabeza envuelta en el vendaje.

—¿Qué hay, mi amigo? ¿Ya como que le pasó la cosa?

—Sí, ya estoy bueno otra vez.

Un negro se acercó, trayendo un caballo nuevo, enjaezado con una montura vaquera de muchos colores.

—Este lo desencamé en el pueblo para usted, mi jefe.

Sin dar las gracias, tomó el caballo y montó.

Sobre el bruto le renacían más fuertes el orgullo y la confianza. Después de dar unas órdenes, el coronel vino a su lado.

—Bueno, ahora nos vamos, ¿ah? Ya aquí no queda sino el rastrojo.

—¡Nos vamos!

Pero el coronel lo miraba con una persistente y maliciosa sonrisa. No atinaba a comprender a qué se debía aquel regocijo irónico.

De nuevo, recalcando las frases, volvía a decirle:

—Nos vamos. ¿Está seguro de que no se le olvidaba nada?

No comprendía, y comenzaba a molestarlo aquella insistencia.

—No sea mal agradecido. ¡Después que lo cuidaron tan bien!

Ahora comprendía que el coronel hablaba de "La Carvajala". Para hacer ver que no le agradaba la insinuación enarcó las cejas y se abrió, al paso del caballo, solo, bajo los árboles de la plaza.

A las voces del coronel comenzaba a ponerse en marcha la montonera. Desfilaban desordenadamente cargados con las armas y con el botín del saqueo. Algunos llevaban una gallina amarrada a la cintura; otros, sobre el hombro, bajo el fusil, una colcha amarilla; otros un par de botas.

Presentación Campos los veía desfilar. Los hombres del coronel Zambrano, los suyos. Cambiando de posición vio allá, en la puerta de la casa, a "La Carvajala", que decía adiós con la mano a la tropa que se iba.

Con resolución rápida llamó a uno de sus hombres montados:

—Venga acá. Déme ese caballo.

Tomó las riendas que le entregaba el soldado, y, apresurándose, llegó adonde estaba la mujer.

Envuelto en su mirada absorta, ella lo veía acercarse.

—Móntese en ese caballo —dijo autoritariamente.

Sin responder, con obediente humildad, "La Carvajala" montó sobre la bestia y lo siguió paso a paso.

X

Hecha de la sombra de las montañas, del viento de los ríos, de las escamas azules del cielo, llega sobre Villa de Cura la noche lenta y quieta.

Quieta y lenta sobre la ciudad empavorecida. Por la tarde más de la mitad de la guarnición había sido destacada precipitadamente hacia San Juan de los Morros.

A lo largo de las calles sombrías se oían los gritos solitarios de los centinelas, y bajo la noche, madura de todas las estrellas, apenas si ardían una que otra luz pequeña en el poblado y algunas fogatas en la sabana abierta.

Boves invadía con siete mil lanceros. Siete mil caballos cerreros en avalancha sobre los campos, y sobre ellos, siete mil diablos feroces, y en sus manos, siete mil armas de frío hierro mortal.

Toda la tarde estuvieron saliendo las gentes que emigraban de miedo. La sabana se llenó del disparatado movimiento de la fuga. Solos, en masa, por distintos rumbos se iban. Angustia de los hombres por salvar su dinero. Angustia en los gestos, en las voces, en los silencios. Se iban todos. Angustia de las mujeres con el racimo de sus hijos a la espalda. Angustia de los animales. Un burrito gris cargado de niños y de muebles. En todas las carnes, en todos los ojos, en la profundidad de las almas, el amarillo resplandor del miedo.

Boves invadía.

Se abandonaba todo. La tierra, sembrada largos años; la vieja casa, donde era dulce estarse el tiempo ocioso. Un frío viento de muerte los arrastraba. Ansiaban estar lejos, ser transportados milagrosamente por los aires. Huían descorazonados.

Boves invadía con siete mil lanceros.

En Villa de Cura las casas están vacías; la ciudad, desierta. Al precio de los bienes, de la comodidad, los pobladores, enloquecidos de terror, se han fugado para salvar la vida precaria. Sólo quedan unos pocos miserables. Andan por los rincones, buscan la sombra, temen hablar en voz alta, se percatan de sí mismos con asombro y les parece que la vida se les ha ido, fatalmente, caminando con los otros. Una mendiga, al pie de un árbol, masca lentamente una fruta, y un niño llora desconsolado, como si el mundo fuese a ser destruido. Los hombres morirán, los campos serán talados, la ciudad toda arderá de un fuego nocturno, en el que se adivinarán las sombras del baile de los diablos.

Siete mil caballos cerreros en avalancha sobre los campos.

En el fondo de las casas, los viejos, los que han vivido largos años y tienen las pupilas acostumbradas a la tierra, sienten que ya no podrá vivir nadie más nunca. Sienten con desesperación que los hombres ya no sabrán hacer otra cosa que destruirse mutuamente, y temen que sus vidas sean un pecado horrendo que castiga un dios implacable.

La tierra de Venezuela va a ser destruida, y los hombres huyen, huyen con la obstinación de los locos, de los empavorecidos, temiendo que el esqueleto se les vaya a escapar de la carne.

Los que han quedado inválidos, mujeres valerosas, ancianos que desean morir para descansar de los horrores no comen, no trabajan, no viven, están esperando la muerte segundo por segundo, la sienten crecer como una maléfica planta.

Asomados a las puertas, con la vida concentrada en los ojos, han visto la última carreta cargada de niños que se iba, la última espalda de fugitivo que se borraba en un recodo, y las rondas de soldados republicanos que van por

las calles de la ciudad sin habitantes, y después, todo el día aquel gran silencio horrible de las cosas sin vida, del cielo solitario sobre el campo inmóvil, del campo bajo el cielo impasible, del viento que hace sonar las hojas.

Siete mil lanzas de frío hierro mortal.

Por la noche, la sombra se llena de fantasmas. Duendes de tabaco rojo rompen las tejas, pasan pasos, las gallinas alharaquean, un perro ladra como a los aparecidos. Arde la luz de sebo dentro del caserón desierto, y las pocas gentes no pueden dormir. No hay luna. Canta un gallo. Se oye la voz del centinela, que se va dando tumbos por los ecos. Alguien dice: "Boves viene", y una vieja, rostro de tierra agrietada y ojos de agua tranquila, toda estremecida, se persigna.

En lo abierto de la sabana, alrededor de las fogatas, los escasos soldados de la guarnición velan y conversan. Los resplandores de las llamas proyectan y entremezclan las sombras en un complicado tejido.

Casi todos son mozos, y en alta voz chancean de manera macabra. Cerca del fuego, uno dice al otro:

—¡Ah, mi vale! Coma bastante, porque lo que es mañana le sacan el tripero.

—¡Ah, buen pescuezo negro para un machete!

Hay hombres flacos del Llano, corianos de cabeza redonda, orientales parlanchines, hombres de Guayana.

Han venido de los cuatro confines, y la guerra los ha mezclado y confundido. Alguien cuenta una aventura; otro, su vida; alguno, un recuerdo que lo pone triste.

—Yo serví con el general Miranda. A ese hombre se le enfriaba el guarapo. En aquella tropa no se peleaba nunca. Todo el tiempo los jefes se lo pasaban en banquetes y fiestas y discurseaderas. Con razón los pelaron.

Y otro replicaba:

—¡Feliz usted, viejo! Yo me mamé con el general Bolívar la campaña desde Cúcuta hasta Caracas. Ahí sí fue verdad que hubo plomo. Por donde uno pasaba no quedaba sino el "muertero". Ese sí es un jefe.

Alguien adelantaba un reparo:

—A mí no me parece. Ahora le están dando mucho palo.

—¿Mucho palo? ¡Qué va, zambo; ese es mi gallo! Con el general Bolívar voy yo donde sea.

Más allá, un negro contaba a su auditorio espeluznado:

—En Caracas, todos los días en la Plaza Mayor fusilaban ese gentío. Cuanto español le caía en las manos al general Arismendi lo hacía fusilar. ¡Todas las mañanas había ese muertaje! Yo era el que los llevaba a enterrar. Recogía el pilón de gente arriba de un cuero de res y los llevaba arrastrados por un caballo hasta el camposanto. Iban todos revueltos: ojos con tripas y manos. Por un lado salía una pata y por otro una cabeza, ¡y ese sangrero!… Y sucede que un día, ¡ah, malhaya!, va y cae el que era el amo mío, un isleño "pichirre" y maluco. Le mandan su tirote y me toca a mí arrastrarlo con los otros muertos. Al condenado lo puse yo encimita, hasta por consideración. Le eché látigo al caballo, un "muérgano" más flaco que un arpa, y me fui silbandito al lado del cuero que hacía bulla. ¡Y cuando salgo de la ciudad para afuera, siento que me agarran una canilla con una mano fría!… Yo no me atreví ni a ver para abajo del puro miedo. Pero, al fin, voy y veo al condenado del isleño que, con los ojos peladotes, me tenía agarrada la canilla. La carrera que pegué la fui a parar al Valle…

Un llanero hablaba:

—¿Cuándo se acabará la guerra para irme? Tan bien que estaba yo antes. Tenía caballos de mi silla y no tenía que verle la cara a nadie. Y van y me reclutan. "¡Para la guerra, a hacerse rico!". ¡Qué rico ni qué rico! Yo, hasta ahora, todo lo que he sacado es un tiro en una pata.

—¿Y con quién empezaste tú?

—¿Yo? ¡Guá! Con Boves. Que sí y que nos iba a dar real. Que sí y que era la primera lanza del Llano.

—¿Y qué hubo?

—¡Guá! Nada. Me cogieron preso y me quedé de este lado.

Un guayanés, con cara triste, describía el Orinoco a unos soldaditos asombrados:

—¡Ay, mi hijo! El que no ha visto el Orinoco no ha visto agua.

Aquellos hombres, de todos los extremos del territorio, reunidos para la destrucción de la guerra, se hablaban con amor de sus lugares. Se destruían los unos a los otros un poco inconscientemente. Sin quererlo, se habían venido de sus tierras, y el juego con la muerte les daba la tristeza de no verlas más.

Por sobre la sabana de la Villa, por sobre el fuego y las conversaciones de los soldados, flotaba la humedad del peligro, que había dejado la ciudad casi desierta.

Poco a poco se extinguieron las luces y fueron callando las voces.

Dentro de cada cerebro, que el sueño iba a ganar, un débil eco cantaba, como un alerta de campana; "Boves viene", y el dormir se ahuyentaba y un escalofrío sacudía la carne.

Desde lejos, por dentro de la sombra, venía una voz que se extinguía sobre los hombres y las casas solitarias, y por la noche inmensa, una voz que no se sabía si era el canto de alguien o un mudo rumor que crecía dentro de cada uno, y decía un cantar del pueblo:

La iguana y el "mato" de agua
se fueron al Orinoco;
la iguana no volvió nunca,
ni el "mato" de agua tampoco…

Después, el silencio ponía su sustancia compacta sobre todos los vacíos. El sueño libraba su batalla quieta. Bajo las estrellas empezaban a morir las luces que florecían la sabana.

Los centinelas hacían su recorrido, avizores e inquietos, con el fusil listo.

Boves invadía con siete mil jinetes.

Un centinela vio tres hombres a caballo que emergían de la sombra; velozmente dio fuego a la mecha, se echó el fusil a la cara y dio su grito:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Republicanos —respondió uno del grupo.

El hombre, apuntándolos aún, habló de nuevo:

—Desmonten de los caballos y acérquense.

Los tres viajeros obedecieron. Descabalgaron y se aproximaron al centinela, quien, amenazándolos siempre, los colocó delante de él y les hizo marchar a través del campamento.

Algunos soldados despiertos, se levantaban a ver los tres desconocidos, y ellos, a su vez, miraban con curiosidad los hombres tendidos alrededor del fuego.

Después de atravesar gran parte del terreno, el centinela y los tres hombres llegaron frente a una pequeña casa aislada: techo de paja, paredes de bahareque y sin ventanas, a cuya puerta montaba guardia un soldado.

—Avísele al coronel que aquí traigo a estos tres hombres.

La ordenanza entró, cumpliendo la indicación, y salió al instante.

—¡El coronel, que entren!

Pasaron al interior. Era como una caja estrecha. A un lado, las patas en X de un catre; en el centro, un cajón; sobre el cajón, un candil de aceite, cuya luz iluminaba un montón de papeles y la cara de un hombre, sentado en otro cajón más pequeño; grandes bigotes, barbas cerradas y unos ojos amarillos como de vidrio. Junto al catre, al alcance de la mano, un sable de puño de plata.

Observaba los tres hombres, sobre todo a un rubio, de patillas, que daba señales de fatiga extrema o de enfermedad. Vio al centinela, firme, aguardando.

—Está muy bien. Tú puedes irte.

Saludó, dio media vuelta y desapareció por la puerta estrecha.

Cuando quedó con los tres forasteros, tomó una actitud despreocupada, sacó del bolsillo un pedazo de tabaco negro, mordió una punta y comenzó a mascar con delicia, lentamente. Estiró las piernas, se pasó la mano por el bigote, y, sin dirigirse a ellos, mirando hacia la puerta, como si hablara solo, preguntó:

—¡Bueno! ¿Ustedes saben dónde están?

—Sí, señor —respondió uno de los tres—: en la sabana de la Villa, entre tropa republicana.

—Pues, sí. Han adivinado. Este es un destacamento del ejército libertador, y yo soy su jefe, el coronel Roso Díaz. ¿Ustedes quiénes son?

Los tres se miraron las caras, hasta que uno de ellos se adelantó y habló:

—Coronel, yo soy Fernando Fonta, hacendado de Aragua, y los señores son el capitán inglés Jorge David y Bernardo Lazola, de Caracas. Venimos buscando el ejército libertador para reincorporarnos.

Antes de responder, el coronel tornó a observarlos un buen rato. Después, como siguiendo un impulso, los invitó a sentarse. Los tres se sentaron en tierra, sobre las piernas cruzadas.

—¡Ajá! ¿Y por qué lado vinieron?

Fernando contestó:

—Pues nosotros salimos de “El Altar”, una hacienda que queda por detrás de La Victoria. Llegamos a la laguna y la costeamos hasta Magdaleno, y allí descansamos para tomar informes.

A esa noticia, el coronel sonrió maliciosamente.

—¿Y qué les pasó en Magdaleno?

—Pues, a decir verdad, aparte de que nos robaron los caballos, no nos pasó gran cosa.

—¡Ajá! ¿Conque les robaron los caballos? ¡Mire, pues! ¡Que gente tan lavativosa! ¿Y quién se los robó?

—Parece que entre un indio raro, que llegó por la noche, y el posadero. El posadero nos dijo que era un oficial republicano.

—¡Ah, hijo e puya! ¿Conque dijo eso? Pues se lo vamos a tener en cuenta. A la primera pasada por Magdaleno le pegamos candela.

—En la misma posada nos informaron de la situación de los ejércitos. Las tropas republicanas, alrededor de la Villa, hombres de a caballo.

El coronel sonrió de nuevo.

—¡Pues, mire! El nido de vagabundos esos no supo ni informarlos.

Siete mil hombres es lo que tiene Boves. ¡Y sepa, para otro día que pase por Magadaleno, que ahí todo el mundo es godo!

Los tres enmudecieron, temiendo haber encolerizado al coronel Díaz, que continuaba envolviéndoles en la mirada de sus ojos amarillos e inexpresivos, como queriendo penetrar las intenciones tras la máscara engañosa de la fisonomía… Fernando, de rostro moreno y simple; Bernardo, de facciones enérgicas, y el inglés, rubio y noble.

—Y usted, "musiú", ¿qué viene haciendo por aquí?

El inglés, que parecía no sentirse bien, contestó con dificultad:

—Yo he venido a luchar por la Libertad. A colaborar con el general Bolívar.

A este nombre, la expresión de Roso Díaz cambió instantáneamente; del aire burlón y desconfiado que había mantenido durante la conversación, pasó a grave y trágico.

Habló solemnemente:

—Yo no sé si ustedes han venido a ayudar al Libertador o si son unos espías. De todos modos, no me interesa. Si han venido de buena fe, son unos hombres, y el coronel Roso Díaz se lo agradece. Si han venido de espías, son unos brutos, porque aquí ya no hay qué espiar. Estamos en el cabo de la vela y es muy posible que mañana no duerman sino los muertos. Así es que, espías o no, mañana van a llevar plomo junto con nosotros.

—Hace usted mal en desconfiar —le respondió Bernardo—, porque probablemente no hay nadie en el ejército de mejor fe que nosotros. Por el momento no podemos demostrárselo, pero tal vez después lo podamos. Debe usted creernos.

El coronel volvió a sonreír.

—Ya yo les dije que a Roso Díaz no le importaba nada eso, porque de todos modos los va a meter al plomo.

Después de una pausa, en la que volvió a mascar tabaco con delectación, agregó:

—Las cosas están muy feas. Boves viene empujando con una caballería invencible, y si no le paramos las patas es muy posible que se vuelva a perder

la República. Todo lo que podemos disponer de tropas se está concentrando alrededor de La Puerta. Yo no he quedado aquí sino con sesenta hombres. Si Boves nos derrota no va a haber quién lo cuente.

El capitán David, acurrucado, con la cabeza entre las manos, temblaba.

—¿Qué le pasa, "musiú"? ¿No se siente bien?

—No, coronel; desde por la tarde vengo sintiéndome mal; no sé si es enfermedad o cansancio.

El coronel se acercó y le palpó el rostro.

—¡Uh! Usted está mal. Tiene el cachete caliente. Venga acá y repósese en mi catre.

Y, ayudándolo, empezó a llevarlo hacia su lecho. El inglés se oponía.

—No, no. Si yo estoy bien así. ¿Cómo me va a dar su cama? No, no.

—¡Ah, cará, "musiú"! No sea porfiado. ¿Dónde se ha visto que un bueno y sano se acueste y un enfermo esté parado? Échese ahí y no hable más.

El inglés extendió sobre el lecho sus miembros doloridos, dio media vuelta y empezó a dormirse.

El coronel regresó al cajón que le servía de asiento.

—Esa es la falta de costumbre de andar por aquí. El que no está acostumbrado se embroma.

Y, luego, siguiendo el hilo de su anterior conversación:

—Pues, mire, como le decía; Boves es el único hombre capaz de acabar con la República. Mientras ese hombre esté a caballo nos tiene en lavativa.

Fernando y Bernardo, a quienes el sueño y la fatiga dominaban, respondían solo con movimientos de cabeza.

—Mañana hay que jugarse el resto.

Roso Díaz, con las piernas estiradas, escupía de vez en cuando saliva negra de tabaco y se acariciaba el bigote espeso y la barba. Comenzaban a oírse los ronquidos del inglés dormido. Los otros dos, recostados a la pared, dormían también. Todo entraba en la quieta bahía del sueño. Tan sólo Roso Díaz, con los ojos inexpresivos, abiertos, veía la llama de la lámpara

y oía el grito de los centinelas alertándose, que saltando de boca en boca daba la vuelta al campo.

Dentro del cansancio, dentro de la honda ausencia del sueño, todos continuaban en la lenta alarma.

¡Siete mil caballos en avalancha sobre los campos!

Suena una corneta. Chorro de metal que sube vertiginosamente y se duerme a ratos en anchos espacios cadenciosos. Tocan a diana. Los soldados se despiertan, ven el cielo verde claro y junto a la mano el arma, y en el arma el recuerdo de la guerra. El grito de metal invade el aire. Lo están oyendo todos, las viejas que rezan dentro de las casas, los niños, el coronel Roso Díaz con sus impasibles ojos abiertos, las hojas de los árboles que no se sabe si estremece el viento o la corneta. El sonido sube y se va por los montes solos y las sabanas abiertas escandalizando la mañana.

Al alarido todos se incorporaban mal dormidos, cansados, con desaliento. El cielo estaba pálido y presagioso.

Apenas había comenzado el movimiento de las gentes cuando llegó en un caballo sudoroso y lleno de polvo, a la carrera, un hombre armado. Desmontó en el rancho del coronel; al centinela que estaba en la puerta dijo:

—Orden del Cuartel General.

No hubo necesidad de que el centinela anunciara, porque al oír la voz el coronel salió a la puerta.

El jinete saludó y le alargó un pliego. Era una orden para que enviara todos los refuerzos que le fuera posible. Antes de responder, Roso Díaz pensó un instante.

—Muchacho —dijo al fin—, ya no me quedan sino sesenta hombres. ¿Qué quieres que haga? Llévate cuarenta.

Y llamando a un oficial dio las instrucciones necesarias para que prepararan cuarenta hombres para salir inmediatamente.

Las órdenes se ejecutaron con rapidez, y al poco rato el destacamento estaba formado a la entrada de las calles, listo a marchar.

El coronel estrechó la mano al jinete con efusión.

—¡Llévatelos! ¡Con lo que queda basta para morir como macho! ¡Llévatelos y que tengan buena suerte!

Y después, ya cuando el hombre había montado y marchaba a reunirse con la tropa, agregó no sin cierta fanfarronería cordial y generosa:

—Y si necesitan más gene, vuelvan a pedírmela.

Y se quedó un poco conmovido viendo desaparecer entre las casas los soldaditos silenciosos que se iban hacia la muerte.

Cuando volvió al interior del rancho halló a Bernardo y a Fernando que rodeaban el catre donde estaba el inglés.

—¿Cómo sigue el "musiú"?

—Dice que se siente muy mal.

En efecto, el enfermo estaba pálido y todo el cuerpo le vibraba con frío profundo.

—Ese hombre tiene calenturas —dijo el coronel—; espérese ahí, que ya lo vamos a acomodar.

Saliendo, llamó al centinela.

—Consígueme un chinchorro y acomódemelo como para llevar un hombre acostado.

Después volvió de nuevo a sentarse sobre su cajón y a quedar mudo.

—Ustedes saben —dijo al rato—, las cosas están peores. Ahora ya no me quedan sino veinte hombres. Aquí como que no se va a salvar ni el gato. Lo que es hoy los zamuros comen de general para abajo.

Y sonriendo, como si quisiera inspirar confianza, terminó:

—¡Qué carrizo!, y después de todo es mejor morirse de bayoneta que de parto. Y como nadie se muere la víspera…

El inglés tiritaba sobre el catre; Bernardo y Roso Díaz, silenciosos; una luz verdosa y húmeda entraba por la puerta, y Fernando oía, veía, esperaba, y una lluvia de angustia le martirizaba la carne friolenta. Comenzaba a darse cuenta de que había engranado en el juego trágico. Hasta ese momento había ido un

poco fuera de la realidad. El dolor, la exaltación, el deseo de venganza, le habían impedido el pleno gozo de su conciencia. Pero ahora, reposado en cierto modo ya lejos de la primera violenta reacción de la ira, se veía a sí mismo y comprendía que, tal vez, había ido demasiado lejos. Las palabras de aquel hombre curtido de guerras anunciando la muerte lo desalentaban, le causaban un estado de malestar. Se sentía incómodo y ansioso.

En la mañana fría, solo, entre desconocidos, era desesperante morir. Un hombre sobre un caballo, un lanzazo, y no poder huir, no poder huir, no poder gritar, no hallar amparo ni socorro. Era horrible.

El centinela regresaba.

—Aquí está el chinchorro, mi coronel.

Ayudado por Bernardo y Fernando, el coronel cargó al inglés hasta la puerta. Afuera, dos hombres sostenían por los extremos, sobre los hombros, un largo palo, del que pendía un chinchorro, donde con cuidado colocaron al enfermo.

—Bueno, muchachos —dijo el coronel—, lleven ese hombre a la iglesia, a casa del cura. Díganle que yo lo mando para que me lo cuide y lo sane.

Y luego, dirigiéndose a los otros dos:

—Y ustedes acompáñenlo, lo dejan bien acomodado y vuelven.

Obedeciendo, los hombres se pusieron en marcha, escoltados por Bernardo y Fernando. Con las oscilaciones del paso el chinchorro bamboleaba fuertemente.

Atravesaron las calles solitarias. Desde las casas algunas gentes los señalaban al paso o salían a verlos.

—¡Miren, miren, un muerto!

—No, ¡es un herido!

—No, qué va. ¡Es un muerto!

El cielo no acababa de ponerse azul. Se anunciaba el día lluvioso, húmedo, y gris; no había sol y los cuerpos no proyectaban sino una vaga sombra diluida en el aire.

Al fin, pasando la plaza llena de árboles, pisaron las lajas del atrio, cubiertas de hojas secas. Sobre la ancha puerta se alzaba la fachada gris, dominada por el campanario cuadrado y blanco.

Uno golpeó la puerta. Se sintió el eco que levantaba el ruido dentro de la vasta nave. Sonido cavernoso y prolongado. Después chirriaron los goznes y apareció por entre las hojas un hombre flaco y pálido dentro de una sotana negra.

—De orden del coronel, aquí le traemos este enfermo.

—¡Ajá! Pasen.

Siguiendo al cura penetraron dentro de la iglesia. Entre las gruesas columnas flotaba espesa sombra manchada por las luces de los vitrales. Chispas dispersas iluminaban los dorados del altar o prendían reflejos en los rostros barnizados de los santos. Olía a incienso. En un rincón, junto a un viejo confesionario, sobre dos bancos que prepararon al efecto, tendieron al capitán David.

Los soldados se marcharon y quedaron el cura, Bernardo y Fernando.

El cura habló primero:

—¿Qué tiene este hombre?

—Yo no sé. Creo que es calentura.

Tras preguntar lo auscultó un poco, tomándole la temperatura con la mano.

—Sí, es calentura. Ahora lo hacemos sudar y se le pasa.

Y se marchó a preparar su remedio.

Estaban los tres solos. En el enorme recinto penumbroso se sentían mínimos y abandonados. Bernardo preguntaba al capitán cómo se sentía, pero a Fernando no le interesaba la conversación. El mismo malestar nervioso que le comenzó en el campamento le continuaba ahora. Aquél podía ser su último día. Su último día dentro de una iglesia desierta, en medio de hombres desconocidos. Un egoísmo violento y cobarde se le revelaba. Había perdido su hacienda, había perdido su hermana. ¿Por qué luchaba? ¿Por qué se había metido en aquel insoportable ambiente de tragedia? Podría haberse ido a vivir tranquilo en cualquier rincón de las Antillas. ¿Para qué la guerra, la horrible guerra? La guerra era buena para aquellos animales: Presentación Campos, Roso Díaz, Boves. No quería morir. Quedar entre el polvo, muerto de una herida desgarrada, junto al cadáver repugnante, debajo de un caballo frío o sobre la sangre coagulada.

El cura volvía con una gran taza humeante, unas hojas y una cobija. Aplicó las hojas alrededor de la frente del inglés, sosteniéndolas atadas con un pañuelo, lo envolvió bien en la cobija y le dio a beber el cálido bebedizo.

El capitán se prestó a todo con docilidad y se tendió de nuevo sobre la cama improvisada. Sentía la cabeza de hierro macizo; le calaba los huesos un dolor insoportable.

—Ahora nos vamos —dijo Bernardo.

Vagamente se emocionaron al despedirse. Tal vez nunca más volverían a verse. Casi tenían la seguridad de ello.

—Hasta la vista —dijeron.

Y se marcharon por entre las gruesas columnas hacia la puerta chirriante. El capitán sonrió con una triste sonrisa viéndolos irse.

El cura aproximó una silla, se sentó a su lado y comenzó a rezar silenciosamente su rosario.

Todo tan quieto, con tan falsas apariencias de calma y, sin embargo, se sentía que de un momento a otro podía entrar la muerte.

El capitán David estaba triste. Tan lejos de su Inglaterra, solo en aquel pueblo, junto a un cura flaco que rezaba sin detenerse. Solo y abandonado en aquella tierra, en medio de los hombres afanados en destruirse. Solo y enfermo. Si, al menos, hubiera una mujer que lo cuidara. Si estuviera la señorita Inés. Su recuerdo lo ponía aún más triste. Como la de ella, así también podía perderse su vida estúpidamente. Con los dientes temblorosos de fiebre se mordía las manos frías. Todo estaba sumido en la penumbra mortal, tan sólo había vida en los labios del cura que rezaba.

¡Boves invadía con siete mil lanceros!

Cuando regresaron al campamento encontraron al coronel Díaz con la espada de puño de plata ceñida y las pistolas en la faja, paseándose de un extremo al otro, como un tigre enjaulado. Las manos a la espalda y la vista clavada en tierra.

Tal era su aspecto de desazón y de anormal inquietud, que prefirieron sentarse en el mismo sitio donde habían pasado la noche anterior, sin decir palabra.

El militar continuó aún un rato paseándose en la misma forma, hasta que al fin, bruscamente, se plantó ante ellos.

—¿Dejaron acomodado al hombre?

Esperaban que iba a comunicarles algo muy interesante y la pregunta los desconcertó. Respondieron moviendo la cabeza.

—Está bien. ¡Mejor así!

Y después de dar otras vueltas, añadió:

—En este momento se está tirando nuestro dado. Boves está atacando en La Puerta.

La noticia les produjo una emoción que no sospechaban. En ese instante la suerte de ellos estaba en manos de otros hombres que podían perderla. Aquél, silencioso y tranquilo, era el momento de vida o muerte.

—La batalla será muy dura. De los dos lados hay coraje.

Y como concluyendo:

—¿Ustedes saben cuánta tropa tiene Boves?

—Sí —respondió Bernardo—, usted mismo nos dijo que siete mil jinetes.

—Sí. ¿Y cuántos cree que son los nuestros?

Y sin esperar la respuesta agregó, gritándolo, mientras se paseaba aún más vertiginosamente:

—Tres mil hombres… ¡Tres mil hombres, nada más!

La afirmación del coronel sumió a Fernando en una angustia incontenible. Todo lo que antes habían sido sólo amagos de temor o inquietud, era ahora miedo desatado. Se mordía el borde del traje, se acariciaba las manos, los ojos le ardían como si fuera a llorar, sentía un grueso nudo atravesado en la garganta. Le parecía entrever la muerte inminente y enorme cerniéndose sobre todos ellos.

—Nos van a sacrificar —gritó al fin.

Bernardo quiso calmarlo.

—¡No, no! ¡Déjame! ¿Por qué? ¿Por qué nos quieren sacrificar? ¿A quién dañamos con vivir, a quién hacemos mal con solamente vivir? Nos van a matar a todos…

El coronel Díaz lo observaba con sorpresa, creyendo que podía estar loco.

—¡Fernando, cállate! ¡Cállate, Fernando! Hay que ser hombre. Ya no hay remedio.

Pero él gritaba más.

—Es imbécil, es estúpido que nos maten como perros, que nos sacrifiquen como ratas. ¡Yo quiero vivir! ¡Yo quiero vivir!

Y después, como en todas sus crisis, empezó a llorar infantilmente.

Sentía odio contra el coronel, contra Bernardo, contra todos los hombres, contra todas las cosas, contra Dios, tan llenos de injusticia, de estupidez, de destructora fuerza.

El coronel, sonriendo, habló a Bernardo:

—¡Uh! Este como que se nos enfermó también.

Bernardo por señas le quería dar a entender que era una crisis de nervios, pero ya él había resuelto consolarlo a su manera.

—No se aflija, mi amigo. ¡Eche para adelante, y no se aflija! Mire, de algo nos vamos a morir. Y, sobre todo, ¿quién le ha dicho que lo van a matar? De lanza se salva uno; de lo que no se salva ni salvándose es de enfermedad y de médico.

El coronel insistía en sus consejos y Fernando en su desesperación, cuando oyeron en la puerta la arrasada de un caballo que se para en seco de una carrera violenta. Un hombre entró, tan agitado y sudoroso como el que había venido en la mañana.

Vio al coronel, lo saludó, y habló con precipitación:

—Coronel, de orden del general Campos Elías, que aliste su gente y la tenga preparada a la entrada del pueblo. También necesito un caballo de remonta para seguir para La Victoria con unos despachos.

—¿Cómo están las cosas?

—Muy mal. Boves viene cargando duro.

Roso Díaz dio orden de que le prepararan un caballo al posta, le hizo servir un trago de aguardiente y, mientras el hombre bebía y se refrescaba del sudor, él se apartó a un lado como pensando en algo grave.

Después mandó al ordenanza a advertir que trajeran dos caballos.

Adentro todos guardaban silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Desde la llegada del mensajero, Fernando hacía lo posible por disimular sus sentimientos.

Al fin llegaron los dos caballos. La ordenanza lo avisó al coronel.

—Muy bien —respondió este.

Y dirigiéndose al posta:

—¿Tú sales ya para La Victoria?

—Sí, señor, mi coronel.

—Bueno, ahí tienes la bestia.

Pero te voy a dar un compañero. Yo también tengo algunos papeles que mandarle al general Ribas.

Tomó de sobre el cajón un puñado de papeles, que contenían relaciones de raciones y otras cosas sin importancia, hizo un lío con ellos y llamó a Fernando.

—Venga acá, mi amigo. Lo voy a mandar con el posta para que me lleve estos papeles al general Ribas, en La Victoria. Dígale también que usted tiene todas mis recomendaciones.

Fernando comprendió el gesto de aquel hombre rudo. Había querido salvarlo.

—Coronel, yo se lo agradezco mucho. ¿Me deja usted darle la mano?

—¡Cómo no, hijo!

Y le tendió su callosa y fuerte mano.

Después abrazó a Bernardo.

—Buena suerte, Bernardo. Que Dios te saque con bien.

Bernardo correspondió melancólicamente. El posta ya estaba sobre la bestia, cuyos bríos se impacientaban; Fernando ocultó el paquete de papeles entre la faja y montó a su turno.

Desde la puerta el coronel volvió a hablarle:

—Felicidad, mi amigo; yo sé que usted no tiene miedo. Eso nos ha pasado a todos. Lo que le falta es costumbre. Y cuente con Roso Díaz, que es su amigo, para cuando lo necesite.

Puso al galope el caballo, llevando a un lado el mensajero, y aun por mucho rato continuó viendo, con ojos manchados de lágrimas, al coronel y a Bernardo inmóviles ante la puerta.

Antes que acabaran de borrarse entre los árboles que limitaban al fondo la sabana, ya el coronel había empezado a dar órdenes para organizar su pequeña tropa a la defensiva hacia la parte del pueblo que daba al camino de La Puerta.

Silenciosamente, los veinte soldaditos evolucionaron sin vacilaciones. Cuando estuvieron formados, Roso Díaz los arengó:

—Bueno, muchachos, ahora es cuando yo cuento con todos ustedes. ¡Que no me falle ninguno! ¡En el nombre de Dios!

El pelotón se puso en marcha al través de la ciudad. Detrás cabalgaban el coronel y Bernardo.

Al sentir pasos en las calles volvían a salir apresuradamente los escasos habitantes. Los niños, los ancianos, las mujeres, las viejas rezanderas. Veían la tropa en marcha y se imaginaban que el destacamento los iba a abandonar.

Una mujer gritó:

—No nos dejen. No nos abandonen.

Y otras voces le hicieron coro y se confundieron a la suya con igual desolado timbre:

—¡Llévennos con ustedes!

—¡No nos dejen morir!

—¡Si nos abandonan, Boves nos va a matar a todos!

—¡Misericordia! ¡Por el amor de Dios, no nos dejen!

A tal punto llegó el incendio pavoroso de los gritos y las súplicas, que el jefe resolvió darles una explicación. Con voz reposada, que dominó el tumulto, habló:

—No, señor. ¡No los vamos a abandonar! ¡Nada de eso! Aquí estamos para morir defendiéndolos. Lo que pasa es que vamos a acomodarnos en la entrada porque es mejor. Lo que deben hacer es reunirse todos en la iglesia para yo ponerles una guardia que los cuide.

No bien había terminado de hablar cuando ya las primeras gentes corrían en dirección al templo. De nuevo las voces volvían a alzarse, pero esta vez quietas y agradecidas.

—¡La Virgen del Carmen se lo pague!

—¡Dios lo guarde!

—¡Bendito y alabado sea el Santísimo!

El coronel destacó cuatro soldados para montar guardia en la iglesia y continuó con dieciséis.

Bernardo, aun a pesar de ser despreocupado, comenzaba a inquietarse. Envidiaba la cobardía descarada de Fernando. Aquella tropa resultaba irrisoria. Dieciséis soldaditos para defender la ciudad y la vasta sabana.

Era una empresa de locos.

Cuando llegaron a la salida el coronel repartió su gente al abrigo de unas paredes; algunos tiradores puso detrás de gruesos árboles, y él y Bernardo quedaron en medio del camino haciendo de centinelas. El camino se metía recto por la sabana rasa hasta desaparecer en una hondonada cubierta de vegetación, como a distancia de un kilómetro.

Desde allí hasta las primeras casas era campo abierto, mogote verde entre manchones de tierra amarilla y uno que otro árbol solitario. El cielo, que había amanecido encapotado y gris, se desgarraba en grandes lagunas azules; después un haz de sol cayó sobre un pedazo de sabana y la puso clara.

Cada cual sentía lo trágico del momento y no osaba hablar.

Ya bien entrada la mañana, saliendo de la hondonada, se distinguió un numeroso destacamento a pie. No traían bandera y marchaban en desorden.

El coronel, sospechando que fuese una maniobra hábil del enemigo, preparó la tropa y esperó que se aproximara más aquella horda.

Cuando estuvieron cerca se pudo ver bien lo que eran: hormiguero humano revuelto y empavorecido. Llenos de barro, de sudor, de cansancio. Manchados de sangre. Algunos daban traspiés apoyados sobre los otros. Entre dos, cargado como fardo, llevaban a uno que gemía. Los demás, con las armas

colgadas a la espalda como frutas. Y en todo aquel revuelto hato de gentes nadie gritaba, nadie hablaba.

Su vista daba la evidencia de la guerra.

Roso Díaz se adelantó a caballo a encontrarlos. A la cabeza venía un oficial joven, sable en mano.

—¿Qué les pasa?

El oficial mostró su acompañamiento con un gesto extenuado y agregó después:

—Venimos derrotados.

—¿De dónde?

—De La Puerta.

—¿Los derrotó Boves?

—¡No! ¡Acabó con nosotros!

—¿Mucho muerto?

—Casi todos.

—¿Para dónde van?

—Nos dijeron que había fuerzas aquí, en La Villa.

Antes de responder, Roso Díaz paseó de nuevo su mirada por sobre el rebaño doloroso, por sobre aquellos hombres que habían batallado con heroísmo y no habían encontrado sino dolor. Sabía que su respuesta podía desalentarlos, podía dar un golpe definitivo a la escasa energía que guardaban aún sus corazones. Venían marchando desde la carnicería clamorosa en busca de reposo y seguridad, y él iba a negárselos. Temía desmoralizarlos del todo.

Al fin se resolvió:

—Aquí, en La Villa, no hay fuerzas. Yo no tengo sino veinte hombres.

El efecto de las palabras fue inmediato. Se encendieron luces de pavor en los ojos y la desesperación rasguñó las carnes. Les parecía no oír sino la voz de sus propios presentimientos. Las palabras perdían su valor significante. Exhaustos, venían sostenidos por una ficción, ahora rota. En La Villa no podían encontrar socorro ni descanso, y carecían de fuerza para marchar más lejos.

Era horrible, era inhumano.

Pero el joven oficial, resueltamente, les habló:

—Muchachos, aquí nos quedamos. Si está de Dios morir, ¡qué se va a hacer!

Entre los soldados nadie chistó, nadie habló, pero parecía oírse el jadeo unánime.

Roso Díaz, conmovido, tomó las disposiciones necesarias.

—Los que estén en buenas condiciones se quedan conmigo. A los heridos los llevan a la iglesia.

La horda se dividió en dos grupos. Uno con sus armas se situó a un lado, y el otro, formado por los heridos y por los que los transportaban, se fue a la iglesia, guiado por un soldado de la guarnición.

Roso Díaz distribuyó a los recién venidos en la misma forma que lo había hecho antes con los suyos. Ahora contaba con setenta hombres.

Volvió a situarse en medio del camino para estar alerta, acompañado por Bernardo y el oficial.

Ahora de nuevo la expectativa se hacía larga e insoportable. Tornaba a estacionarse el tiempo. Todos querrían preguntar a los recién venidos detalles sobre la invasión, pero preferían callar.

El cielo se despejaba perezosamente. El sol iba alto y su luz bañaba todas las cosas. Los ojos convergían en la hondonada del camino, de donde se esperaba que surgieran los invasores. A cada segundo el ansia ominosa crecía. Bernardo contaba: uno, dos, tres…, sin objeto, para distraer sus nervios de aquella atención insoportable. Los hombres sentían los pulsos batiendo como campanas. Los más pequeños ruidos tomaban una significación monstruosa.

¡Boves invadía!

Había quienes se atareaban en descubrir augurios. En el modo como caía una hoja planeando en el aire, en la dirección que tomaba el vuelo de un pájaro, en las formas que revestía una nube en el horizonte, creían hallar avisos de que iban a morir o a ser salvados.

Sobre la sabana ancha eran un puñado de hombres entregados a la muerte.

Al mediodía el sol calcinaba la tierra amarilla y hacía vibrar el trasluz de las cosas como sobre el fuego.

Comenzaba a poseerlos la modorra del calor, de la fatiga, de los nervios y de la espera desesperada.

Al fin, un grito de una resonancia inhumana los estremeció a todos:

—¡Ahí están! ¡Ahí vienen!

De la hondonada plena de árboles comenzaban a desbordar como hormigas, como animales perseguidos, como agua incontenible, jinetes innumerables en tropel. Casi desnudos y oscuros como sus caballos, en el galope hacían una sola mancha, salvo la hoja de la lanza que el sol encendía.

Se veían venir inminentes, compactos como atajo espantado, arrasadores como creciente. ¡Siete mil caballos en avalancha sobre los campos!

Con ojos desorbitados, los soldaditos los veían llegar, irresistibles, como una fuerza de las cosas.

La tropa descargó los fusiles. Algunos jinetes cayeron. Los demás pasaban sobre ellos y continuaban.

Los tiros se ahogaban en el trueno de la caballería lanzada a la carrera furiosa. Ya no se veía la hondanada, ni los árboles, ni la sabana, sino aquella mancha oscura, aquella lluvia oscura, sobre la que las lanzas ardían claras como llamas.

Y así como la ola llega y pasa sobre las piedras y prosigue, así la caballería de Boves llegó y fue a chocar contra las paredes de las casas, a lo largo de las calles, al otro extremo de la sabana.

¡Siete mil lanzas de frío hierro mortal!

Bernardo, junto a Roso Díaz, los veía llegar, los veía llegar devorando el espacio bajo las patas de sus bestias cerreras. Bajo las patas de los caballos vio desaparecer los primeros soldados, apostados tras los árboles. Llegaban, estaban sobre ellos, arracimados, abruptos, adelante las lanzas.

El coronel Díaz tuvo tiempo de volverse a él:

—¡Corra! ¡A la iglesia! ¡Organice la gente!

Oyó apenas, picó espuelas y se lanzó a la carrera loca. Volviendo la cabeza vio a Roso Díaz y al oficial joven arrojarse contra la masa oscura erizada de lanzas y desaparecer; delante venían los mismos caballos veloces y los mismos ojos ávidos.

A la puerta de la iglesia halló los cuatro soldados de guardia.

Tuvo tiempo de saltar del caballo y gritarles mientras entraba:

—¡Boves llega! ¡Cierra bien las puertas!

Obedecieron.

La iglesia penumbrosa estaba llena de gentes. Los heridos, recién llegados, yacían sobre el suelo, y los ancianos, las mujeres, los niños, todo el resto de los habitantes, de rodillas, rodeaba al cura, que desde el altar dirigía las oraciones.

—*¡Regina coeli!*

—*¡Ora pro nobis!* —rugían todas las bocas angustiadas.

—*¡Consolatrix aflictorum!*

—*¡Ora pro nobis!*

—*¡Stella matutina!*

—*¡Ora pro nobis!*

Independientemente del rezo en común, algunos imploraban a Dios en oraciones improvisadas, con los brazos en cruz y golpeándose el pecho de una manera desesperada.

—Dios mío, que estás en el cielo.

¡Sálvanos! ¡Sálvanos, Dios mío!

Atravesando por el medio de la muchedumbre, Bernardo llegó junto al inglés, que continuaba echado sobre los dos bancos, en el mismo rincón.

—¡Estamos perdidos! —le gritó al verlo—. ¡Perdidos!

Con el aspecto acobardado de todos contrastaba la cara tranquila del capitán David.

—Ya yo estoy mejor —dijo.

Y haciendo un esfuerzo logró sentarse sobre el banco.

De afuera comenzaban a llegar los gritos salvajes de los lanceros. Sin articular palabra emitían alaridos roncos y pavorosos semejantes a los que los ganaderos emplean para arrear el ganado y atropellarlo.

Los gritos afuera y las oraciones adentro, en la resonancia de la nave, creaban una atmósfera enloquecedora.

¡Boves invadía!

Todos los que rezaban quedaron en silencio. Golpes formidables resonaban en la puerta, como si abatieran contra ella un tronco de árbol. Era un golpe monótono, repetido en tiempos iguales y seco, que levantaban un eco prolongado en las paredes gruesas.

Se sentía el choque de una pesada viga contra los batientes. El golpe continuo resonaba y crujían los viejos hierros de la cerradura. Todos fijaban los ojos en aquella puerta, que era su última defensa; en aquella puerta, que iba a dar paso a la muerte.

Por último, con un fuerte crujido, la cerradura cedió y las hojas se abrieron. Un oleaje de hombres se precipitó por entre ellas, un solo grito de espanto llenó el recinto. Los invasores abatían sus armas sobre todo lo que estaba a su alcance: espaldas de mujer, blancas cabezas de viejo. La mezcla de voces resurgía indiscernible: la de los que morían, la de los que rezaban, la de los que aullaban de miedo. Bamboleaba una lámpara, un pedazo de puerta cayó sobre un grupo, el cuerpo de un niño rebotó sobre el altar y echó por tierra todos los cirios y las flores. Y de pronto, todos aquellos demonios lanzados a destruir cesaron en su obra y quedaron inmóviles, viendo hacia la entrada, como todos los demás que llenaban el templo, y casi con los mismos ojos angustiados de todos los demás. Un hombre cruzaba el umbral. Sobre un caballo negro, el pelo rojizo, la nariz ganchuda, los ojos claros, en el puño sólido la lanza.

Se oyó una voz martirizada:

—¡Boves!

Detrás, a pie, penetró un escaso grupo de hombres recios que le hacían escolta.

El caballo negro vino a detenerse en medio de la nave.

Lo devoraban con las miradas mientras se persignaban temblando de angustia. Aquél era Boves, el amo de la legión infernal, el hijo del Diablo, la primera lanza del Llano.

Bernardo y el inglés lo observaban a distancia. Tenía cierta gallardía.

El jinete sonreía complacido entre el miedo de la muchedumbre. Parecía gozar con el sadismo del pavor.

Entre los de la escolta, Bernardo vio un indio alto, fuerte, arrogante, con el ala del sombrero vuelta hacia arriba. Aquella fisonomía le recordaba algo. Estaba seguro. Era el hombre misterioso que había hablado con ellos la noche que les robaron las cabalgaduras en la posada de Magadaleno. Hasta recordaba sus frases: “En la guerra no matan sino al que tiene miedo”.

Volviéndose hacia el hombre más próximo, Boves dictó una orden breve con voz áspera:

—¡Despejen esto de los heridos y traigan música!

Los lanceros pusieron manos a la obra. Tomaban los cadáveres, los moribundos, los hombres que gemían, y haciéndolos voltear sobre sus cabezas con brazos hercúleos, los disparaban como piedra de honda, lejos, en medio de la calle. No se oía sino el golpe fofo de los cuerpos cayendo sobre la tierra.

En poco tiempo estuvo el recinto libre. Solo quedaron adentro las gentes en pie. Entre ellos el capitán y Bernardo, que tuvieron buen cuidado de abandonar el banco y mezclarse con los otros.

Al cabo de un rato llegaron dos hombres trayendo a un guitarrero y a un tocador de tambor, con los instrumentos bajo el brazo y el pavor en la cara.

—Acomódelos, y que toquen —ordenó el jefe.

Los colocaron en un ángulo y al instante comenzaron a producir una música seca e interminable de baile negro, que se repite sobre los mismos tonos y cuya gracia la da el movimiento de las bailarinas.

—¡A bailar! ¡A bailar! ¡A bailar todos!

Y los que tenían miedo y las mujeres llorosas empezaron a balancearse los unos y los otros, con movimiento torpe y constante, que traducía el dolor. Entre ellos se mezclaban llaneros ágiles, tomaban una mujer a la fuerza y la metían en el vértigo de sus danzas furiosas.

Sobre el caballo, entre la luz penumbrosa, la sonrisa fría relampagueaba por encima de todo el movimiento desatado.

Bernardo y el capitán, junto a una columna, esperaban sin bailar.

—¡Que les den palo! ¡Palo a los que no bailen!

Varios hombres llegaron hasta los que habían permanecido quietos, y a golpes con los cabos de las lanzas los obligaron a entrar en el ritmo monótono.

La música, cortada como hipo, parecía acabar y recomenzar a cada instante.

El cura, que estaba escondido en un confesionario, fue sacado a la fuerza.

—¡Palo con él! ¡Que baile!

Y a golpes la sotana comenzó a inflarse entre los bailarines. Grandes risas bárbaras celebraban el espectáculo.

Dentro del edificio religioso, entre la luz tamizada, con la música que repetía siempre su solo motivo, ante el hombre soberbio sobre el caballo negro, aquel baile tenía algo de liturgia primitiva, de glorificación a la fuerza.

Los cuerpos se desplazaban con el mismo movimiento de balanceo insistente, regidos por los golpes iguales sobre el tambor, y parecía un solo gesto repetido al infinito con un propósito de martirio diabólico.

Un hombre tropezó a Bernardo y al capitán.

—¿Y ustedes quiénes son?

No respondieron. Se les arrancó a la fuerza hasta donde estaba Boves.

Desde lo alto los contempló un rato antes de hablar.

—¡Ajá! ¿Conque pescamos un catire? Usted, ¿quién es?

El inglés pensó que responder con franqueza y dignidad sería el mejor partido a tomar en aquel trance.

—Yo soy un oficial inglés.

—¿Y anda sirviendo con los insurgentes?

—Iba a hacerlo, señor, pero una enfermedad me lo ha impedido.

—¿No quisiera regresar a su tierra?

—Todavía no, señor.

Y luego, dirigiéndose a Bernardo:

—Usted sí es criollo. Pero como tiene cara de mantuano.

Entonces el indio arrogante intervino:

—Mi jefe, este par de hombres los encontré yo por Magdaleno, y aproveché para traerme los caballos que tenían.

A lo que el jinete agregó con sorna:

—Y los dejaste desmontados, Benicio. Muy mal hecho.

El indio rió silenciosamente.

—Bueno —dijo Boves—, la guerra se está poniendo fea. Al que no lo matan hoy, lo matan mañana. Yo los voy a sacar de penas.

Y volviéndose al indio Benicio terminó:

—Saque estos insurgentes y fusílelos. Su cabeza me responde.

Al anuncio de la muerte los dos palidecieron. Luego, reaccionaron de distinto modo.

El inglés saludó y dijo:

—Gracias.

Bernardo se llenó de indignación. Pasaban por su lado los bailarines como sombras. Un viejo obeso, desnuda la panza por entre la chaqueta rota, se balanceaba solo, sin pareja, la boca fatigosa, abierta, llena del brillo de la baba y los dientes. Todo lo posible y lo imposible acabarían para él en aquel mismo instante por una simple orden de Boves. Lo sacrificaba a él y a todo lo que estaba en él. Sueño, obra, futuro. La lucha, la patria, todo acababa. La guitarra y el tambor se desgranaban. El llamamiento a la vida se le concretaba en imágenes: Caracas, su casa, los padres, el Ávila. Fernando, todo lo que ya no vería en la realidad. No le hubiera importado morir en la guerra, morir batallando; se le hacía angustioso perecer fríamente, sin gloria, sin esfuerzo, de espaldas a un muro, delante de ocho bárbaros que apuntan. El Ávila, Caracas, y cabezas,

ojos blancos, cráneos calvos, bocas abiertas, girando al compás monótono. Iba a decir algo. La música menuda y el ruido de los pies sobre las baldosas girando, como los ojos, los dientes, los cabellos, las siluetas mudas. Se sentía al borde del sueño.

Marchaba entre dos soldados.

El movimiento idéntico, mecánico, continuaba. Continuaban bailando como enloquecidos, como encarnizados contra ellos mismos, como buscándole una vía de salida al dolor, y cuando oyeron el ruido de la descarga del fusilamiento, que desde afuera inundaba la iglesia, redoblaron la velocidad de sus vueltas, queriendo caer aturdidos de vértigo, ahogados dentro de la propia carne palpitante.

Algunos lanceros comenzaban a precipitarse sobre las mujeres y las besaban, marcándoles en los hombros blancos la huella profunda de los dientes.

Súbitamente calló el tambor y no continuó sino la guitarra sola, menuda, nerviosa.

—¿Qué pasa?

Y una voz ronca explicó:

—Que el del tambor tenía miedo y le tumbé la cabeza.

En la penumbra, sobre el caballo negro, volvió a encenderse la sonrisa de Boves.

XI

"La Carvajala" terminó de lavar el pañuelo ensangrentado y lo tendió sobre la rama de un limonero para que se secara al sol.

Su rostro trascendía tristeza.

Atravesó el patio, el estrecho corredor, y se asomó a la puerta pequeña que daba a la calle llena de sol amarillo, de polvo amarillo, de paredes amarillas, donde la única cosa distinta era el cielo azul.

En Garabato no pululan las gentes. La mujer lanzó sus miradas por la calle desierta y vio como lo había hecho media hora antes, como lo había hecho toda la mañana, hacia el recodo de la última esquina, por donde el camino se salía del pueblo. Vio y suspiró.

Por aquel recodo se habían ido ellos. Todos ellos, que habían llenado el pequeño pueblo con su vida bulliciosa y loca y que, al irse, lo dejaban más quieto, más silencioso, más solitario que nunca.

Por allí se habían ido en la mañana el coronel Zambrano y Presentación Campos, y toda su tropa. Se habían ido, y para "La Carvajala" la vida había vuelto a perder aquel sentido nuevo que adquiriera. Ahora poco le importaba quedarse en un pueblo o cuidar un herido, o marcharse por los caminos a la buena de Dios.

La noche anterior él dormía a su lado y ella no había hecho, en toda la noche, sino verlo, verlo toda la noche con ojos iluminados de dulzura y dolor.

Y el día anterior lo habían pasado hablando, hablando de cosas vagas y esperanzadas como ella nunca las había oído de hombre alguno.

—Yo haré real en la guerra, "Carvajala", y te daré bastante. Te daré bastante para que andes vestida como santo en procesión. En tres peleas yo me hago jefe. Tendrás camisones lindos, y collares, y mucha seda, y un chinchorro de moriche que valga cien pesos.

No tenía que hacer esfuerzo para volver a ver y a oír todo de nuevo, como si estuviera realmente sucediendo en ese instante. Sentía ternura por él. Presentación Campos era un hombre, un macho, y ella lo quería. Se ponía a imaginar. Ella valía para él seguramente más que la vida. Después de todo, para él la vida tenía poco valor. Lo había visto estrellarse contra una puerta como un toro salvaje.

—¡Yo haré real en la guerra, "Carvajala"!

Y la primera noche, cuando llegaron a Garabato, ella cabalgando junto a él. Y él la alojó en su propio campamento. Y el coronel Zambrano la había saludado con respeto, y todos los hombres la habían visto con humildad; los soldados ebrios, los negros lascivos, los hombres acostumbrados a violar las mujeres; todo porque ella era la mujer de un jefe.

Habían sido los mejores días de su vida. Todo lo que había vivido antes y todo lo que quedaba por vivir le era indiferente. Aquellos dos días fueron algo extraordinario en la igualdad de su existir. Ya tenía algo maravilloso que contar: adonde llegara, en el confín del mundo que estuviera, ella podría contar a las gentes asombradas que había sido la mujer de un jefe.

Desde la primera vez que lo vio se lo había conocido en la cara. Era un amo de hombres. Cuando lo encontró en el patio, casi desmayado sobre el caballo, con el rostro bañado en sangre, y le ató aquel pañuelo que ahora estaba secándose sobre el limonero, adivinó quién era. Desde que lo vio hundir la lanza en el costado del fugitivo. Y después, cuando llegó el coronel y dijo: "Este hombre se ha portado como un macho". Y después, cuando le pidió que le contara su vida.

Pero toda aquella cosa tan magnífica había sido rota de pronto. “La Carvajala” lo recordaba y le venían amagos de ira. Al fin y al cabo era mala suerte. Por la mañana había llegado aquel hombre a caballo, que habló un rato con el coronel Zambrano, y siguió después. Lo había visto bien al pasar: un hombre mal encarado, que no podía traer sino malas noticias.

Y después, Presentación Campos mismo se lo dijo:

—Nos vamos. Pero tú te quedas. ¡Vamos a pelear! El general Boves ha vencido en La Puerta y va a atacar La Victoria. Cuando hayamos ganado, yo vendré a buscarte. En cuanto no más derrotemos a ese vagabundo de Bolívar.

Lo único que se atravesaba en el camino hacia su felicidad era ese Bolívar. Debía ser un mal hombre. Andaba guerreando por el placer de que los hombres no se quedaran tranquilos en sus casas. “La Carvajala” lo había oído decir, y había oído decir también que se había hecho muy rico con los saqueos. ¿Por qué podrían existir hombres tan malos? Pero tenía fe en que Boves, en que Presentación Campos lo derrotarían, acabarían con él, y “La Carvajala” podría ser feliz.

“La Carvajala” estaba triste.

Por la mañana se había ido la tropa, y ella, desde aquella misma puerta, los vio marcharse, llegar al recodo por donde el camino sale del pueblo y cruzar el Norte, hacia las tierras donde la guerra ardía. Se había ido la tropa. Se había ido Presentación Campos. ¡Cómo anda ligero un caballo al paso! Acababan de montar en la puerta y ya estaban en el cabo de la calle, y ya estaban en el otro lado del recodo, y ya no los veía. Era cosa buena para ponerse triste.

Habían sido los más bellos días de su vida. Desde que se fue de su pueblo en el Llano arriba, siendo una muchacha, nunca había tenido grandes goces. No contaba sino con los caminos. Llegaba a un pueblo, trabajaba o se vendía a los hombres, y luego volvía al camino, y a otro pueblo y a otro camino.

Ahora estaba en trance de que volviera a comenzar aquella existencia. Si él no regresaba. Pero lo había dicho, y volvería. Un hombre tan hombre no podía decir mentiras. Pero… Mejor es no pensarlo… Si lo mataban… Si

llegaban a matarlo aquellos bandidos de Bolívar… "La Carvajala" sentía un incontenible deseo de llorar.

Continuaba inmóvil en la puerta sobre la calle solitaria de Garabato; no se veía una persona, ni una sombra, ni un animal, y hasta las hojas de los árboles estaban quietas.

Y como la calle estaba sola, la única persona que desembocó por ella llamó su atención. Sobre la tierra amarilla, el sol le recortaba el contorno con nitidez. Era una mujer, una mendiga, vestida de pingajos sucios, los pies dentro de los restos de unas botas graciosas, los brazos perfectos, y en la cara la cicatriz de una quemadura enorme, repugnante, que le tiznaba de un lila asqueroso y deforme toda la piel, desde el oído hasta la boca, que era como una herida.

"La Carvajala" sintió lástima, o curiosidad, o ambas cosas, y la llamó desde la puerta, dulcificando la voz con tono compasivo:

—Venga acá, hermana; si quiere, entre y descanse un rato y tome algo.

Al oír que le hablaban, la mendiga se aproximó. De cerca pudo verla mejor. Hubiera sido bonita sin aquella quemadura atroz. Tenía ojos negros, profundos y muy hermosos, y se le advertía en los ademanes cierta gracia delicada.

La tomó de la mano y la hizo entrar. En el corredor le ofreció una silla de cocuiza tejida. Caminando, o sentada, y hasta en el movimiento rígido de los ojos tenía cierta cosa de automático, de inconsciente, de loco.

"La Carvajala" lo advirtió.

—¿Quiere tomar agua?

No respondió.

—¿Quiere comer algo?

No se movió siquiera; estaba como sin oír palabra.

De todos modos fue a buscarle algo para socorrerla, y regresó trayendo agua fresca en una totuma, un pedazo de queso y otro de papelón.

La mendiga bebió el agua de un trago y consumió con voracidad la escasa comida que le proporcionaba la otra. Terminó de comer y volvió a internarse en su misma actitud extática.

“La Carvajala” se sentó enfrente.

—¿De dónde viene?

Tampoco respondió esta vez; continuaba ensimismada, y el silencio se hacía insoportable hasta la inquietud para los nervios de “La Carvajala”. No pudiendo más, habló sobre el tema que estaba en la periferia de su conciencia:

—¡Ay, hermana, las mujeres somos muy desgraciadas!

La mendiga asentía con la cabeza.

—¡Ay, hermana —prosiguió “La Carvajala”—, dígame a mí, que desde que nací no he hecho sino llevar palo! Palo porque sí, palo porque no, palo porque me da la gana.

La mendiga suspiró.

—¡Ay hermana, no crea que no la compadezco viéndola tan maltratada! A usted se le ve por fuera; a mí tal vez no, pero he sufrido. Y cuando ya creía que me había acomodado, ¡pst! A mí, de verdadita, no me hubiera importado nada que él me hubiera metido en una cueva. Pero, ¿qué quiere usted? Así son los hombres. No les gusta lo que tienen. Que si están tranquilos, quieren el trabajo; si tienen el trabajo, quieren la guerra…

La mendiga, instantáneamente, trocó su expresión de ausencia por un aspecto de profunda y angustiosa obsesión.

Habló con una voz que se construía en el latir de la carne.

—¿Dónde está él?

“La Carvajala” quedó un poco desconcertada por la pregunta. Pero, ayudada por la simple mecánica de sus ideas, arrastrada por el impulso inconsciente que sostenía la figura del guerrillero en el dintel de todas sus asociaciones y procesos, llegó a olvidar que la pregunta la hacía una extraña recién venida, sin noticia de sus sentimientos, pareciéndole más bien que la formulaba su propia ansia.

—¡Ay, hija! Hombre metido en la guerra, el Diablo sabe dónde para. Anoche durmió conmigo…; hoy…, hoy… anda en la guerra.

—¿Dónde está él? —volvía a preguntar la mendiga con entonación uniforme.

"La Carvajala" sintió por primera vez la voz ajena. Vio la forastera pedigüeña. La voz de la forastera.

—¿Quién es él?

—Él…, él…, Presentación Campos. ¿Dónde está?

El asombro la desbordó. ¡Que una mendiga que nunca había visto, venida de Dios sabe dónde, acogida por ella misma, la única pregunta que hiciera fuese justamente aquélla!

La mendiga repitió la pregunta y tornó a hundirse en su silencio.

Sospechó que fuera una espía. Pero después supuso que, de haberlo sido, no le hubiera hecho la pregunta de modo tan intempestivo. Hacía mil conjeturas, pero ninguna la satisfacía, ninguna llegaba a explicarle aquel hecho, para ella tan misterioso e impenetrable. Revistiéndose de un aire de indiferencia, "La Carvajala" preguntó a su vez:

—¿Quién es él?

—Presentación Campos. En el otro pueblo me dijeron que estaba en Garabato.

—¿Para qué lo busca?

—¿Dónde está Presentación Campos

—¿Para qué lo busca una mala mujer como usted?

—¡No! Yo no soy una mala mujer. Yo soy una muchacha buena. Una muchacha bonita.

Y como para confirmarlo se pasó la mano por la cara; pero sus dedos resbalaron sobre la cicatriz.

—¡No! Fui bonita. ¡Ahora no! Fui buena. ¡Ahora no! Ahora soy fea; hasta los otros mendigos por los caminos cuando me ven se apartan asustados.

Le daba lástima y quiso consolarla.

—¡No qué va! Eso no es así. Usted tiene una quemada grande, es verdad; pero eso se le quita con el tiempo, y tampoco es una cosa así que dé asco… No diga eso, mi hija.

Pero sin hacer caso, la otra continuaba.

—Y además era rica. Tenía un hermano, y esclavos, y tierras. Un hermano bueno. Y todo eso lo perdí…

La narradora comenzaba a llorar; sus magníficos ojos negros lloraban copiosamente sobre la piel horrible. "La Carvajala" se conmovió. Estaba propicia a sentir lástima y dolor; su propia mortificación la ayudaba a comprender la de la otra.

Casi tenía ganas de acompañar a la mendiga en el llanto.

—¡No se desespere, mi hija! Mire que las mujeres no hemos nacido para otra cosa sino para sufrir.

Y después de meditar un rato, agregó:

—¡Segurito que fue la guerra la que la embromó! ¿A quién no han fregado con esa maldita guerra?

La otra continuaba el hilo de sus propias ideas:

—Yo lo que quiero es encontrarlo. Poco me importa vivir o morirme. Lo único que deseo es encontrarlo. Donde lo halle lo mato, lo mato con un alfiler largo y grande que le voy a enterrar en el corazón.

—¡Jesús, niña; no diga eso!

—Todo lo que le haga es poco. Acabó con mi vida, con mi casa, con todo lo que podía querer en el mundo. ¡Cómo ardía la candela! Y yo gritaba, gritaba, gritaba. Nadie me oía, nadie me ayudaba. ¡Entraba la candela por la puerta, por la ventana; las cortinas, las matas, todo ardía! Y aquella vigueta que se desprendió encendida y me dio en la cara.

"La Carvajala" sentía comunicársele la terrible emoción de la mujer que hablaba; casi sentía, como ella, que la destrozaban y nadie venía a ampararla.

—Y fue él, mi esclavo, mi perro, el que se alzó contra mí. Me besaba, me arrancó la ropa con sus manos horribles. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Le pegó candela a mi casa, a mis tierras; me destruyó todo, se sació en mi cuerpo. Después, ¿qué podía hacer yo en el mundo? Huir. Irme donde nadie me viera, donde nadie me conociera, donde nadie pudiera irme a buscar. Medio desnuda, me salvé del incendio, me fui, me fui para donde me llevaban los pies, sin que me

viera nadie, ni los esclavos, ni los animales, nadie. Sentía el ardor de la quemadura en la cara, pero no me la había visto. Hasta que no encontré la primera gente y la vi hacer la primera mueca de asco. Y después, con todos los que iba encontrando era lo mismo. Un monstruo.

La otra se contagiaba de la indignación contra el bárbaro autor de aquella destrucción estúpida.

—¡Jesús, Credo!

—Ya no tenía objeto mi huida. Ya no podía vivir en ninguna parte. Ahora no vivo sino para vengarme.

—¡Ay, niña!

—Mi casa, tan linda, tan tranquila, tan fresca. Mi oratorio, mi clave. Las gentes se deben acordar de mí, se acuerdan de mí por la música.

El llanto la interrumpía a ratos y su dolor se hacía más patente en los gemidos animales que le cortaban la voz.

—El capitán David decía: "Señorita Inés, toque un minué". Ahora soy un monstruo. ¿Dónde está él?

"La Carvajala", olvidadiza, preguntó imprudentemente:

—¿Quién?

—¡El traidor, el cobarde, Presentación Campos! Usted sabe dónde está. Usted lo ha visto. ¡Dígamelo por Dios! ¡Dígamelo!

"La Carvajala" se santiguó de espanto. Presentación Campos había hecho todo aquello. No lo podía creer. Aunque hubiera sido verdad, no lo podía creer. Aunque hubiera sucedido, no era verdad.

—¿Cómo es él?

—Un pardo grande, fuerte, pretencioso.

Las señas correspondían. A la evocación, "La Carvajala" tornaba a verlo, moreno, sonriente, hercúleo, y no podía imaginárselo haciendo mal a una mujer, incendiando una casa, siendo un siervo traidor. Lo quería, lo admiraba, no podía creerlo malo y villano. Y, sin embargo, a pesar de que batallaba contra la convicción que quería hacerse fuerte en su espíritu, algo había en ella que la

traicionaba, que no la acompañaba en su fe y que le hacía posible creer que él había sido el autor de la cobardía.

La mendiga hablaba ahora en voz más alta, casi a gritos; le suplicaba, y aquellas voces atormentaban a "La Carvajala" y la reducían a la desesperación.

—¡Si usted lo sabe, dígamelo! ¡Por lo que más quiera! ¿Dónde está? ¡Dígamelo! ¡Dios se lo pagará!

Le suplicaba la voz, el cuerpo maltratado, los harapos, la cicatriz horrenda, los ojos angustiados y fiebrosos. Todo se hacía súplica para venir a conmoverla.

"La Carvajala" sentía miedo de que en ella venciera la lástima. La desgracia de la pobre mujer la hacía sufrir; pero al mismo tiempo se daba cuenta de que no podía ayudarla. Aquella mujer no tenía más objeto que hacerle mal a la única persona que ella quería en el mundo. Los sentimientos contrarios la dividían.

Al fin, como tratando de justificarlo ante sí misma, se puso a justificar al mayordomo traidor:

—Todos los hombres son malucos, mi hija. ¿Y qué podemos hacer nosotras sino aguantarlos? Una no nace sino para ser esclava del hombre. Y, además, ellos también tienen sus malas horas. Se pueden engañar. Pueden echar una lavativa sin querer. A veces tienen sus motivos, que una no conoce. ¿Quién sabe por qué causa Campos se sublevó?

La mendiga oía con interés. Aquella apología del crimen la hacía sospechar de "La Carvajala". Probablemente sabía dónde estaba él y no quería decirlo.

—¿Usted cree, mi hija, que las cosas se hacen por razón de gusto? ¡Entonces, pues!

Y agregó, disparatadamente:

—No, mi hija, no hay que ver las cosas así. No se mueve la hoja de la mata sin la voluntad de Dios.

—¿Cómo puede usted hablar de Dios para defender tamaña infamia? —gritó casi con ira.

Ante aquella alusión al divino nombre, "La Carvajala" sintió un poco de miedo. Comprendía que Dios podía castigarla por haberlo mezclado a aquella sucia cosa, y esa desazón quebrantó la fuerza de sus convicciones.

—Usted es una mala mujer, una mujer mentirosa —gritaba la mendiga—, una mujer que para defender un mal hombre engaña a una pobre desgraciada. Una mujer que toma parte con el Diablo contra los ángeles.

"La Carvajala", con el miedo en el alma supersticiosa, comenzó a defenderse de aquellos anatemas.

—¡Jesús, mi hija, no me diga así! Si yo a usted no le he hecho nada. ¿Por qué me desea mal?

La mendiga tornaba a llorar, pero con llanto lleno de espasmos de cólera.

—¡Usted es una mala mujer y Dios la castigará! ¿No le da lástima verme en este estado? Usted sabe dónde está él. Usted ha tenido que verlo pasar. ¡Dígamelo, por Dios, dígamelo!

—¡Qué voy a saber yo!

Pero ganando más terreno el temor en su espíritu terminó diciendo:

—Yo he visto pasar una fuerza.

¿Pero cómo quiere usted que yo sepa los nombres de todos los que iban? Una porción de hombres que yo no conozco.

—Usted lo ha visto. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Entonces, "La Carvajala", que ya veía una brecha por donde salvarse de la ira divina y al mismo tiempo no traicionar del todo a su hombre, comenzó a preguntar, haciéndose la ignorante:

—Pero, dígame, ¿cómo es él para ver si yo me acuerdo?

—¿Él? Un pardo grande, frentón, con el pelo liso, los dientes parejos, con una risa estúpida.

Fingiendo que recordaba la otra comenzó a decir:

—! Ajá! Sí, sí, frentón, ¡ajá!… Muy de a caballo el hombre. ¡Uhú! ¡Eso es! Si yo creo que lo vi. ¡Trigueño él!

—Sí. Ese, ese. ¿Para dónde fue?

"La Carvajala", antes de decir la verdad, continuaba tratando de defenderse con evasivas.

—Ellos no se pararon en el pueblo, mi hija. Yo no sé exactamente para dónde fueron; lo más que yo puedo decirle es el lado por donde cogieron.

Así creía ella no traicionarlo del todo. Si la mendiga lo encontraba sería, en cierto modo, por obra del azar, de la voluntad de Dios.

Levantóse, tomó por el brazo a la mujer suplicante.

—Venga conmigo. Yo le voy a enseñar por dónde se fueron.

Lo que deseaba más ardientemente era dejar de verla. Quitarse de delante aquella presencia horrible, angustiosa y amenazante.

—Venga conmigo.

La mendiga se levantó y marchó detrás de ella. Una sonrisa de contento hacía asomar los dientes menudos por entre la boca asquerosa.

Tomaron la calle hacia la salida del pueblo. "La Carvajala" marchaba adelante, silenciosa. Se acordaba de Presentación Campos, de su aire vigoroso y confiado, de su facha autoritaria, de sus palabras, que le habían dado esperanza: "Yo haré real en la guerra, "Carvajala"".

Y ella ahora iba a traicionarlo, iba a entregarlo a quien más lo odiaba en el mundo. Por aquella misma calle había salido él confiando en ella, y ella ahora lo traicionaba.

Llegaban al recodo, en donde el camino se bifurca en dos sentidos opuestos. Uno por donde había tomado el destacamento, y que iba hacia el Norte, hacia las tierras de la costa, hacia el mar. El otro hacia el Sur, rumbo al Llano, al Orinoco, a la selva.

Hacia el Norte había cruzado Presentación Campos, hacia La Victoria. El recuerdo la perseguía.

Delante de ella, la cara violácea.

Con un gesto violento, el brazo de "La Carvajala" se tendió hacia el Sur, y su voz, sin temblar, dijo:

—¡Para allá!

La mendiga le besó el puño cerrado y comenzó a ir por el falso camino, hacia las vastas tierras.

"La Carvajala" la veía alejarse, la veía disminuir, sola, desde la calle de tierra amarilla, donde el sol amarillo llena las paredes amarillas bajo el cielo azul.

XII

Por la ventana curva, la mole verdosa de la campana ahogaba el paisaje. La cabeza desgreñada del centinela asomó al lado y desbordó una mirada ansiosa: hacia abajo la torre adelgazada, encajándose en la tierra; hacia abajo, el tejido de las calles, roto por los árboles; hacia abajo, los techos y la plaza de La Victoria; al frente, el valle abierto lleno de sembrados, y el río, y los cerros coronados de artillería.

Por entre las casas, bajo los árboles, la tropa preparada a combatir. Hacia el centro de la ciudad era más densa la aglomeración de soldados: pasaban oficiales al galope llevando y trayendo órdenes, y en medio de la plaza, junto a un asta, sobre la que se despedazaba una bandera amarilla, a caballo, las patillas negras revueltas sobre la piel pálida: el general Ribas.

Se esperaba de un momento a otro el ataque de los realistas. Fernando Fonta pasaba solo en medio del movimiento coordinado. El mismo frío miedo, los mismos descorazonadores augurios que lo habían atormentado en La Villa, lo molestaban de nuevo. Esta vez de una manera más poderosa.

Boves marchaba contra La Victoria, exterminador.

Conocía la triste suerte de todos los que había abandonado. Bernardo, fusilado; el generoso capitán David, fusilado; el coronel Roso Díaz, muerto en el combate. ¡Era tan fácil morir en aquellos días!

De La Villa había huido a La Victoria; pero los fantasmas del terror continuaban escoltándolo. Se daba cuenta perfecta de la cobardía suya al huir ante Boves; pero la vida le resultaba un argumento tan convincente, tan poderoso, que cualquier razón que la apoyara le parecía suficiente y buena.

En La Victoria, al principio, lo habían visto con cierta desconfianza. No se veía muy justificada su venida en momentos en que hubiera sido más útil su presencia en el combate. El mismo general Ribas, al recibir los papeles, tan sin importancia, que le entregaba de parte de Roso Díaz, no pudo menos que sospechar que había sido un pretexto para disimular la fuga. No lo habían adscrito a ningún cuerpo, estaba volante, sujeto tan solo a las órdenes del general.

Aquella primitiva desesperación que lo había hecho lanzarse a la guerra ya estaba en gran parte apagada. Las posiciones de su espíritu cambiaban pronto. Perdida su hermana, "El Altar" destruido, ya comenzaban a no dolerle tanto. Fácilmente podía imaginar que nunca habían existido, y de ese modo se proporcionaba un cínico consuelo.

Pero la situación actual se le imponía de una manera avasalladora. La muerte de sus dos amigos lo alcanzaba profundamente, no tanto por el dolor de haberlos perdido, como porque se sentía casi señalado para ser la próxima víctima, escogido para el cumplimiento de un sino fatal, como formando parte de una serie de personas que debían ser, necesariamente, sacrificadas; como si estuviera en la víspera de su turno. Al llegar a La Victoria, su primera reacción fue de contento: se sentía salvado; pero, después, el pensamiento de que los realistas atacarían la plaza comenzó a mortificarlo. Casi tornó a rezar como antes, para que la Providencia desviara a Boves hacia otro sitio.

Lleno de augurios, entre aquella gente encorajinada y deseosa de combatir, se sentía más solo y expuesto.

Había recorrido todo el sitio defendido, con la esperanza de encontrar a alguien conocido con quien hablar, a quien comunicar sus sentimientos, de quien recibir consuelo.

En un caballo claro, armado de una lanza que le habían dado en la mañana, iba recorriendo los grupos de hombres que se preparaban para la batalla.

Precipitadamente se alzaban en las bocacalles parapetos y barricadas. Veteranos alistaban los cañones, otros enjaezaban sus bestias, percatándose del buen estado de los aperos con recios tirones; otros probaban la resistencia del asta de la lanza, ensayándola contra un tronco de árbol. Haciendo rueda en el suelo, algunos, llenos de calma, charlaban en cuclillas.

Eran caras hoscas, fisonomías vestidas por la preocupación del combate y de la muerte.

Más allá, un grupo de adolescentes, con trajes de seminaristas, recibía de un hombre maldiciente una sumaria explicación del manejo de las armas.

—¡El chopo se agarra así, mire! Con la culata en el hombro. ¡Eso es! ¡Pero duro, con fuerza! ¡Ah, carrizo!

Los niños, asombrados, obedecían, moviendo las armas con la torpeza de los brazos débiles. Fernando recordó su época de los claustros. Las lecturas de Rousseau. La República. Porque, al fin, estaba allí para luchar por la República. Por todas las cosas que antes lo habían entusiasmado. Aquel día era decisivo. Boves podía demoler la patria recién nacida. ¿Por qué no estaba allí el general Bolívar? Fernando hubiera querido verlo. Lo conocía solo por la fama; pero sentía profundamente que su presencia allí le hubiera infundido una confianza ciega. Sentía como su presencia fantasmal en medio de todos. Los ojos imperiosos y la palabra serena.

Más adelante, la algazara de una montonera de indios. Piel verdosa, una pluma de guacamaya en el pelo dormido y un taparrabo sucio; el arco y las flechas a la espalda. Allí estaban los indios. También ellos eran venezolanos. El aspecto curioso lo divertía. Se pasaban de boca en boca taparas de aguardiente, que bebían a grandes tragos vociferando en su dialecto. Uno, que estaba en medio, percatándose de que Fernando los observaba, vino a ofrecerle la tapara para que bebiese.

—Yo soy "Cuatrorreales", el cacique de esta gente. ¿Tú, quieres beber? El aguardiente es bueno para la pelea.

Por complacerlo, tomó algunos tragos. Una ola ardiente le encendió la sangre. Dio las gracias al indio y permaneció a caballo cerca de ellos.

La bebida le había barrido mucha idea fúnebre.

Caía de los cerros un son de tambores y cornetas que se quebraba en el aire. Parecían los preparativos de una fiesta. De todas las alturas venían aires de clarines que volaban sobre la ciudad agitada; sonido excitante, al comienzo repetido y rápido, que moría en largas notas lentas y penetrantes.

Desde la campana, el centinela paseaba su mirada veloz: los cerros, la ciudad, el valle, y en el fondo del valle la masa del enemigo, desplazándose. La invasión se aproximaba lentamente en un frente compacto y ancho. Entre él y la ciudad, la tierra desierta esperaba.

Desde los cerros, los artilleros veían el pedazo de sabana que andaba. Los tiradores, apostados sobre los techos, miraban la mancha dividirse en figuras.

Todos veían.

El indio "Cuatrorreales" gritaba en su habla de pájaro a sus vasallos, ebrios, y veía enfrente la masa amorfa que marchaba. Y Fernando, a su derecha, veía los cerros y la piel temblorosa de su caballo, y la multitud que se acercaba.

Y más allá, los seminaristas, mudos, armaban los fusiles, iluminados por sus propios ojos milagrosos de niños absortos, y veían la tempestad de hombres cerniéndose.

Y en medio de la plaza, bajo las chispas amarillas de la bandera, el general Ribas disparaba sus órdenes, y veía la acometida que llegaba acelerando.

Todos veían.

Al frente, sobre el caballo negro —pelo rojizo y ojos claros—, a la sombra de un trapo rojo, loco de aire, Boves avanzaba mirando las paredes blancas de la ciudad, cuajada de hombres.

Y cerca de él, el indio Benicio, silencioso, conteniendo su cabalgadura. Y más allá, a la derecha, la caballería espesa, y a la izquierda, y a la espalda, la caballería, y sobre todas las cabezas, el resplandor de las lanzas, como si las estrellas se hubieran puesto bajas.

Y más allá de las lanzas, más caballos, y más allá, más caballos y más lanzas, y más allá el coronel Zambrano y, a su lado, Presentación Campos, con los ojos clavados en las paredes blancas.

De uno y otro lado se tejían los alaridos de las cornetas, y a ratos se alzaban tormentas de gritos, que pasaban y se iban retumbando por entre los cerros.

Y de pronto, un bloque sólido se desprende de la masa, adelanta velozmente, pasa la tierra limpia, alcanza las primeras casas y se mete por las calles. Sobre los cerros de La Victoria los cañones desatan su trueno repetido.

El tableteo de la fusilería eriza el aire. Caen los jinetes y los caballos libres se dispersan locos. Otro alud violento se desprende de la invasión. Como detenidos por una cuerda, jinetes y caballos ruedan bajo el fuego de la fusilería.

Rodean la ciudad. Sobre el tamborear de las patas del caballo, llegan envueltos en nubes de polvo, y más altos que sus cabezas, aletean sus gritos.

De la fila se destaca otra masa de jinetes a la carrera tendida, y otra, y otra. Penetran por todas las calles a un tiempo mismo y vienen a estrellarse contra los parapetos del centro.

Tras los parapetos, la tropa republicana responde con descargas cerradas. Hierve el reflejo de las armas en las voces de los hombres.

Rápidamente, la calle desaparece bajo los cuerpos de hombres y caballos caídos. Pasando sobre ellos, tropezando, cayendo a su vez llegan nuevas olas.

La avalancha irrumpe por todos lados y cierra sobre el cuadrángulo de la plaza. Arriba, los cañones sacuden el aire claro.

Desde el fondo de las calles hasta los parapetos, las cargas de caballería llegan creciendo. Algunos potros fogosos, saltan por sobre las líneas, y con el pecho ancho se llevan la bayoneta y el hombre que la tiene. La ininterrumpida sucesión de ataques consume todo el plomo y llega cada vez nueva. El general Ribas comprende la situación crítica y se convence de que al fin violarán las defensas y solo quedarán las carnes desgarradas debajo de los árboles. No se atreve a hacer salir su caballería porque teme sacrificarla vanamente.

Como un anillo monstruoso, se estrangula el recinto. Detrás de cada parapeto, los defensores levantan otro para ocuparlo al abandonar el primero. Contra las tablas chocan los caballos, resbalando sobre la sangre que cubre las piedras.

Junto a la campana verdosa, en lo alto de la torre, los ojos del centinela han visto las cargas, cerradas como un puño, deshojarse contra las barricadas, renacer más impetuosas.

Pero de súbito, al otro extremo del valle, bajo bandera amarilla, divisa un cuerpo de caballería, que, animosamente, ataca en lo abierto del campo a los godos.

Para hacer frente al nuevo enemigo, las cargas contra la ciudad se hacen menos repetidas y recias.

Lo advierte el centinela, lo advierten los hombres sobre los techos, lo advierte Ribas, y da una orden rápida:

—Que salga la caballería.

Precipitadamente, los hombres montan, desbocan los animales, atropellan, saltan, se abren paso y salen al campo. Sobre la tierra rasa, la lucha se distribuye armoniosamente.

La carga se incrusta en el movimiento de la caballería enemiga.

Desde los muros de la ciudad, otro montón a caballo acomete arrebatadamente; la tierra se borra y viene a formar una turba convulsa y revuelta. Lanzas y patas de caballos asaetean el aire en todos los sentidos. Un lancero ve una espalda y empuja la lanza.

En medio del estrago nadie ve claramente. Las armas se entorpecen las unas con las otras; los caballos, bloqueados entre sí, se inmovilizan. Y viene un lancero y dando de pecho con su potro, coge por en medio a un jinete enemigo y lo derriba bajo su propio caballo. Y otro asesta la lanza entre dos ojos encendidos. Y una lanza se traga una hoja reluciente. Y otro arremete contra un hombre desmontado y pasa por encima.

La sangre chorrea de las lanzas, corre por las astas, se coagula en el labrado de las manos, trepa por los brazos tensos, alcanza los cuerpos y baña la mitad del

caballo. Caballo alazano con el lado derecho oscuro, caballo zaino con el lado derecho negro, caballo bayo con el lado derecho marrón, caballo blanco con el lado derecho rojo. Los hombres sienten la sangre secarse sobre los brazos como el revestimiento de una armadura, salpicar y tejer sobre el pecho como unos alamares absurdos.

De la ciudad arrancan los destacamentos como trombas para deshacerse contra los otros en un choque escandaloso.

Los caballos van ciegos, lanzados en una fuga frenética, y contra ellos vienen los otros. Se desmoronan, se encabritan, caen sobre los lomos, encima del jinete; alzan las patas sobre las cabezas, los hierros atraviesan los cuellos delgados; prendidos por los pies a los estribos, arrastran los cadáveres rebotando sobre las piedras.

Fernando ve, y el alcohol, la borrachera de la sangre, le encienden las venas.

A su lado, los indios han bebido todo el aguardiente y "Cuatrorreales", excitado hasta la ferocidad, con una flecha se desgarra la lengua, y con la sangre que vierte se tiñe la cara como una máscara diabólica, y el otro se rasga la lengua y se tiñe la cara, y el otro, y el otro. Tienen un aspecto horrible y cómico.

Fernando los ve con asombro, con desconcierto. Los ve requerir sus arcos, sus flechas emplumadas, y perderse a todo correr, aullando, entre los pelotones de caballería, que se deshacen entre sí como tierra cernida.

Los golpes del cañón dan como un ritmo a la zarabanda sangrienta.

Del recinto se despeñan nuevos grupos lanceros hacia el valle. El fuego de las lanzas se apaga. Ya no están sobre las cabezas; ahora, a la altura de los pechos, son como el asta de banderas rojas deshilachadas. La alarida arde y crepita. Las cargas vertiginosas se arremansan en choques secos.

Las descargas de la fusilería cercenan como hierba dócil anchas filas de jinetes. El golpe del cañón hace un surco sangriento.

Unos y otros van ebrios de furia batalladora, van revueltos en el tropel de sus cabalgaduras y ven venir la embestida oscura de los contrarios; aprietan la lanza, cierran las piernas sobre los costillares de la bestia y se arrojan. Aturdidos,

se desploman muchos. Las cuchilladas hienden sin ruido. A alguno, el lanzazo lo clava en el fuste, lo clava en la carne del caballo y se va, como un pelele, bamboleando sobre la silla, hasta que el bruto cae.

Lanceros republicanos andan batallando con los últimos extremos de las fuerzas invasoras al otro lado del valle. Al mismo tiempo, grupos de jinetes realistas se internan por las calles de la ciudad; pero de lado, los cruza la lluvia de las balas, y de frente las balas, y por encima, las balas, y los caballos llegan solos.

El general Ribas va de un extremo a otro. Todos los combatientes le han visto la cara pálida y terrible. Varias veces su cabalgadura se ha desplomado muerta. Golpes arrebatados de jinetes de Boves han llegado hasta la plaza y lo han visto de cerca. Alguno pensó en un esfuerzo de loco: romper todas las filas y alcanzarlo con una lanza. Pero a la plaza no llegan sino potros desmontados, con la sangre fresca en la silla: la del amo y la del enemigo, mezcladas.

Círculos de jinetes remontan los cerros agudos; los desgajan los cañones; pero otros coronan la cumbre y ruedan por la falda los cuerpos de los muertos.

La batalla dura; se pelea hace dos horas, y Boves se impacienta bajo su trapo rojo. Sus voces desprenden nuevos macizos de jinetes que van a inundar la llanura, o a internarse por las calles, o a señorear los cerros.

Fernando ve la ebullición de la batalla, y la angustia lo va ganando. Los caballos revuelven los cadáveres entre la tierra. La carne se le estremece. ¡Qué hondo escalofrío debe dar una lanza clavada en el pecho!

—Si Boves vence, la República se pierde.

Lo sabe, pero no puede mezclarse a la batalla; algo lo sujeta inmóvil. Vanamente trata de persuadirse. Obstinadamente repite: "¿Qué me importa morir?".

A su vera, en un caballo grande, alguien se para a contemplar el combate. Faz de tabaco, la punta de la lengua mordida, el sombrero hundido hasta los ojos. Fernando lo mira disimuladamente. El hombre desmonta, busca entre los muertos y, además de la que ya tiene, recoge otra lanza y la empuña. Vuelve a montar, arroja el sombrero a tierra, se persigna, muerde las riendas para guiar

con los dientes, y, sosteniendo un arma en cada mano, arranca sobre el caballo brutalmente hacia la refriega. Lo ve alejarse, disminuir, romper un torbellino de jinetes trabados.

Boves se impacienta. Quiere decidir la batalla de un segundo a otro.

Ordena terminantemente:

—¡Que cargue todo el mundo!

Desde su lado, la orden es llevada velozmente a todos los extremos del campo. La orden florece en todas las bocas y va haciendo desplazar grandes masas. El trueno de los cascos llena todo el ambiente. Los lanceros que se atormentaban en la espera se precipitan a mezclarse en la vorágine. Corren los jinetes transmitiendo la orden, y las masas oscuras de caballería van avanzando. Desde lejos es impresionante aquel desplazamiento de islas humanas que transportan florestas de lanzas.

Ya hay casi tanta gente tendida en tierra como los que se encarnizan batallando.

Fernando adivina como la proximidad de algo inminente que ya no puede eludir. Como si aquel hombre que había partido de su lado lo arrastrara invisiblemente, como si las máscaras grotescas de los indios ensangrentados lo persiguieran.

Había visto ya un pelotón de caballería penetrar entre los seminaristas y barrerlos con los pechos de los caballos, desgarrarlos con los agudos hierros, pasarlos bajo los cascos. Algunos cuerpos flacos volteaban el aire y caían mostrando la carne blanca y muerta entre los desgarrones de la sotana.

Las visiones lo obsesionaban. Había puesto a marchar su caballo, a marchar hacia la trágica barahúnda. Veía la batalla sin darse cuenta de que estaba entrando en ella. Cada vez se aproximaba más. Apenas se daba cuenta del paso por el crujir del cuero de la montura. Se iba acercando irremisiblemente. Era su turno.

Todas las fuerzas godas se desplazaban en un solo movimiento de ataque. En persona, sobre su caballo negro, Boves se lanza a la carga.

Boves carga. Lentamente pasa del paso al galope, del galope a la carrera. Junto a la crin desatada, el resplandor de la lanza lo guía. Detrás, como el polvo de los cascos, como la sombra de unas infinitas alas sombrías, toda la caballería desbocada.

La orden va pasando de boca en boca.

—¡A la carga todos!

—¡A la carga todos!

Ya no hay nada quieto, ni la tierra misma, ni los árboles, ni el aire, estremecido por los cañones, ni los muertos, pisoteados, pisoteados por las bestias. Todo hierve, como las banderas, que el viento quiere deshilachar.

La degollina se teje y desteje sañuda. Fúndense los montones de jinetes vertiginosos y las lanzas, como pájaros torpes, van rebotando en los pechos. Los gritos empavesan toda la atmósfera.

Ya nadie es un hombre; cada cual es tan solo una cosa fatal que sabe destruir, que quiere destruir, que no alienta sino para destruir.

Los ojos ya no ven venir seres humanos, sino brazos con lanzas rojas, y los otros no ven tampoco venir hombres, sino brazos con lanzas, brazos rojos con lanzas rojas.

No han visto de los caballos sino las dos orejas erizadas que flotan sobre las patas nerviosas, las dos orejas erizadas como la lanza.

Por instantes se pierde la conciencia de las cosas, de la forma, del color, y entonces ya los ojos encarnizados solo ven terribles ojos duros y fríos cristalizados de furia, pálidas miradas mortales en el vuelo de las lanzas, entre el relampagueo de las lanzas, bajo el árbol frondoso de las lanzas. Ojos de vidrio de los muertos, ojos de aceite de los caballos, ojos punzantes del hombre que viene, que puede herir con la mirada o con el arma, ojos que no se cierran porque apagarían la batalla; ojos del seminarista borrachos de sangre y muerte; ojos claros de Boves. Resplandores siniestros, aguaceros de resplandores, ojos, ojos y lanzas, sobre la caballería tempestuosa.

Reflejos en la lanza, en el anca, en la pupila; reflejos de todos los colores en los gritos sin sentido.

—¡A la carga todos!

El grito va desatando la avalancha, va alcanzando todo y, llegando a los hombres que todavía estaban quietos sobre la silla, llega a los extremos del campo.

Fernando avanza, se interna en la batahola furiosa fatalmente. Podría estar lejos, solo, tranquilo. La silla cruje con el movimiento. Se encuentra en aquel paroxismo desenfrenado sin quererlo, sin buscarlo. La guerra es una cosa fea y desagradable. En la mano el asta del arma le pesa como un cuerpo extraño; le pesa y le molesta. Le repugna. Podría haber continuado viviendo cómodamente. Y ahora. Todo fue un mal sueño. Las reuniones en el sótano del trapiche, Bernardo. El capitán David. Inés. ¡Bernardo! ¡Bernardo! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están?

Ya estaba cerca, ya estaba dentro de la batalla, pero continuaba como si fuera en un paseo quieto. Bastaba con que cualquiera de los hombres lo percibiera, con que cualquiera de los jinetes viniera sobre él. Veía el combate como una visión de fantasmas sin ruido.

La carga general despeñaba toda la caballería. En un extremo del terreno el coronel Zambrano y Presentación Campos esperaban. Todavía la orden no había llegado a ellos.

Pasaba frente a la fila de jinetes un negro al galope que a cada instante bandereaba el grito que hacía desprenderse las grandes masas compactas:

—¡A la carga todos!

El negro iba viendo cómo los rostros se encendían al oír su voz, cómo el movimiento se desataba loco a su paso. Iba como un encantador diciendo una frase mágica. Llegaba al extremo último. Veía, delante de la fila de lanceros quietos, a Presentación Campos y al coronel Zambrano, y les lanzó el grito y los vio transfigurarse. El coronel Zambrano comenzó a dar voces para preparar a sus hombres, pero sin esperar nada más, Presentación Campos habló a los suyos:

—¡Nicolás, Cirilo, Natividad, muchachos! ¡Nos fuimos!

Y mientras los otros montaban, adelantó la bestia briosa que se alzaba en dos patas, y en medio del campo abierto, de un tirón brutal, se arrancó la blusa. Bruscamente el sol le encendió todo el torso de bronce desnudo. De la cintura hasta el pelo no tenía sino la carne, la carne y la lanza. Y así, con el tórax tallado en el aire, se volvió de nuevo hacia sus hombres, rebotando en el potro, con aspecto de loco, de forajido, de poseso, y les escupió con voz terrible:

—¡Ahora van a ver cómo pelea un héroe!

Y sin más arrasó el caballo vientre a tierra, en una carrera desaforada hacia el combate. Sus ojos veían crecer, con la proximidad progresiva, las figuras de los combatientes. Va acostado sobre el cuello del animal, las crines le foetean el rostro. Las figuras crecen. Vienen sobre él. Le entran por los ojos. Aquel lancero que se ha abierto solo sale a su encuentro. Crece tanto que ya no puede verlo, sino en detalles. Los ojos y la punta fina del hierro. Siente que se harán trizas en el choque. Ya se tocan. Aprieta la lanza hasta dolerle la mano, desvía el caballo rápidamente, y, haciéndole tragar media arma, arranca al contrario de la montura y va a lanzarlo sobre otro jinete que llega detrás.

Frente a Presentación Campos eran lanzas, lanzas y caballos. Caballería al frente, caballería a la espalda, caballería en todo el estruendo del aire. Caballería junto a Boves y detrás de Boves. Caballería frente a Fernando.

¡Era tan estúpido morir clavado de un lanzazo por uno de aquellos demonios ebrios! ¿Por qué combatía? Las gentes a su rededor toman una realidad más precisa. Sienten los gritos y el golpe seco de los cuerpos sobre la tierra. Allí, debajo de un caballo, pisado por un caballo, un hombre ensangrentado lo ve con una mirada pavorosa, con una mirada inhumana, que, por todos los gritos muertos en su boca muda, grita, que golpea y hiere por sus manos inútiles, unos ojos angustiados y feroces. Esta es la guerra. Fernando se siente arrastrado, lo rodean, vienen sobre él las lanzas ávidas. Aún hay tiempo de salvarse huyendo, aún hay tiempo de irse, aún hay tiempo. Tres hombres a caballo vienen sobre él. Todavía puede huir. Todavía. Ya no. Ya no puede huir. Ya las lanzas lo alcanzan. Pero mucho más fuerte que las lanzas y el fragor de

los cascos, un eco ensordecedor surge dentro de él, se sale de él, lo rodea y se va gritando por todas partes: "Ciudadano Fonta, usted es nuestro hermano". Tres hombres a caballo se abaten sobre él. Tres lanzas convergentes como un halo hacia el cuerpo inerte. Lanzas y rostros feroces. Una resignación dulce lo envuelve. Tierra de la patria. Cierra los ojos y deja caer el arma. Un contacto frío, como de hielo, en la garganta, y un golpe de caída, pero como si cayera otro cuerpo. Va a hablar. Una bocanada de sangre le ahoga las palabras. Tres hombres a caballo pasan sobre el cadáver.

La batalla se construye segundo a segundo como una sinfonía. Pasan las cargas compactas e iguales a todo lo largo del campo y van a desbaratarse al otro extremo en un choque fragoroso. Se insinúan finas direcciones de asalto que se ensanchan de gritos y de la carrera de los caballos. Violentas rondas circulares se construyen para deshacerse frágiles. El golpe del cañón late como un pulso. Hacia el fondo del valle, espantados y locos, los caballos sin jinete se desbandan. A ratos un son de clarín se eleva.

De nuevo todo el ataque se concentra sobre la ciudad. Los pelotones de jinetes entran con más violenta carrera por las calles, pero el tiroteo desde las casas los siega. La lucha se forma como un choque de agua.

Presentación Campos hace saltar la bestia hacia uno y otro lado, como en un juego de destreza. Cuando la carrera alcanza un límite vertiginoso, asesta el arma contra la primera sombra que pasa cerca, y con el brazo de hierro soporta el tirón tremendo del otro cuerpo atravesado por la hoja. En la mescolanza gris que, vistos desde su carrera, hacen los hombres, a ratos, íntegramente clara como un relámpago, brilla sobre él una lanza; pero se tumba a un lado, o para la caballería en seco, como una ola contra una piedra, y el hachazo pasa rozándolo.

Siente una plenitud de vida como nunca antes la había experimentado. Trenzados, como los dedos sobre el asta, trenzados, estrangulando la carne, sus nervios vibran. La acometividad le empuja. Con el arma en la mano siente hervir la vida. Su fuerza lo asegura. Vital, nervudo, ensañado,

arremete. Entre sus piernas, el animal está cubierto de espuma y de sangre, el brazo y la piel del pecho están rojos, los coágulos hacen resbalar el puño en el asta.

La tierra es para que los hombres guerreen sobre ella.

La intensidad de la pelea decrece. Aún resuenan los fuertes choques de ambas caballerías, pero el ataque es menos furioso. La muchedumbre de los godos pierde elasticidad.

A la sombra de su trapo rojo, Boves ha sido herido, y así como su voz llevada de boca en boca desató toda la carga bárbara, ahora su sangre derramada, apaga el fuego de la lucha.

Ya Boves no está sobre su caballo, ya no destroza lanza en mano, ya su sombra no se extiende sobre toda la caballería, ya sus ojos no acicatean; el trapo rojo lo ha visto doblarse vencido. Lo han visto todos, lo han oído todos: ya Boves no está con ellos.

El desconcierto complica el asalto de modo inesperado. Trastrueca y domina la tropa. Se hieren los unos a los otros siendo de la misma bandera. Dejan de luchar. Pierden las armas. Vuelven grupas y se van a carrera tendida gritando, enloquecidos:

—¡Boves está herido! ¡Boves está herido!

Hasta enronquecer al otro confín de la batalla.

Presentación Campos se siente envuelto por los gritos y la confusión. Oye las voces de los que caen heridos, de los que se escapan, ciegos, vociferando. Oye, pero continúa alanceando todo lo que se le atraviesa por delante. No se fatiga, ni imagina que aquello puede terminar una vez empezado. Allí pasarán los años, fogosamente, descuartizando al enemigo.

Cuerpos enteros se dan a la fuga. El esfuerzo de los republicanos se torna en victoria. Pero Presentación Campos no tiene ojos para ver a los que huyen ni para advertir la derrota: para él solo hay jinetes, jinetes y lanzas a su rededor, contra los que descarga su furia destructora. Delante del caballo se derrumban los cuerpos vencidos.

Ya la mayoría de los godos se han retirado; queda apenas un escaso número, sobre la sabana, peleando encarnizadamente. Un aceite de calma vence la vehemencia desatada del combate. Grandes claros quietos se abren entre la confusa arquitectura de la pelea.

Pero Presentación Campos continúa en su orgasmo de valor. Quiere combatir, descargar infatigablemente la lanza, oír los gritos y los disparos, que ponen loco el aire.

Persiguiendo a un lancero vino a quedar casi dentro de la ciudad. Ante él se abre una calle, y, al fondo, varios hombres armados con fusiles. Está solo en el campo raso y con el ansia de matar. Como cuando dio la primera carga, de la cintura arriba sólo tiene carne y lanza. Como cuando dio la primera carga, encabrita el caballo y lo empuja contra el grupo, al fondo de la calle.

Creciendo, el puñado de soldados le entra por los ojos.

Los soldados ven venir la carrera desbocada sobre ellos, se echan el fusil a la cara, y, como un solo tiro, estallan diez disparos. El caballo rueda en la caída, y el jinete queda tendido, en medio de la calle, inmóvil, con la lanza apretada en el puño.

El aire está lleno del grito de una corneta.

XIII

Lo envolvía un ruido sordo y poderoso, como si estuviera a la orilla del mar. Como si viniera emergiendo desde el fondo del mar hacia la superficie.

El movimiento con que había sido transportado hasta entonces cambió de pronto. Empezaba a poder distinguir las voces, pero mezcladas en una niebla de ruido. Alguien, cerca había dicho algo que no entendía. Otro más próximo lo volvió a repetir; otro, aún más cerca. No podía entender.

Por último, como si se lo estuvieran diciendo bajo en el oído, se le reveló claro el sentido de las palabras.

—Bolívar viene.

Oía entre la marejada de ruido muchas voces.

—Vamos a acampar en la hacienda.

A fuerza de oírlas repetir, las palabras cobraban lentamente significación.

—No seguimos viaje.

—El general Bolívar viene.

—Bolívar viene.

—El Libertador viene.

Una palabra que sonaba más clara entre las otras: Bolívar. Con esfuerzo enorme, como para alzar un toro, abrió los ojos. La luz lo deslumbró.

Él era todavía Presentación Campos. Pero ya no estaba a caballo. ¿Y la lanza? Buscó la lanza, pero al moverse un dolor espantoso lo venció.

Estaba herido.

Iba en una hamaca como los heridos. Más allá de la hamaca veía el hombro poderoso del soldado que cargaba el extremo delantero del palo, y más allá otros soldados, a caballo y a pie, con armas, y en medio de ellos, rodeados por ellos, hombres de cara feroz, desarmados. No veía a los que estaban hacia atrás, porque no podía volver la cabeza. Más allá de los soldados, el campo verde, y, en el fondo, unos cerros azules.

No acertaba a saber dónde estaba, ni entre quiénes. Se recordaba a caballo en la batalla, cargando con la lanza; después aquella calle por la que se había precipitado sobre un grupo de hombres. Recordaba haberse caído. Más nada.

Aquellos hombres hablaban de Bolívar. No oía gritos, ni tiros, y estaba herido. Debía estar preso. La sola idea de estar herido y preso lo exasperó. Quiso gritar, levantarse, huir. Intentó moverse, pero el dolor de garras finas le hizo perder de nuevo el sentido.

Ahora era un olor desagradable. Olor de trapo viejo, de cueva, de mal aire. Debajo de la mano sentía la tierra húmeda y fría. Abrió los ojos.

Estaba en la sombra. Por la ventana pequeña y enrejada entraba luz y se veía una rama. Estaba solo. Creía encontrarse todavía entre los hombres extraños, y estaba solo. Comenzaban a tornarle las rachas de recuerdo.

Él era Presentación Campos. Estaba echado en tierra sobre una cobija. En la tierra húmeda. «Carvajala», ¿estás ahí? Todo silencioso. Aun cuando las heridas le dolían profundamente, lograba articular palabras. ¡"Carvajala"! Los rincones estaban cubiertos de sombra y olía muy mal. ¡"Carvajala"! Ella estaba siempre al pie de la cama. Era una mujer buena. La habría llamado el coronel Zambrano. ¡"Carvajala"!

¡Bolívar viene! ¿Quién lo ha dicho? Recordaba haberlo oído. Recordaba la hamaca, el camino. Viene: Iba a verlo. El hombre por quien se hacía la guerra, contra quien hacía la guerra, a quien iba a derrotar. Tal vez lo habrían derrotado ya. Quizá venía preso. ¡Preso!

Él era el que estaba preso. Preso y herido, en aquella cueva. Lo habían hecho preso los insurgentes. Ahora lo matarían y más nunca podría volver a la guerra.

El mal olor continuaba molestándolo. Era un hedor particularmente repugnante.

El olor del dormidero de los esclavos. Olor de carne floja y hedionda. Recordaba “El Altar”.

Cuando pasaba por la puerta del repartimiento en “El Altar”. Olía lo mismo. Y era bajo, y grande, y oscuro, lo mismo. Y con un tragaluz pequeño. Tuvo la evidencia de estar en la hacienda. Aguzaba los ojos y reconocía la habitación. Eran las mismas paredes. El mismo techo. Estaba en el repartimiento de los esclavos de “El Altar”. Estaba tirado en el suelo, como un esclavo. Se sintió lleno de desesperación. Estaba en “El Altar”. Por el ventanillo entraba la luz y una rama de árbol. La misma luz que afuera iluminaba el trapiche y el campo, y las distancias verdes y solas, y la ruina negra de la casa incendiada.

—¡Esclavo cobarde!

¿Quién hablaba? Estaba sobre la tierra como un esclavo. Se veía el brazo desnudo. La carne oscura como la sombra, como la tierra, la carne florecida de heridas. La cabeza llena de ruido. Todas las avispas, todas las abejas, todos los zancudos están en la sombra; todos los zancudos, todas las avispas, todas las moscas son la sombra; todas las mariposas que empalagan; las mariposas no son la sombra, ni el agua, ni los caballos, ni los relinchos de los caballos.

—¡Esclavo cobarde!

¡Ah!, doña Inés. ¡Inés! Él tiene la carne oscura, pero Inés desnuda era toda blanca. Ellos creían que eran los amos, pero el amo era él. Doña Inés que cantaba canciones de amor, don Fernando que hablaba de la República, el inglés que creía que la guerra era como sacar una cuenta. El amo era él. Podía violar las mujeres, incendiar las casas, matar los hombres. Era un macho. Yo haré real en la guerra, “Carvajala”.

Los godos tienen una bandera colorada y gritan: “¡Viva el Rey!”. Los insurgentes tienen bandera amarilla y gritan: “¡Viva la Libertad!”. ¡Ah, Natividad!

La patria es un puro suspiro. No hay que enamorarse, sino barajustarle a la mujer. Doña Inés lloraba. Después de tanto gritar, lloraba. “La Carvajala” lloraba. Las mujeres no saben sino llorar.

Pero estaba herido y preso. Debía estar fuera, libre, con su lanza. Lo habían cogido los insurgentes. Debía estar cargando delante de La Victoria.

—Espíritu Santo, ensíllame el caballo. El caballo calabozo, zaino, grande.

Caballo de coraje, bien bañado, bien peinado; caballo lindo, como mujer bien peinada, como una mujer bien peinada, que llega linda en un caballo lindo.

Bolívar venía. Él también hubiera podido llegar a ser un gran jefe. Lo habían herido, lo tenían preso. Si estuviera sano, si tuviera tropa, si estuviera sobre su caballo, acabaría con Bolívar. Aquel hombre a quien no había visto nunca. Bolívar venía. Lo habían vencido, lo habían derrotado. Se mordía las manos.

—Ustedes serán mis oficiales; yo soy el jefe.

Tan linda que subía la candela desde los ranchos de paja, en los pueblos enteros incendiados, sobre la casa de la hacienda. Banderas amarillas y rojas entre las llamaradas. Toda la tierra de Venezuela ardía en la guerra. En todas las sabanas los hombres cargaban a caballo con las lanzas cerradas, en todos los confines ardían los pueblos. Estaba en el suelo, herido. Desde el Orinoco, desde el mar, desde el Llano. Toda la tierra, todo el agua, todo el aire. Los hombres batallaban. La candela crece como cuando se quema una casa, y la casa crece con la candela como cuando se quema una montaña, y la montaña…

—Ahora van a ver cómo pelea un héroe.

La lanza fría en el brazo desnudo. El caballo loco bajo las piernas cerradas. Ahora estaba tendido sobre la tierra húmeda. “! Carvajala”! !”Carvajala”!

Los diez hombres desde el fondo de la calle se le metían por los ojos. Todavía oía el cañón. En el ambiente lleno de voces, de ruidos, de recuerdos, se siente suavemente un son de tambor como una menuda lluvia, un son de tambor que entra por el ventanillo con el sol.

Sonido de tambor que se aproxima y estremece las cosas. Voces de mando, movimiento y trote de caballos. Todo refunde en el ruido del tambor.

Se siente desfallecer de debilidad. Las heridas le producen un dolor exagerado. Si hubiera de morir. No; no quiere morir. No podría ir a la guerra, ni usar su fuerza, ni hacerse un jefe. Si quedara muerto como cualquier pobre soldadito cobarde en aquel sótano de esclavos. Estaba hecho para andar guerreando con sol. ¡"Carvajala"! En tres peleas yo me hago jefe.

—¡Esclavo cobarde!

"La Carvajala" no le había contado la verdad. Había sido mujer de muchos hombres y se había ido con él por miedo. Ahora lo estaba esperando. Él se iba a morir. Ella lo esperaba.

¡Bolívar viene! Aquel hombre a quien odia tanto, por cuya causa está casi reducido a la muerte. Quería verlo. Si tuviera fuerzas, si pudiera fugarse y matarlo…

Afuera el tambor arrecia y domina todos los otros ruidos. Se oyen a lo lejos voces desaforadas. El movimiento de la tropa se hace más sensible.

Se siente como si desfilara caballería.

La guerra. Ya no puede ir a la guerra. Ahora está inutilizado. La guerra para ganar tierras y dominar ciudades. La guerra contra los insurgentes que hablan de cosas de locos y que serán destruidos. La guerra contra Bolívar. ¡Bolívar viene!

Allá, a lo lejos, se ve a caballo a Boves. Un hombre atrevido. Se ve a caballo a Bolívar. Él no lo ha visto nunca. Una caballería firme al frente. ¡Natividad! ¡Cirilo! ¡Nos fuimos! Éntrele al plomo, éntrele ligero. Los que tienen miedo se quedan, los muertos se quedan, y las manos de los muertos, y las caras de los muertos, y no le entran al plomo.

Unos pelean por el rey y otros por la Independencia. La patria es como las mujeres.

El tambor atruena en el espacio. Son cuatro, son diez, son veinte tambores golpeados furiosamente. Aquel son estremece la carne y la sangre, enloque-

cida en el fondo de la carne. La carne morena como la sombra, como la tierra. Hieden los esclavos, ¡puaj!, hieden a carne hedionda, a tierra hedionda, a animal hediondo, a agua hedionda, a tierra hedionda, de mata hedionda, de día hediondo, de guerra hedionda, de cosa hedionda, hedionda, hedionda, hedionda como los esclavos.

Se oyen voces claras que se despeñan por el hueco estrecho de la ventana y hacen resonar todo el interior.

—¡Viva el Libertador!

Viene. Presentación Campos siente que está llegando. Que en algunos instantes va a pasar cerca de él, del otro lado de la pared. Un escalofrío le hace vibrar los nervios. Todas las voces, todos los tambores, todos los cascos de los caballos:

—¡Viva el Libertador!

Viene. Aquel hombre que lo ha obsesionado. Que ha obsesionado toda la tierra de Venezuela. Está llegando. Va a pasar junto a él. Podrá verlo pasar a caballo. Haciendo un esfuerzo le verá la cara por entre las rejas del ventanillo.

El griterío inunda las paredes, el techo, la sombra, y fatiga el delirio del herido. Siente el hervor de la sangre, de la sombra, de la tierra. Pasan como legiones de alas por el aire. Todo se estremece. Comprende que está llegando algo que no va a ver sino una sola vez en su vida. Afuera las voces llegan al paroxismo. Rueda, rueda y crece, crece como una rueda, y llega. Se aproxima inminentemente. Resuenan junto a la pared. Llegan a la ventana. Estallan sobre ella.

—¡Viva el Libertador!

Aquél es el momento. Lo siente llegar. Ha llegado. Está pasando junto a él en aquel instante. Con una fuerza como para llevarse diez hombres con la lanza, empieza a levantarse. El dolor lo atraviesa. Se alza lentamente. Se va incorporando. Le parece flotar entre los gritos. Está llegando. Va a verlo. Va a verlo a él. Está llegando. Está llegando a él. Ya. Ahora. ¡Ya!

—¡Viva el Libertador!

Ya los gritos resuenan como dentro de él mismo. Sus ojos lo verán. ¡Ahora van a ver cómo pelea un héroe! Está en cuclillas en el suelo. Penosamente, lentamente, inacabablemente su mano ha ido remontando, como una cabeza de serpiente, hasta que los dedos verdosos de palidez se cerraron sobre el barrote. Aún falta. La tempestad de voces lo zarandea. El chorro de luz le baña la garra contraída sobre el hierro. Ya sus dedos lo están viendo. Continúa el esfuerzo con una infinita calma dolorosa. Sube. Ya va a llegar. Falta apenas un tirón más. Todos los tambores giran en el espacio pintarrajeado. Los gritos socavan la tierra. Llega. Va a verlo. Todos los tambores y todos los gritos vuelan. Está allí. Ya sus ojos rozan el borde de la ventana. ¡Aún más! Un infinito frío le golpeó de pronto. El sótano se llena de colores vertiginosos. ¡Don Fernando! ¡Doña Inés! Los tambores han saltado dentro. ¡»Carvajala»! Va a llegar. Un gran frío le cala el dolor de las heridas. ¡A la carga todos! Todavía era Presentación Campos. ¡A la carga todos!

Suavemente dejó resbalar la mano de la reja, y fue a desplomarse sobre la tierra húmeda, la carne pesada de muerte.

París, 1930.

Glosario

Arrancado: Arruinado. Pobre.

Baleado: Herido de bala.
Bayonetear: Herir con bayoneta.
Barajustar: Arremeter. Dispararse.

Calabozo: Caballo de cara curva.
Canilla: Pierna y en especial la delgada.
Caña: Aguardiente extraído de la caña de azúcar.
Cotejo: Reptil parecido a la lagartija, pero mayor.
Cristofué: Nombre onomatopéyico de un pájaro amarillo y negro.

Desencamar: Descubrir, hallar, encontrar laboriosamente.

Enchumbado: Mojado, empapado.

Franchute: Francés (despectivo).

Godo: Partidario del régimen colonial.
Golpe: Cierto baile y su música.
¡Guá!: Interjección que denota asombro.

Iguana: Especie de lagarto.
Insurgente: Partidario de la Independencia.
Isleño: Originario de las Islas Canarias.

Lavativa: Broma. Contratiempo. Incidente. Acto ilícito.

Mantuano: Individuo perteneciente a las clases altas de la Colonia.
Mato de agua: Reptil.
Musiú: Extranjero de lengua no española.

Palo: Trago de bebida alcohólica.
Pardo: Designación general de los no blancos.
Pavita: Ave nocturna cuyo canto se reputa de mal agüero.
Pichirre: Tacaño.
Planazo: Cintarazo.

Planear: Dar de cintarazos. Resbalar o deslizarse los animales.

Ranchar: Hospedarse en la ranchería.
Ranchería: Fonda de arrieros.
Rastrojo: Tierra inculta o abandonada. Fig. Algo destruido o arrasado.
Repartimiento: Edificio, o parte de él, destinado a los esclavos.

Tablón: Porción determinada de una tierra de cultivo.
Totuma: Corteza seca del fruto del totumo que se usa como vaso.

Vale: Camarada.

Zaperoco: Algazara.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Preprensa e impresión
Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN
978-980-7301-64-0
Depósito Legal
DC2021000499

Caracas, Venezuela, mayo de 2021

La presente edición de
LAS LANZAS COLORADAS
fue impresa
en los Talleres
de la Fundación
Imprenta de la Cultura
durante el mes
de mayo de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

En Carabobo nacimos "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Las lanzas coloradas Una de las cosas que continúan sorprendiendo de esta novela es su lenguaje plástico, acaso cinematográfico, su voz histórica que va conduciendo al lector –sin saberlo– a los sucesivos campos de batallas, a la pérdida de humanidad de los personajes y al horror que esto puede significar al comprender lo ocurrido durante la guerra de Independencia. La novela se ubica en lo que se ha llamado "el año terrible", 1814, cuando se ha perdido la Segunda República y José Tomás Boves ha reunido un ejército de esclavos libertos y campesinos defensores de la monarquía. Estos hombres encarnarán una serie de pulsiones en las que se representa la verdadera expresión de su ser, su carácter y quizás la compleja condición de un alma criolla, un alma contradictoria pero definida por sus acciones. Uslar Pietri se refiere en una anécdota al nacimiento de esta novela, en 1930: "En una primavera de París, frente a una ventana que daba a una calle gris, sin mirar la ventana ni la calle, sino asediado de las visiones de mi país".

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

